

86071 609351

PL. SINDO

ff

A TRAVES OLIVERIA

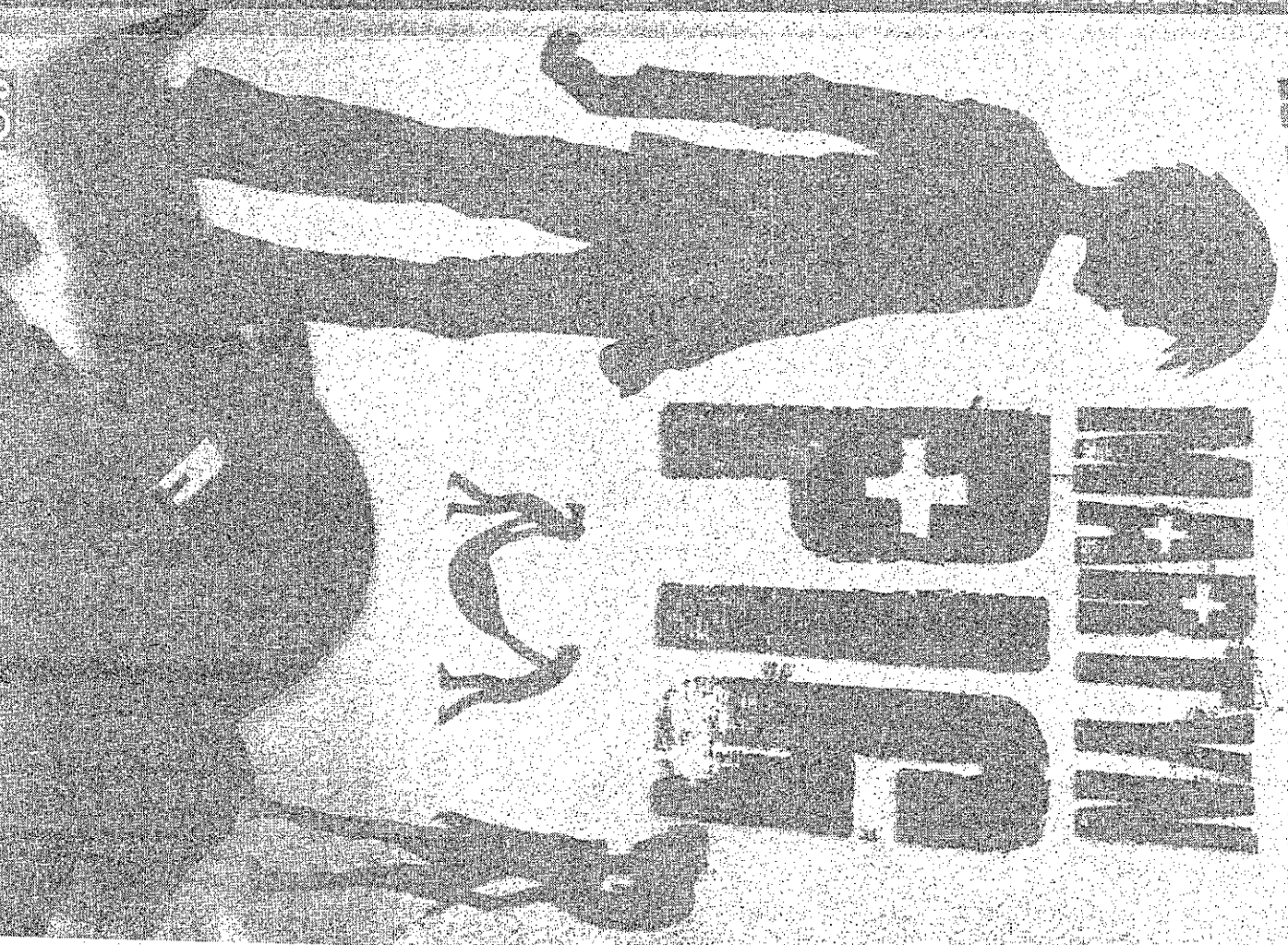
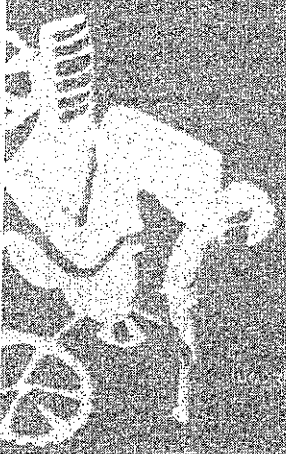
# KEVIN BROOKS

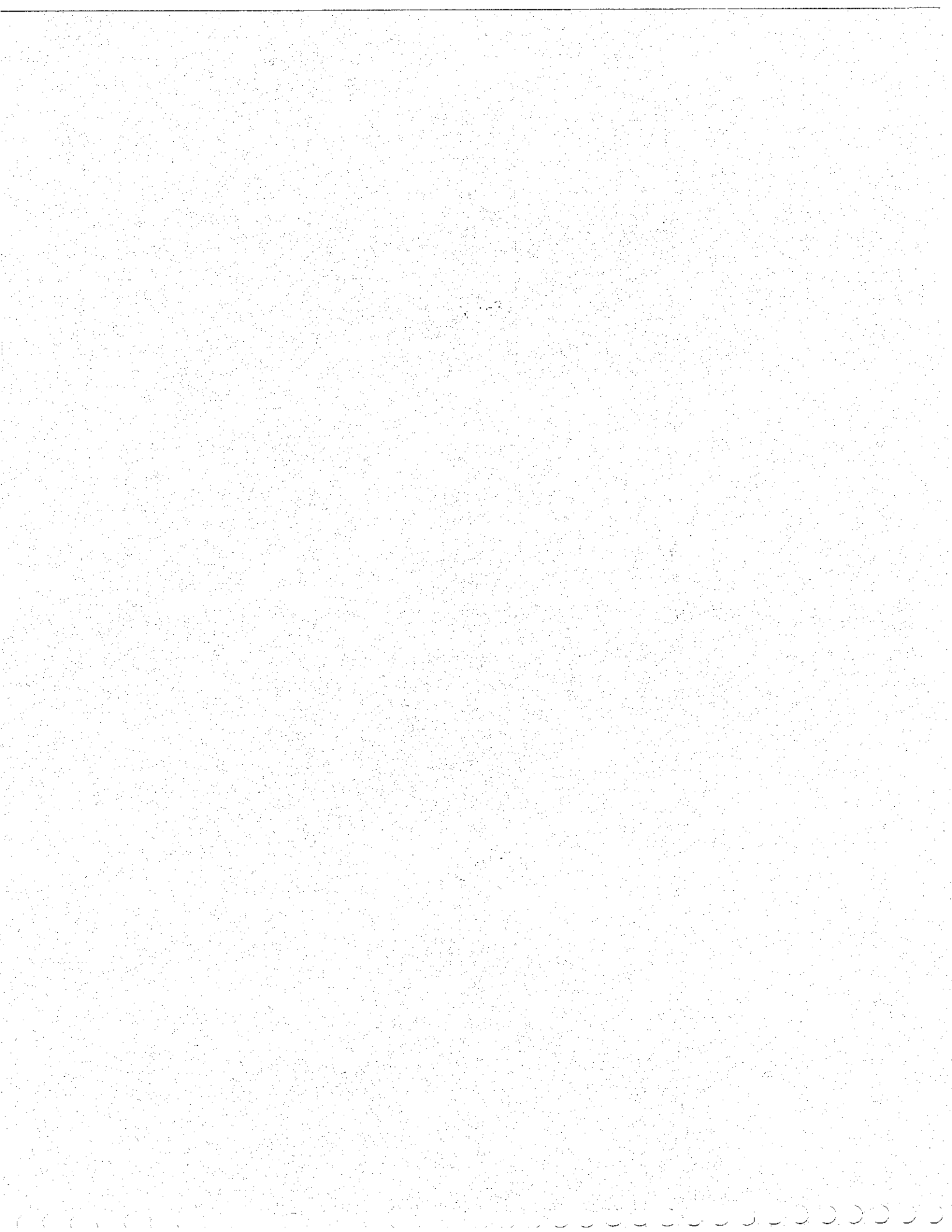
# MARTIN

# PIE

*¿Lo odiabas?*  
 Era un borracho y me  
 trataba como basura.  
 ¿Tu que crees? Claro que  
 lo odiaba. Tu también lo  
 hubieras odiado si lo hubieras  
 conocido. Solo Dios sabe por qué  
 mi mamá se casó con él. Alguien  
 tipo de cortocircuito mental o  
 algo parecido. Sí, lo odiaba de pies  
 a cabeza. De su nariz roja llena de  
 venas reventadas a sus sucios y  
 apesados pies. Odiaba su barriga  
 cervecera. Pero nunca fue mi  
 intención matarlo.

MARTIN THE KEVIN BROOKS





# ÍNDICE

Primera edición en inglés, 2002  
Primera edición en español, 2011

Brooks, Kevin  
Marryn Pig / Kevin Brooks / trad. de Ignacio  
Padilla — México: fce, 2011  
203 p. : 23 × 14 cm. — (Colec. A Través del Espejo)  
ISBN 978-607-16-0535-1

1. Literatura juvenil 2. Literatura infantil I. Padilla,  
Ignacio, tr. II. Ser. III. t.

LC PZ1      Dewey 808.068 B263m

## Distribución en Latinoamérica y Estados Unidos

© 2002, Kevin Brooks, texto  
Publicado originalmente en inglés en 2002 bajo el título *Marryn Pig*  
por The Chicken House, 2 Palmer Street, Frome, Somerset, BA11 1DS  
Todos los nombres de personajes y lugares usados en este libro  
tienen el © del autor y no pueden ser usados sin autorización.  
El autor conserva sus derechos morales.  
Todos los derechos reservados.

D. R. © 2011, Fondo de Cultura Económica  
Carretera Puacho Ajusco 227, Bosques  
del Pedregal, C. P. 14738, México, D. F.  
[www.fondodoculturaeconomica.com](http://www.fondodoculturaeconomica.com)  
Empresa certificada ISO 9001:2008

Colección dirigida por Eliana Pasarán  
Edición: Libia Brenda Castro  
Diseño del forro: León Muñoz Santini  
Diseño de interiores: Miguel Veigas Caffroy  
Traducción: Ignacio Padilla

Comentarios y sugerencias:  
[librosparanibos@fondodoculturaeconomica.com](mailto:librosparanibos@fondodoculturaeconomica.com)  
Tel.: (55) 5449-1871, Fax: (55) 5449-1873

Se prohíbe la reproducción parcial o total de esta obra,  
por cualquier medio, sin el consentimiento por escrito  
del titular de los derechos correspondientes.

ISBN 978-607-16-0535-1

Impreso en México • Printed in Mexico

Miércoles	9
Jueves	43
Viernes	69
Sábado	93
Domingo	127
Lunes	139
Martes	163
Navidad	181
Epílogo	197

## MÉRCOLES

Es difícil saber dónde comenzar con esto. Supongo que podría contarte dónde nació, cómo era la vida cuando mamá seguía aquí, qué ocurrió cuando era un niño, ese tipo de cosas, pero en realidad no es relevante. O puede que sólo sea. No lo sé. De cualquier manera, no me acuerdo de casi nada. Sólo recuerdo fragmentos aquí y allá, fragmentos de cosas que pueden haber ocurrido o no: algunas imágenes, sentimientos vagos, fotografías borrosas de gente sin nombre y lugares olvidados, ese tipo de cosas.

Pero, bueno, empecemos con mi nombre.

Martyn Pig.

Martyn con Y, Pig con I y una G.

Martyn Pig.

Sí, lo sé. No te preocupes. Ya no me molesta. Ya me acostumbré. Claro, hubo un tiempo donde nada parecía importarme más. Mi nombre me hizo la vida insostenible. Martyn Pig. ¿Por qué? ¿Por qué tenía que vivir con eso? Las miradas de asombro, las risas disimuladas y burlonas, los bufidos, los interminables chistes sobre cerdos día tras día, una y otra vez. ¿Por qué? ¿Por qué yo? ¿Por qué no podía tener un nombre *normal*? Keith Watson, Darren Jones, algo así. ¿Por qué me castigaban con un nombre que hacía voltear a la gente, un nombre que hacía que me notaran? Un nombre *chistoso*. ¿Por qué?

Y no era sólo de los apodos de lo que tenía que preocuparme, era de todo. Cada vez que tenía que decir mi nombre me sentía

enfermo. Físicamente enfermo. Manos sudorosas, temblores, dolor de estómago. Durante años viví en constante terror de tener que presentarme.

—¿Nombre?

—Marty'n Pig

—¿Perdón?

—Marty'n Pig

—¿Pig?

—Sí.

—¿Marty'n Pig?

—Sí. Marty'n con Y, Pig con I y una G.

A menos que tú también tengas un nombre extraño, no puedes saber lo que se siente. No lo entenderías. Dicen que las palabras no matan. Ah, ¿sí? Pues el que dijo eso era un idiota. Un idiota con un nombre normal, probablemente. Las palabras no matan pero *lastiman*. Porky, Piggy, Pigman, Oink, Cochino, Apestoso, Gruñidos, Cerdazo.

La culpa es de mi papá. Era su apellido. Una vez le pregunté si nunca había pensado en cambiárselo.

—¿Cambiar qué? —murmuró sin dejar de leer su periódico.

—Nuestro apellido. Pig.

Alcanzó su cerveza sin decir nada.

—¿Papá?

—¿Qué?

—Nada, no importa.

Tardé mucho tiempo en darme cuenta de que la mejor manera de lidiar con los sobrenombres era simplemente ignorarlos. No es fácil, pero he visto que si dejas que la gente haga o piense lo que quiera y no involucras demasiado tus sentimientos en esas cosas, después de un rato casi siempre se aburren y te dejan en paz.

En fin, a mí me funcionó. Aún tenía que soportar las miradas de extrañeza cuando decía mi nombre. Maestros nuevos, bibliotecarios, doctores, dentistas, vendedores de periódicos, todos lo hacen: entrecierran los ojos, fruncen el ceño, desvían la mirada. ¿estará bromearlo? Luego viene la vergüenza cuando se dan cuenta de que no es así. Pero lo puedo manejar. Como ya

dije, estoy acostumbrado. Pasado un tiempo, uno se acostumbra a casi cualquier cosa.

Por lo menos ya nadie me dice Porky. Bueno, ya no tanto.

Esto, lo que voy a contar, ocurrió hace más de un año. Era la semana antes de Navidad. O "Navi", como le decía mi papá. *Navi*. Era la semana antes de la Navi. Un miércoles.

Yo estaba en la cocina, llenaba una bolsa de basura con botellas de cerveza vacías y mi papá estaba recargado en la puerta, fumaba un cigarro, mirándose con ojos enrojecidos.

—No las vayas a llevar al depósito de botellas —dijo.

—No, papá.

—El maldito medio ambiente esto, el medio ambiente aquello... Si alguien quiere usar mis botellas vacías de nuevo tendrá que pagar por ellas. No se las voy a dar gratis, ¿verdad?

—No.

—¿Por qué las voy a regalar? ¿Qué ha hecho el medio ambiente por mí?

—Mmm...

—Malditos depósitos de botellas...

Hizo una pausa para darle un jalón a su cigarro. Pensé en decirle que no se dice medio ambiente, pero me dio pereza. Llené la bolsa de basura, la anudé y empecé a llenar otra. Mi papá veía su reflejo en la puerta de vidrio, rascándose las bolsas de los ojos. Podría haber sido un hombre guapo de no ser por la bebida. Guapo a la manera de los hombres que son bajos y toscos. Un metro setenta, boca de hombre rudo, quijada angulosa, pelo negro y grasoso. Parecido a los malos que salen en las películas, de los que las mujeres no pueden evitar enamorarse aunque saben que son malos, pero no. Lucía como lo que era: un borracho. Una barriga grande, piel colorada, ojos amarillentos, mejillas caídas y un cuello grande y gordo. Viejo y acabado a los cuarenta.

Se recargó en el fregadero, tosió, escupió y tiró la ceniza por la coladera.

—Esa maldita vieja va a venir el viernes.

"Esa maldita vieja" era mi tía Jean. La hermana mayor de

mi papá. Una mujer terrible. Piensa en la peor persona que conozcas, duplicalo y obtendrás la mitad de la tía Jean. A decir verdad, no puedo soportar siquiera la idea de describirla. La primera palabra que se me ocurre es *violenta*. Loca, fea y violenta. Una mujer angulosa, dura y fría, con cabello azul quebrado y una cara que te pone a temblar. No sé de qué color son sus ojos, pero parece que nunca se cierran. Tienen tanta calidez como un par de pozos sin fondo. Su boca es delgada y roja como un trazo de crayón, como algo que hubiera dibujado un niño demente. Y camina más rápido de lo que corre la mayoría de la gente. Se mueve como una cazadora, rápida y silenciosa, acosando a su presa. Solía tener pesadillas sobre ella. Todavía las tengo.

Siempre nos visitaba la semana anterior a la Navidad. No sé para qué. Lo único que hacía era quejarse de todo durante horas. Y cuando no se estaba quejando, caminaba por la casa pasando los dedos por los muebles, revisando la despensa, arrugando la frente ante la mugre de las ventanas y haciendo gestos de desaprobación sobre todo lo demás.

—Por Dios, William, ¿cómo puedes *vivir* así?

El resto de la gente llamaba a mi papá Billy, pero la tía Jean siempre lo llamaba por su nombre pronunciando con especial énfasis la primera sílaba, *Will-yann*, y a él le salían ronchas cada vez que la oía. La detestaba. La odiaba. Esa mujer lo aterrorizaba. Lo que hacía era esconder todas las botellas antes de que ella llegara. Escondía casi todas en el ático. Le tomaba horas. Subía y bajaba las escaleras con los brazos llenos de botellas, su cara cada vez más y más roja, farfullando todo el tiempo: maldita vieja, maldita vieja, maldita vieja, maldita vieja...

Por lo general a mi papá no le importaba lo que pensarán de su manera de beber, pero con la tía Jean era distinto. Verás, cuando mi mamá nos dejó, hace siglos, la tía Jean trató de obtener mi custodia. Quería que viviera con ella, no con mi papá. No tengo idea de por qué, si nunca le caí bien. Pero mi papá le caía aun peor, lo culpaba por el divorcio y decía que había llevado a mi mamá "al borde de la desesperación" y que "no se iba a quedar ahí parada viendo cómo le arruinaba la vida tam-

bién a un niño inocente". Lo cual era pura basura. Mi inocente vida le importaba un pepino, lo único que quería era hacerleña del árbol caído, darle a mi papá donde le dolía, dejarlo sin nada. Ella lo odiaba tanto como él a ella. No sé por qué. Algún asunto entre hermanos, supongo. Pero bueno, su plan era denunciar que mi papá era un borracho. Suponía que las autoridades decidirían a su favor una vez que supieran de los hábitos de mi papá. Nunca permitirían que yo viviera con un alcohólico. Pero no contaba con mi papá. Sus necesidades eran más imperiosas que las de la tía Jean. Sin mí sólo era un borracho. Pero conmigo, era un borracho con responsabilidades, un borracho con pensión, un borracho con alguien que limpiara su vomito.

Cuando le avisaron que la tía Jean había pedido mi custodia, mi papá no volvió a mirar una botella en dos meses o más. Ni una gota. Ni las oía. Era de veras impresionante. Se afeitó, se lavó, se puso un traje e incluso sonreía de vez en cuando. Casi me agradaba. El caso de la tía Jean no tenía esperanzas. Ni media oportunidad. Para el resto del mundo, el señor William Pig era el padre *ideal*.

El día en que quedé oficialmente bajo sus amorosos cuidados, mi papá salió a beber y no volvió en tres días. Cuando al fin regresó, sin afeitarse, con los ojos en blanco, apesostoso, se balanceó por la cocina hasta donde yo me preparaba un té, se inclinó hacia mí y sonriendo como un loco me dijo balbuciendo:

—¿Te acuerdas de mí?

Y se fue dando rumbos hacia el fregadero y vomitó.

Es por eso que escondía las botellas. No quería darle a la tía Jean ninguna excusa para que retomara el asunto de la custodia. No era tanto que le preocupara la idea de perderme, era más bien la de quedarse sin beber otros dos meses.

—Maldita vieja—murmuraba de nuevo mientras yo llenaba otra bolsa de basura con latas de cerveza vacías que pisaba hasta convertirlas en discos—. Llega como a las cuatro—contínuo—, pasado mañana, así que asegúrate de que la casa esté limpia.

—Sí—dije, sacudí la cerveza rancia, de mis manos y agarré otra bolsa negra de basura. Me miró un poco más y se dio vuelta para ir a apoltronarse a la habitación de enfrente.

La Navidad no significaba nada para nosotros. Para mí era sólo un par de semanas de vacaciones y para mi papá era un buen pretexto para beber, aunque él nunca necesitaba pretextos. No había espíritu festivo ni buena voluntad ni petirrojos ni guirnaldas: sólo días fríos y lluviosos sin mucho que hacer.

Casi todo el miércoles por la tarde lo pasé en la ciudad. Papá me dio dinero (cuatro miserables billetes de cincuenta) y me dijo:

—Compra algunas cosas para la Naví: pavo, papas, regalos... col, cosas así.

Era muy pronto para comprar la comida, faltaba una semana para Navidad, pero no me iba a poner a discutir. Si mi papá quería que fuera de compras, iría de compras. Así tendría algo que hacer.

A media calle oí un grito

—/Mar'ni!—y cuando di la vuelta para ver quién era vi a mi papá asomado a la ventana del cuarto, sin camisa, con un cigarro colgando de la boca.

—No se te olviden las cosas ésas—gritó haciendo como que tiraba de algo por los extremos.

—¿Qué?—grité de vuelta.

Se quitó el cigarro de la boca, miró a la distancia y luego gritó:

—Petardos, compra algunos de esos malditos petardos de Naví. Grandes, no de esas porquerías chiquitas.

En la ciudad, a las afueras de Sainsbury, estaba el Santa Claus más aterrador que he visto jamás, echado en la parte trasera de un trineo de contrachapado. Era flaco y bajo. Tan flaco que su enorme cinturón negro de Santa le daba dos vueltas alrededor de la cintura. Una barba dura y negra a medio crecer asomaba por debajo de la barba blancuzca de Santa, que le quedaba mal, y pensé que lo más raro de todo era que usaba un par

de tenis nuevos muy llamativos. Cuando hacía /jo, jo, jo! sonaba como si fuera un asesino en serie. Seis renos de contrachapado tiraban del trineo. Estaban pintados de un profundo color chocolate, tenían ojos rojos que brillaban y cuernos hechos con ganchos de ropa cubiertos con guirnaldas de plástico.

Llovía.

Por un rato miré a aquel Santa flaco, a cada niño le tocaban treinta segundos y una bolsita con sorpresas. Luego me dirigí al otro extremo de la ciudad. Mientras caminaba, pensaba en el asunto de Santa Claus. Trataba de recordar: si alguna vez había creído realmente que un hombre gordo en un gran traje rojo lograba escurrirse por un millón de chimeneas en una sola noche. Supongo que en algún momento lo creí. Tengo un recuerdo muy vago de haber estado sentado en la rodilla de algún Santa cuando tenía tres o cuatro años. Todavía recuerdo la desagradable sensación de sus pantalones de nailon rojo, su barba áspera y un extraño olor afrutado. Cuando le pregunté dónde vivía me respondió con una voz balbuciente que me pareció familiar.

—En Polonia... eh... en Polonia Norte... en un iglú subterráneo con veintidós enanos *hip* y un reno.

Seguía lloviendo, cuando llegué al Bargain Bin. Es una de esas tiendas baratas que venden todo tipo de porquerías: tazas, toallas, bolsas rellenas de bolitas, portapláps. En la planta alta hay un departamento de juguetes lleno de pelotas de fútbol y ametralladoras de plástico que hacen ruido. Se pueden probar. En la caja hay una flecha que señala el gatillo y dice: "Aprieta aquí", y cuando tiras del gatillo hacen *ratatatatatatatata* o *duga-duga-duga-piau-piau*. Disparan. Sólo estaba mirando, veía los anaqueles de juguetes, pequeños: animales de plástico, vacas, cabras, cocodrilos, víboras de goma, pistolas de agua. Pensé que quizá ahí podría encontrar algo para Alex, un regalo. Nada serio, algo pequeño, ¿sabes? Un detalle. El año pasado le había comprado una caja llena de hormigas de plástico. No recuerdo qué me dio ella a mí.

En fin, estaba parado viendo los juguetes en la tienda, tratando de encontrar algo que le pudiera gustar a Alex, algo para

lo cual me alcanzara el dinero, cuando de pronto me di cuenta de que en realidad no estaba viendo nada. Veía pero no miraba nada. Era aquel horrible ruido. No podía concentrarme por el ruido. Horribles canciones navideñas que salían de unas bocinas en el techo, campanitas de sintetizador, ruidos de cascabel, pianos animosos y cantantes seniles esforzándose demasiado por sonar alegres; era insupportable. Un remolino de sonidos viajando hasta mi cabeza. Traté de ignorarlo pero parecía sonar más y más fuerte. Además, hacía mucho calor. El lugar hervía. No había aire. No se podía respirar. El ruido era paralizante: ametralladoras, animales que hablan, sirenas de patrullas de policía, *di-du-di-du-di-du*, padres gritando a sus hijos, pegándoles en el brazo, los niños gritando y llorando, el *bip-bip-bip* de las cajas registradoras, la música... parecía algo sacado de una pesadilla.

Tenía que salir de ahí.

Me fui a sentar un momento a la plaza. La lluvia había cesado y el aire estaba húmedo y frío. El sudor que me corría por el cuello se sentía pegajoso y ajeno. Me senté en un pequeño muro de ladrillos y vi a las palomas cojas comer costras de comida mientras escuchaba los incompresibles gemidos de un músico barbón que me llegaban desde un centro comercial cercano. Siempre está ahí, siempre cantando la misma deprimente canción. *Cuando sea viejo y tenga sólo un ojo, no haré otra cosa que mirar al cielo*. Dos niños gritaban y perseguían a las palomas de la plaza con pedacitos de pan en las manos, y al fondo podía escuchar el sonido de miles de personas arrastrando los pies por las calles atiborradas, hablando sin parar diciéndose tonterías. *Suif-suif-suif, bla-bla-bla, suif-suif-suif*. Desde las calles lejanas se oía, mezclándose extrañamente, el discordante sonido de otros músicos: el *plink-plonk* de un banjo, zampoñas peruanas, el gritón silbido de una flauta...

Todo me parecía una locura. Demasiada gente, demasiados edificios, demasiado ruido, demasiado todo.

El sonido de demasiado todo está ahí todo el tiempo, pero nadie lo escucha. Porque una vez que empiezas a escucharlo, no puedes detenerte y al final te enloquece.

Un loco despeinado que mordisqueaba una empanada grisienta se sentó a mi lado y me sonrió. Tenía pedazos de papa húmeda pegados a los dientes. Decidí seguir caminando. Tenía el trasero mojado y frío por sentarme en el muro húmedo y estaba comenzando a llover de nuevo. Caminé por las calles traseras y corté camino por el edificio del estacionamiento, por la calle del puente pasando la biblioteca hasta el mercado callejero, donde hombres de apariencia sospechosa con batas de nailon y guantes sin dedos bebían café en vasos de poliestireno junto a sus puestos. Más ruido, rock and roll malo, villancicos, vendedores gritando sobre el clamor de los clientes: *¡lleva su pavoooooo!... ¡pavoshermosooooos!... ¡papapaenvolver!... ¡diezpor diezpesoo!*

Compré el primer pavo que encontré. Un bulto blanco y húmedo dentro de una bolsa. En una semana seguro sabría peor de lo que lucía, pero no importaba. Papá estaría tan borracho el día de Navidad que sería capaz de comerse cualquier cosa. Se comería una gaviota si se la sirviera. Cruda.

Compré coles y papas, un pastel de frutas, papas fritas, una caja de galletas corrientes y un paquete de adornos navideños baratos. Luego lo cargué todo a casa.

Ya había oscurecido cuando regresé. Me dolían los brazos por cargar las compras, mis manos y pies estaban congelados y me dolía el cuello. Además me estaba dando gripa. Me chorreaban tantos mocos de la nariz que tenía que bajar las bolsas para limpiármelos.

Alex estaba en la parada del autobús. Me saludó con la mano y cruce la calle hasta ella.

—Te está chorreando la nariz —dijo.  
—Sí, lo sé —dije limpiándome con la manga—. ¿Adónde vas?

—A casa de Dean.

—Ah.

—¿Qué llevas en las bolsas?

—Cosas de Navidad.

—¿Hay algo para mí?

—Puede ser.

—¿Más hornigas? —sonrió.

—Nunca se sabe.

Cuando Alex sonreía, me daba una especie de dolor de estómago, como... no sé cómo. Una de esas sensaciones que no sabes si es buena o mala. Una de esas.

Puse las bolsas en el suelo y vi pasar los autos de un lado para otro de la calle. Metal, caucho, humo, gente, todo moviéndose de un lado a otro, hacia algún sitio, haciendo algo. El interior de la parada de autobuses me era tristemente familiar: el póster de itinerarios sin vidrio, roto y pintarrajeado, con porquerías pegadas por todas partes, frases sin sentido garabateadas en las paredes: *Dec y Lee... Yo estuve aquí... Duffy es un tarado...* Me senté en la silla plegable junto a Alex.

—¿Harto? —me preguntó.

—Estoy bien.

Se agachó y se asomó a las bolsas de la compra, moviendo una de ellas con el pie.

—Se ve bueno ese pollo —dijo sonriendo.

—Es un pavo —respondí.

—Se ve pequeño para ser un pavo.

—Es un pavo pequeño.

—Creo que te vendieron un pollo, Martyr.

Me sonrió y yo sonreí de vuelta. Sus ojos brillaban como canicas, redondos, transparentes y perfectos.

—¿Viste a los Rolf Harris? —preguntó.

—¿Qué?

—En la ciudad, junto a la estación de policía. Había un grupo de gente disfrazada de Rolf Harris. Ya sabes, con lentes y barba y pelo rizado. ¿No los viste?

—No.

—Tenían didgeridoos y toda la cosa.

—¿Por qué iban vestidos como Rolf Harris?

—No sé. Por la Navidad, supongo.

—¿Qué tiene que ver Rolf Harris con la Navidad?

—Cantaban villancicos.

Me quedé mirándola.

—¿Un coro de Rolf Harris?

Movió la cabeza riendo.

—Es para recaudar dinero para caridad.

—¡Ah, bueno! Entonces está bien.

Miró al frente y saludó a una chica del otro lado de la calle. Yo no sabía quién era, sólo una chica. Me toqué la nuca. Seguía sudando pero ya no tanto. La parada de autobuses apestaba. Mi manga estaba embarrada de mocos congelados y mis pies comenzaban a entumirse. A pesar de todo eso, me sentía bien. Sentado ahí, conversando, sin hacer nada, viendo el mundo pasar...

—Ya llegó el autobús —dijo Alex buscando su monedero en el bolso—. Me tengo que ir. Te veo más tarde.

—Ok.

El autobús se acercó, las puertas se abrieron ruidosamente y Alex subió.

—¿Cómo a las diez? —dijo sobre su hombro.

—Ok.

La vi pagar. Vi al chofer apretar botones en la máquina y vi cómo el boleto salía lentamente. La vi parpadear y vi cómo su boca decía "Gracias" y vi el brillo de su pelo negro como carbón mientras tomaba el boleto y lo enroscaba hasta formar un tubo que se colocó en la comisura de la boca. La vi subir el cuello de su chamarrá militar y vi el destello blanco de su camiseta por debajo de la chamarrá mientras caminaba lentamente hacia el fondo del autobús. La vi y esperé en vano a que volteara a verme mientras el camión avanzaba por la calle y desaparecía al doblar la esquina.

Nunca volteó.

Conocí a Alex dos años atrás cuando ella y su mamá se mudaron a una casa rentada en nuestra misma calle. Recuerdo haberlas visto desde la ventana de mi habitación mientras bajaban sus cosas de una camioneta, y recuerdo que pensé que era una chica muy linda. Linda. Se veía linda. Bonita. Desaliñada, con el cabello negro y desordenado saliendo de su deforme sombrero negro. Llevaba unos jeans negros y un suéter largo y rojo. También me gustó su manera de caminar. Un andar relajado.

Pensé: ¿qué pasaría si...? ¿Qué pasaría si fuera hasta ahí a saludar? Hola, soy Martyn, bienvenidas al vecindario. Algo así. Podría hacer eso, o ¿no? No sería tan difícil. ¡Hola! Me llamo Martyn, ¿cómo les va...?

No seas ridículo. No podrías hacerlo ni en un millón de años. Entonces ella tenía quince años y yo catorce. Casi catorce, en todo caso. Está bien, tenía trece. Ella era una joven mujer y yo era sólo un mocoso flacucho.

Era una idea ridícula.

Así que me contenté con verla desde mi ventana. La miré mientras subía a la camioneta. También la miré mientras arrastraba cosas y se las pasaba a su mamá. La vi saltar de la camioneta y sacudirse el polvo de los jeans. La vi dar saltitos por el camino llevando un enorme florero verde en las manos y la vi tropezar con una piedra mientras el florero volaba por el aire hasta aterrizar en la entrada de la casa con un sonido hueco. Ahora sí se le va a armar, pensé. Pero cuando su mamá salió sólo se miraron por un segundo, vieron los trozos de vidrio verde regados por todo el lugar y se echaron a reír. Ahí, paradas, riendo como un par de locas. No podía creerlo. Si hubiera sido yo, mi papá me habría gritado hasta ponerse azul y me hubieran dado un coscorrón.

Cuando al final dejaron de reír, la mamá de Alex recogió los pedazos de vidrio roto, levantando con cuidado los trozos más grandes y metiéndolos en una caja. Para ser mujer, era muy alta. También un poco regordeta. Alta y regordeta, si eso es posible. Tenía el cabello negro, como el de Alex, pero corto. Su cara era un poco gris y se veía cansada. Como si necesitara que la hidrataran. Vestía pantalones de lona y una camiseta negra, aretes largos de cuentas y pulseras en la muñeca. Cuando se deshizo de la caja con vidrios rotos y se disponía a entrar en la casa volteó a verme. Desvié la mirada. Cuando salió con una escoba y un recogedor volvió a verme de reojo, se detuvo y siguió barriando los restos del florero roto. Debe de haber dicho algo porque, justo cuando estaba a punto de alejarme de la ventana, Alex me vio, sonrió y me saludó con la mano.

—¡Hola!  
Avergonzado, saludé con la mano, sólo a medias.

—¿Estás ocupado?

—¿Qué?

—Que si estás ocupado —repite—. Ven a ayudarnos, si no estás ocupado.

Alicé el pulgar y me arrepentí inmediatamente. Qué gesto más tonto.

Olvidalo.

Rápidamente me puse una camiseta limpia y bajé de puntitas la escalera para no despertar a mi papá, que dormía la siesta en la sala, y salí a la calle. Mientras cruzaba la calle de camino a la camioneta, sentía las piernas como ligas. Había olvidado cómo caminar. Era un bobo tambaleante.

Alex sonrió y mis piernas casi dejaron de responder.

—Hola—dijo.

—Hola.

—Alexandra Freeman —anunció—. Alex.

—Martyn —dije yo mientras movía la cabeza de arriba abajo, como un imbécil—. Este... Martyn.

—Ésta es mi mamá.

—Hola, Martyn —dijo su mamá—. Encantada de conocerte.

—Igualmente —respondí.

Alex rio.

Me sentí bien.

Mientras Alex se alejaba en el autobús, cruce la calle sintiéndome peor que antes. La sensación placentera de la parada de autobuses se había evaporado. Malhumorado. Así me sentía. Me sentía malhumorado. Tan malhumorado como un... da igual: cualquier cosa que pueda estar malhumorada. Siempre me sentía mal cuando Alex iba a ver a Dean. Dean era su novio. Dean West. Tenía dieciocho años y trabajaba en el Gadget Shop, en la ciudad: computadoras, equipos de sonido, cosas electrónicas. Era un verdadero idiota. Cola de caballo, uñas largas, piel horrible. Toda su cara era del mismo color: los labios, las mejillas, los ojos, la nariz. Todo era blanco y parecía estar podrido.

Andaba en una motocicleta y hacía como que era uno de esos motociclistas rudos. Pero no lo era. Simplemente era un idiota muy pálido.

Una vez me encontré a Alex y a Dean en la ciudad. En Boots. Yo estaba esperando que me dieran las medicinas de mi papá cuando los vi en la cabina de fotos. Dean iba vestido con su disfraz de motociclista, su fea y pálida cara se veía más blanca que de costumbre bajo las frías luces de la tienda, movía su cola de caballo de un lado para otro; como una vaca espantando moscas. Alex también llevaba una chamarra de piel, una que yo nunca antes había visto. Le quedaba bien. También lucía un poco aburrida. Cuando le sonreía a Dean me daba cuenta de que no era sincera. Eso me gustó. Estaban esperando que sacaran sus fotos. Fotos de broma, seguramente. Con caras graciosas, *ja, ja, ja*. Me di la vuelta haciendo como que miraba unas medicinas en el mostrador de la farmacia, rogando que las medicinas de mi papá estuvieran listas pronto para poder irme.

—¡Martyn! —era la voz de Alex.

Me volví para saludarla con falsa sorpresa. Dean tenía el brazo sobre el hombro de Alex.

—Él es Dean —dijo.

Asentí.

—Yaya —escupió, mirándome de arriba a abajo—. Si es el Pigman. Al fin nos conocemos. He oído mucho de ti.

No sabía qué decir, así que no dije nada.

—¿Estás enfermo del estómago o qué? —dijo.

—¿Qué?

Se le quedó mirando a la caja que tenía sobre el mostrador y que yo había estado estudiando: medicina para la diarrea.

Traté de sonreír.

—No... no, una receta. Estoy esperando que me den lo de una receta, para mi papá.

—Ajá —se burló Dean.

Miré a Alex esperando su ayuda. Ella desvió la mirada, avergonzada.

—Vamos —le dijo Dean a Alex tirándola del hombro.

Estoy seguro de que ella se puso un poco tensa cuando él la tocó, pero de todos modos se fueron.

—Nos vemos Martyn —dijo Alex sobre su hombro.

Dean, como un idiota, me guiñó un ojo.

No es que estuviera celoso. Bueno, supongo que estaba un poco celoso. Pero no de forma ñoña, ¿sabes? No como un niño berrinchudo y malcriado. Así no. No realmente. Esa no era la razón por la que estaba malhumorado. Está bien, era la razón *en parte*. Pero la cosa era... que estaba *mal*. Todo. Alex y Dean. Mal. Espantoso. Estaba mal que ella perdiera su tiempo con él. Era un desperdicio. Él no era nada. Estaba mal. Mal. Mal. Mal. Ella era demasiado buena para él.

La lluvia se convertía en aguanieve cuando abrí la reja y arrastré los pies por el callejón que daba a la puerta trasera de la casa, caminando sobre mierda de perro, cigarrillos aplastados y bolsas rebosantes de latas de cerveza vacías.

A fin de cuentas, ¿qué tiene que ver contigo? Eso pensaba. Ella puede salir con quien le dé la gana. *¿Qué tiene que ver contigo, qué tiene que ver contigo?*

¿Qué?

Me detuve un momento preguntándome con quién demonios discutía. Luego me encogí de hombros y crucé la puerta de la cocina.

—Ya era hora.

Papá estaba parado junto a la ventana trasera con su chaleco multimanchado, tomando cerveza, fumando un cigarrillo y poniendo espuma de afeitar en la ventana. Lo miré, no dije nada y puse las bolsas de la compra sobre el refrigerador.

—Mi cambio —dijo estirando la mano hacia mí. Le di el dinero que sobró. Hizo un gesto de desprecio, se lo guardó en el bolsillo del pantalón y se acercó a las bolsas.

—¿Lo compraste todo?

—Creo que sí.

—Más te vale creer que sí —dijo sumergiéndose en una de las bolsas.

No tenía idea de a qué se refería. El tampoco, supongo. Grunó mientras hurgaba en la bolsa, viendo esto, viendo aquello, soltando ceniza de cigarrillo por todos lados.

—¿Dónde están los petardos?

—En la otra bolsa—respondí.

—Ah, sí—dejó de preocuparse por las compras y señaló la ventana—. ¿Qué te parece?

Sobre la ventana escurrita espuma blancuzca, bolas amorfas deslizándose sobre el vidrio para llegar a acumularse sobre el quicio formando montañas jabonosas. Al principio pensé que se trataba de un intento malogrado de limpiar algo, pero eso era absurdo porque mi papá *nunca* limpiaba nada... y entonces lo entendí. Se suponía que era nieve. Adornos de Navidad.

—Muy bien, papá—dije— Buena idea.

—Sí, bueno...—respondió sin mucho interés—. Mejor guarda eso antes de que se pudra.

¿Lo odiaba? Era un sucio borracho y me trataba como basura. ¿Tú qué crees? Claro que lo odiaba. Tú también lo hubieras odiado si lo hubieras conocido. Solo Dios sabe por qué mi mamá se casó con él. Probablemente por la misma razón por la que Alex salía con Dean. Algún tipo de cortocircuito mental o algo parecido. Sí, lo odiaba. Lo odiaba de pies a cabeza. De su nariz roja, llena de venas reventadas a sus sucios y apestosos pies. Odiaba su barriга cervecera.

Pero nunca fue mi intención matarlo.

Las cosas no ocurren así como así, tienen razones. Y las razones tienen razones. Y las razones de las razones tienen razones. Y entonces las cosas que pasan hacen que otras cosas pasen y ellas mismas se convierten en razones. Nada se mueve en una línea perfectamente recta. Nada es sencillo. Es por eso que, de alguna manera irónica, *Sherlock Holmes ilustrado* mató a mi papá. Si no me hubieran regalado *Sherlock Holmes ilustrado* en mi cumpleaños, mi papá seguiría con vida. Probablemente.

Era mi décimo cumpleaños, creo. O quizá el onceavo. Algo así. No recuerdo quién me lo regaló. No pudo haber sido mamá porque hacía mucho que se había marchado. Y estoy seguro de que no fue mi papá porque el siempre olvidaba mi cumpleaños. Lo único que me daba era ropa para lavar y dolores de cabeza. Total, no importa quién me lo dio mientras alguien lo haya hecho. Lo cual, en efecto, ocurrió. *Sherlock Holmes ilustrado*. Era un libraco enorme con todas las historias de Sherlock Holmes y las ilustraciones originales en las que Sherlock es un tipo flaco y terrorífico con ojos hundidos, como de loco, y una boca cruel. Nunca había leído ninguna historia de misterio y seguramente no me hubiera tomado la molestia, si no hubiera estado metido en la cama durante días por culpa de un virus. O sea, era un libro *realmente* gordo, casi mil páginas. Mil son muchas páginas. Pesaba una tonelada. Pero estaba tan aburrido, acostado sin hacer nada, viendo las paredes, oyendo los ruidos que hacía mi papá en su borrachera, maldiciendo por tener que prepararse la cena: el mismo, que un día me puse a leer. Y era increíble. No lo podía soltar. Me encantó cada una de las historias. ¿Mil páginas? No me resultaban suficientes. Me enganché por completo. Misterio tras misterio tras misterio, leí el libro completo en dos días. Y luego lo leí de nuevo.

Y así fue como me llegaron a gustar las historias de misterio. Novelas de asesinatos, historias de detectives, obras de suspenso, literatura policíaca, llámalas como quieras, a mí me encantan.

Después de guardar las compras, arreglar un poco, lavar los platos y hacerle un par de panes con queso a mi papá, subí a mi habitación y me acosté a leer un rato. *El sueño eterno*, de Raymond Chandler. En caso de que no lo sepas, Raymond Chandler es el mejor escritor de novelas de detectives de la historia. Philip Marlowe es su personaje. Marlowe, investigador privado. Es *cool*, rudo, amargado y gracioso. Un hombre de honor. Calles rudas. Villanos rudos. Una ciudad ruda. Chicas malas, chicas buenas, chicas locas. Policías buenos, policías malos. Diálogo ágil. Chantaje, asesinatos, misterio y suspenso. Y una trama con más curvas que una serpiente con dolor de estómago. Había leído

todas las historias de Marlowe y quería leer *El sueño eterno* desde hacía mucho. Dicen que es su mejor libro. Pero cuando lo abrí y comencé a leer, simplemente no pude concentrarme. Las palabras no se me pegaban. Llegaba al final de la página y me daba cuenta de que no podía recordar nada de lo que había leído. Así que volvía a comenzar, esforzándome, leyendo cada renglón, cada palabra, una por una, con calma y a la mitad, volvía a perder el hilo. No sé. Era como si no tuviera control sobre mis pensamientos, se iban por su lado, sin que yo me diera cuenta. Así que me di por vencido y me quedé acostado en la cama mirando al techo.

Pensé en Alex. Tenía ganas de verla esa noche. Me visitaba casi todas las noches, a veces yo iba a su casa pero la mayoría de las veces ella venía a la mía. No hacíamos nada, simplemente nos sentábamos a conversar. Recuerdo que la primera vez que vino, una semana después de conocernos, no sabía qué pensar de su visita. Me puse muy nervioso. ¿Por qué venía a mi casa? ¿Qué quería? ¿Yo le gustaba? ¿Qué debía hacer? Era un manojito de nervios. Pero cuando llegó fue como si nos conociéramos hace muchos años. Sin problemas. Sin preocupaciones. Sin la incomodidad de hablar en voz baja. Ni siquiera parecía molestarle la presencia de mi papá.

—¿Siempre está borracho? —preguntó después de verlo dar tumbos por el pasillo, asomarse a mi habitación, revisar a Alex de arriba a abajo, guiñarme un ojo y salir dando tumbos de nuevo.

—Casi siempre.

—Así era mi padre —añadió como si nada—. Por eso mi mamá se deshizo de él.

Su mamá era actriz. Había salido en una telenovela quince años atrás. No me acuerdo del nombre, era algo sobre una tienda de ropa o una fábrica o algo así. No importa; el caso es que estuvo en el programa casi un año.

—Durante un tiempo fue bastante conocida —me dijo Alex—. No es que fuera famosa exactamente; era medio famosa.

—¿Como esa como-se-llame que sale en el programa ése? —¿Quién?

Sonrei.

—¡Ah, sí! Como ésa —respondió—. La gente se le acercaba y le decía: tú sales en la tele, ¿no? Eres... ¡no! No me digas... lo tengo en la punta de la lengua... no me digas...

—Y, ¿cuál era?

—¿Cuál era qué?

—Su nombre.

—Shirley Tucker —rio—. Una rubia sexy con corazón de oro. Mamá se ponía una peluca rubia enorme, y se maquillaba mucho. Ya sabes, con faldas cortas y todo. Se veía muy bien. Total, que un par de años después de que nació, Shirley y su novio murieron en un trágico accidente automovilístico... y desde entonces le ha sido muy difícil conseguir trabajo fijo. A veces actúa en el teatro local, en anuncios, en algún programa de tele o algo así, pero eso no alcanza para pagar la renta, así que regresó a su trabajo de enfermera de medio tiempo. Lo detesta.

—¿Por qué mataron a su personaje?

—No lo sé... algo pasó... un desacuerdo con los productores o algo así. A mamá no le gusta hablar de eso.

Las siguientes semanas, las pasamos hablando de todo. Alex me contó de ella, de dónde era, qué pensaba de ciertas cosas, qué quería hacer.

—Yo también voy a ser actriz —me dijo—. Mi mamá se oponía al principio; me decía que fuera abogada o algo así. "Ahí es dónde está el dinero, Alex. No hay abogados pobres." Pero cuando se dio cuenta de que hablaba en serio, cambió de parecer y ahora me ayuda mucho. Es buenísima, Martyr, deberías verla. Con sólo levantar una ceja se convierte en otra persona. Puede imitar cualquier cosa: voces, el andar de alguna persona, su postura, lo que sea. Es buenísima.

Pensé en preguntarle: si es tan buena, ¿por qué no consigue trabajo? Pero no lo hice. No quería arruinar el momento. De cualquier forma, estaba realmente impresionado. Aunque ya no fuera ni medio famosa, al menos la mamá de Alex había hecho algo. Está bien, era un *ya-fue*. Pero un *ya-fue* es mejor que un *nunca-fue-y-nunca-será*, como mi papá. Y Alex estaba

muy orgullosa de ella. Me resultaba tan extraño —estar orgulloso de alguien— que no podía evitar sentirme impresionado. Pero lo que más me impresionaba de Alex era su ambición. Tenía *ambición*. Sabía lo que quería hacer, quería ser *algo*. Y, además, era muy buena. Quiero decir, buena actriz.

—Dime qué quieres que haga y lo haré —me dijo un día. —No sé qué quieres decir.

—Lo que sea —respondió—. Una situación, una emoción, una persona... lo que sea —agitó los brazos y con un gesto dramático añadió—: actuaré para ti.

—Enojo —sugerí.

—¿No se te ocurre nada mejor que *eso*?

—Bueno, yo...

Su furia desapareció y me regaló una enorme sonrisa.

—Estoy actuando, Martyn. Estoy actuando el enojo que pediste.

—Sí —*fatfullé*—. Ya sabía.

—Claro que no sabías. Vamos. Otra más. Una persona.

Lo pensé un momento y sonreí.

—Mi papá.

—Ok. Dame un minuto.

Estaba sentada con las piernas cruzadas sobre la cama. Cerró los ojos y murmuró algo, se levantó de un brinco y salió de la habitación. Pensé que había ido al baño. En ese momento escuché que tocaban a la puerta y que una voz balbuciente decía:

—¡Mart'ni! ¡Mart'ni! Baja inmediatamente y dame algo de cenar!

—Sí, voy, papá —respondí sin pensarlo mucho.

La puerta se abrió y entró Alex sonriendo triunfal.

—Y no te tomes todo el maldito día.

Fue realmente sorprendente. Sonaba *exactamente* como él.

—Brillante —le dije—. Increíble.

Se pasó un dedo por la ceja y dijo:

—No fue nada, pan comido.

Ambición y talento... Me dejó sin palabras.

—¿Y tú, Martyn? —preguntó—. ¿Tú qué quieres hacer?, ¿qué quieres ser?

¿Yo qué quería ser? Nunca había pensado en eso. ¿Qué quería hacer? Lo único que quería era hacer algo más. Algo que no fuera lo que estaba haciendo, fuera lo que fuera. No mucho. ¿Qué quería ser? ¿Qué clase de pregunta es esa? ¿Qué quería ser? Sólo Dios sabe.

Dije lo primero que me vino a la cabeza.

—Quiero ser escritor. Voy a escribir una novela de misterio.

—¿De verdad?

—Sí. Y la van a convertir en una serie de televisión y voy a hacer toneladas de dinero.

—Espero que haya un papel para mí. Y para mi mamá.

—¿El fantasma de Shirley Tucker?

—¡Sí!

—Ok. ¿Y tú quién quieres ser?

Lo pensé un momento y luego dije:

—La hermosa amante del asesino.

—¿Por qué?

Levantó los hombros y sonrió.

—¿Por qué no?

Algo de lo que no habíamos mucho era de Dean. Unas semanas después de que comenzó a salir con él le pregunté a Alex por qué lo hacía.

—¿Qué quieres decir? —respondió.

—Pues...

—Pues, ¿qué?

—Pues que es un poco idiota, ¿no?

Se volvió loca.

—¿Cómo demonios sabes tú cómo es él? ¡Lo has visto una vez en la vida, por Dios!

—No quise decir...

—¿No quisiste decir *qué*? Además, ¿a ti qué te importa?

¿Quién te crees que eres?

Me disculpé lo mejor que pude pero ella ya no quería saber nada de mí. Durante un par de días no me habló y evitó toparse conmigo. Pensé que lo había arruinado todo. De pronto pa-

reció olvidarlo completamente. Vino a visitarme una noche y todo volvió a la normalidad, como si nunca se hubiera dicho nada.

Aun así, después de eso no volvimos hablar de Dean.

Papá estaba borracho cuando bajé esa noche, lo cual no era ninguna sorpresa. Estaba borracho todas las noches. A veces sala y a veces se quedaba en casa, pero en realidad daba lo mismo porque estaría borracho en cualquier lugar. También bebía durante el día, se mantenía entonado tomando cerveza, pero no tomaba nada más fuerte hasta por la tarde. Cerveza en la mañana, cerveza para almorzar y cerveza en la tarde. Cerveza y whisky al anochecer y, finalmente, whisky para la cena. Una dieta muy balanceada. Tomaba tanto, que incluso cuando no tomaba estaba borracho.

Por las tardes, después de que había empezado con el whisky, había cuatro etapas distintas en su borrachera. En la Etapa Uno, más o menos una hora después de empezar a beber, actuaba como si fuera mi mejor amigo: me hacía bromas, me acariciaba la cabeza, me preguntaba cómo estaba, me daba dinero.

—¿Necesitas algo, Marty? Toma, aquí hay un par de libras, anda y cómprate un libro o algo.

Odio que me digan Marty. Y odiaba que mi papá me diera dinero: Siempre pedía que se lo devolviera al día siguiente. Creo que cuando estaba así, cuando trataba de ser gracioso, cuando trataba de ser don Gran Papá, era cuando más lo odiaba. Lo prefería en la Etapa Dos, que era pura autocompasión y lástima, al menos era honesto. Había un intervalo silencioso entre la Etapa Uno y la Etapa Dos, algún gruñido ocasional a la televisión o al periódico, y poco a poco empezaba a tomar fuerzas maldiciendo su perra suerte, las injusticias de este mundo, maldiciendo esto y aquello, a mamá por haberlo dejado, a mí por llenarlo de responsabilidades: Básicamente maldecía todo aquello que no fuera él. De pronto, sin más, se detenía y durante la siguiente hora, más o menos, no hacía nada más que quedarse tumbado en su sillón, fumando y tomando sin parar hasta llegar a la Etapa Tres. La Etapa Tres era incoherencia pura con una

impredecible nota de violencia. No me molestaba mucho la violencia, al menos no una vez que aprendí a lidiar con ella. No era muy difícil en realidad. Normalmente comenzaba con alguna pregunta. El truco era dar con la respuesta adecuada, pero eso no siempre era fácil porque era casi imposible entender lo que estaba diciendo.

—...cucha... toyhaciendolopepuedo... lomejorquepuedo... ¿noscierto? ¡Nostranfácil! ¿Cresquenoguierocerlomejor? ¿Eh? ¿Eh?

Si respondía correctamente se quedaba mirándome un segundo y empezaba con algo más. Pero sí no respondía bien, si decía, por ejemplo: "¿Qué?", entonces, con toda seguridad, me soltaba un golpe. Pero, como dije, no me molestaba tanto. Casi siempre era tan torpe que sólo tenía que dar un paso a un lado y él fallaba... casi siempre. Recuerdo una vez que estábamos cenando en la mesa y papá tenía un cigarrillo prendido en el cenicero. El humo lo cubría todo,apestaba la comida, se me metía en lo ojos y me hacía toser. Le pedí varias veces que lo quitara de ahí pero me ignoró y siguió leyendo el periódico, así que me levanté para apartarlo yo mismo, y su puño me cayó encima como un martillo. Crac. Me rompió la muñeca. No podía creerlo. Nunca en mi vida lo había visto moverse tan rápido. Cuando se dio cuenta de lo que había hecho y de que tendría que llevarme al hospital, empezó a preocuparse mucho.

—Fue un accidente, Mart'n. Fue un accidente. Tienes que decirles que fue un accidente.

En realidad le preocupaba que los trabajadores sociales nos visitaran de nuevo. Verás. Ese mismo año, uno de los profesores del colegio me vio un moretón enorme en el brazo y comenzó a hacerme preguntas incómodas: ¿Cómo pasó eso?, ¿está todo bien en casa?, ¿por qué estás tan cansado todo el tiempo? Ese tipo de cosas. Traté de no darle importancia pero no quitó el dedo del renglón y al final, un trabajador social vino a la casa. Papá temblaba como una hoja. Pensó que le iban a quitar la pensión que le daban. Pero cuando el trabajador social habló conmigo hice como que todo estaba bien (en realidad así era, en cierto modo), y se fue satisfecho. Mi papá, por supuesto,

interpretó el papel de *padre ideal* un par de días, sonriendo, hablando conmigo, tratando de ser amable, pero una vez que se dio cuenta de que estaba fuera de peligro, todo volvió a la normalidad. Gracias a Dios. Como yo lo veía, las cosas no eran perfectas pero al menos estaba con mi papá. Más vale malo por conocido que bueno por conocer, como dicen.

Quizá si hubiera dicho la verdad todo hubiera sido diferente. Pero no lo hice. Cuando fui al hospital con la muñeca rota le dije al doctor que había sido un accidente, que me había caído de la bicicleta.

Total, que ése era mi papá en la Etapa Tres: incoherente con una sutil nota de violencia. La Etapa Cuatro, la última, etapa, era cuando caía en un coma etílico. Cualquier lugar era bueno: su sillón, el baño, el escusado; se quedaba donde cayera, roncando como león y babeando sin parar. Lo que sí me asustaba era que dejara de roncar y se quedara ahí tirado como un muerto. Imposible despertarlo. Una vez le tiré agua fría en la cabeza. Ni así despertó. Por eso tomé un curso de primeros auxilios en la escuela, para poder saber si estaba muerto o sólo ahogado de borracho.

Esa tarde, o bien me equivoqué sobre cuánto había bebido mi papá, o saltó directo de la Etapa Uno a la Etapa Tres. O quizá pasó algo más. No lo sé. Para ser honesto, tampoco pienso mucho en eso.

Lo único que estaba tratando de hacer era ver al *Inspector Morse* en la televisión. ¿Es mucho pedir? Nunca veo la televisión. *Morse*, *A Touch of Frost*, *Wycliffe*, ese tipo de cosas. A veces *The Bill*. Eso es todo lo que veo porque es lo único que me gusta. Cosas de detectives. Misterios, asesinatos. Me encantan. Especialmente *Morse*. No me gustan mucho los libros pero la serie de televisión es muy buena. Cada capítulo dura dos horas. Muy buenos. ¿Qué más podía pedir un aspirante a escritor de novelas de misterio? Dos horas de tramas complicadas, pistas falsas, curias sospechosos, asesinos terroríficos y el bueno de *Morse* siempre con una solución al final.

Lo que pasa con *Morse* es que le tienes que poner mucha atención de principio a fin. De nada sirve tener puesta la televisión y ver un poco aquí y un poco allá. Tienes que concentrarte completamente, de otra forma no entiendes qué está pasando. Y si no entiendes qué está pasando, no tiene caso que lo veas.

Era miércoles por la noche. Ocho y media. En la sala. Las cortinas estaban cerradas. Una luz anaranjada brillaba desde los carbonos falsos de la chimenea eléctrica. Yo estaba sentado en el piso con la espalda recargada en el sofá y papá estaba en su sillón, bebiendo. No sé cuánto habría bebido pero me pareció que no tanto, pues hacía bromas estúpidas sobre *Morse*, tratando de parecer gracioso. Etapa Uno. Era muy molesto, pero yo seguía ahí sentado, tratando de ignorarlo con la esperanza de que se aburriría y se callara o que se fuera al bar y me dejara en paz. Pero no lo hizo. Siguió y siguió sin parar con sus patéticos comentarios.

—Mira nada más en qué estado se encuentra. Está un poco gordo, ¿no? ... ¡Los policías no manejan Jaguarés! ... No me extraña que sea tan infeliz si oye esa maldita música todo el tiempo.

No paraba. Una y otra y otra broma. No podía concentrarme. No podía oír lo que estaba pasando. No podía entender la trama.

Luego empezó con lo de Lewis.

Supongo que sabes quién es Lewis, pero en caso de que no lo sepas, te diré que es el compañero de *Morse*. El sargento Lewis. Un poco bruto, en comparación con el genial *Morse*. En cada episodio, *Morse* llama a Lewis de manera peculiar: *Lewis!* Pasa siempre. Y por alguna razón, papá hacía una absurda graciosa a mi papá, y cuando ocurría, papá hacía una absurda imitación de *Morse* gritando: *¡Lew-is!* *¡Lew-is!* *¡Lew-is!* Y se reía como loco ante su innegable ingenio. La primera vez que lo hizo casi fue gracioso. Casi, pero no del todo. Pero después de oírlo cientos de veces, ya me enfermaba. ¿Por qué? ¿Por qué lo hacía? Una y otra vez. ¿Por qué?

Ahí estaba yo, sentado en el piso, inclinado hacia el televisor tratando de seguir el hilo de la trama. *Morse* estaba en la ofi-

cina, sentado en su escritorio, pensando, tratando de descubrir quién era el culpable. En el fondo se oía música de ensueño. De pronto, se puso de pie y pestañeó. Algo se le había ocurrido. Algo crucial. Caminó hacia la puerta, la abrió y llamó a Lewis: *¡Lewis!* Y ahí empezó la cosa. Mi papá empezó a gritar: *¡Lewis!* *¡Lewis!* *¡Lewis!* No paraba de reír como si aquello fuera lo más gracioso del mundo. En la televisión Morse hablaba con Lewis, explicándole su crucial idea, pero yo no oía absolutamente nada. Lo único que oía era a mi papá gritar como loco: *¡Lewis!* *¡Lewis!* *¡Lewis!*

—¡CÁLLATE!

Me había puesto de pie de frente a él.

—Por el amor de Dios, papá, ¡cállate! No es gracioso. Es patético. Tú eres patético. ¿Por qué no puedes callarte y dejarme ver la maldita televisión una vez en la vida?

Me miró, congelado. Yo lo miré sin desviar la vista. Puso la lata de cerveza en la mesa

—¿Qué dijiste?

—Nada. No importa.

Mi enojo se había esfumado. Me di la vuelta.

En ese instante sentí un movimiento a mis espaldas y me volví justo para verlo con el puño cerrado por encima de su cabeza; sus ojos eran los de un loco borracho.

Mi reacción fue automática. Salté hacia un lado mientras él erraba el golpe por un pelo. Entonces, como estaba encarrerado, me pasó por un lado y lo empujé. Eso fue todo. Un pequeño empujón. Un gesto de defensa. Nada más. No lo golpeé ni nada. Sólo lo hice a un lado. *Casi* ni lo toqué. Supongo que perdió el equilibrio. Estaba demasiado borracho como para mantenerse en pie... no lo sé. Lo único que sé es que se fue de cabeza contra la chimenea, cayó sobre la alfombra y se quedó quieto. Todavía puedo oír aquel sonido. Ese espantoso sonido de hueso contra piedra.

Sabía que estaba muerto. Instantáneamente. Lo sabía.

¿Ahora ves a qué me refero con eso de *Sherlock Holmes ilustrado*? Si no me lo hubieran regalado de cumpleaños nunca lo

habría leído y nunca me habrían gustado las novelas de misterio. Y si nunca me hubieran gustado las novelas de misterio no habría estado viendo *Inspector Morse* en la televisión.

Y si no hubiera estado viendo *Inspector Morse* en la televisión, mi papá no habría estado ahí sentado, gritando *¡Lewis!* *¡Lewis!* *¡Lewis!* como un loco y yo no me habría enojado y no le habría dicho que se callara y él no habría tratado de reventarme la cabeza y yo no lo habría empujado por la espalda y no se habría golpeado contra la chimenea y no estaría muerto.

La cosa es... el caso es, si te pones a ver, que si sigues esta línea de razonamiento, entonces la culpa es suya desde el principio. Si no hubiera sido mi papá, si no hubiera embarazado a mi mamá, yo nunca habría nacido. No habría existido. Y entonces él seguiría vivo. Fue su culpa que yo existiera. Él me hizo. Yo nunca *pedí* nacer, ¿o sí? No tenía nada que ver conmigo.

Pero entonces, no era su culpa haber nacido, ¿verdad?

No lo sé.

¿Tiene que haber una razón para todo?

Sabía que estaba muerto. Podía sentirlo. El aire, el silencio, todo sin vida.

Me quedé paralizado un minuto. Ahí, parado, mirando, con la mente en blanco y el corazón latiendo con fuerza. Es extraño eso de la falta de emociones, la ausencia de drama en la realidad. Cuando las cosas ocurren en la vida real, cosas extraordinarias, no hay música, no hay redoble de tambores. No hay acercamientos. No hay encuadres dramáticos de las cámaras. Nada pasa. Nada se detiene, el resto del mundo sigue su rumbo. Mientras estaba ahí parado en la sala, viendo el cuerpo sin vida de mi papá junto a la chimenea, la televisión siguió sonando en el fondo. Anuncios. Familias felices bailando alrededor de la mesa de la cocina. "*Esta noche quiero pollo, esta noche quiero pollo...*" Me acerqué para apagarla. El silencio era frío y mortal.

—Dios—murmuré.

Tenía que revisar. Aunque sabía que mi papá estaba muerto, tenía que estar seguro. Me acerqué a la chimenea y me agaché

junto a mi papá. Tenía una fea cortada sobre el ojo y se le veía el hueso. No había mucha sangre. Una mancha color carmín en la chimenea que ya se estaba secando. Miré más de cerca. Un hilito de líquido rojo manaba de la comisura de su boca y se perdía por la barbilla. Miré su cara sin vida. Se sabe. Aunque nunca antes hayas visto un muerto, se sabe.

La apariencia de la muerte no puede ser confundida con la inconsciencia. Ese tono gris blancuzco. Plano, sin matices. Sin esencia. La piel pierde su brillo y parece que se encoge como si lo que fuera la vida, el alma, el espíritu, le hubiera sido arrancado y sólo quedara un saco vacío. Vi los ojos negros y vidriosos que me miraban ciegamente.

—Maldito idiota —dije.

Coloqué un dedo sobre su cuello. Nada. No había pulso. Le desabroché los botones de la camisa y acerqué el oído a su pecho para escuchar, sin esperanzas, el latido de su corazón. No había ningún sonido.

Ya sé lo que estás pensando: ¿Por qué no llamé a los servicios de emergencia? Habrían podido revivirlo. Que alguien haya dejado de respirar no significa que esté muerto, ¿o sí? ¿Por qué no le diste respiración de boca a boca? Tomaste un curso de primeros auxilios, ¿no? ¿Por qué no trataste de salvarle la vida?

No lo sé.

¿Por qué no traté de salvarle la vida?

No lo sé. Simplemente no lo hice.

¿De acuerdo?

Como sea, eso es lo que ocurrió. Piensa lo que quieras. En realidad no me importa. Yo estaba ahí. Ocurrió. Lo sé.

Tras asegurarme de que estaba muerto me fui a sentar al sillón de mi papá. Era una cosa extraña porque nunca me había sentido ahí antes. Jamás.

Estuve ahí sentado mucho tiempo.

Mucho tiempo.

Supongo que habrá estado pensando. O quizá no. No lo sé. No lo recuerdo. Sólo recuerdo estar ahí sentado, en el silencio de la noche, oculto tras las cortinas cerradas, solo, con el desinteresado tic-tac del reloj sobre la chimenea. Creo que aquella era la primera vez que lo escuchaba.

El ruido de la lluvia me sacó del trance. Eran las diez de la noche. Me puse de pie, me tallé los ojos, fui a la ventana y abrí un poco la cortina. Diluviaba. La lluvia parecía un telón que se azotaba contra la calle. Cerré la cortina y me di la vuelta. Ahí estaba. Mi papá muerto. Seguía muerto. Seguía tirado sobre la alfombra, junto a la chimenea, como un muñeco roto. Su camisa seguía desabotonada después de que tratara de oír su corazón. Me agaché y la abotoné.

De pronto, una imagen cruzó por mi cabeza: una de esas sietas hechas con tiza que los detectives pintan alrededor de los cuerpos de los asesinados. Me hizo gracia por algún motivo, y solté una risita ahogada. Sonó como si alguien más lo hubiera hecho, como el eco de una risa en un pueblo fantasma.

Volví a sentarme.

“¿Qué vas a hacer?”, me pregunté.

El teléfono en la mesa cerca de la puerta principal estaba ahí, negro, en silencio, esperando. Sabía lo que debía hacer.

La lluvia seguía golpeteando contra la ventana. La habitación estaba fría y yo temblaba. Metí las manos hasta el fondo de mis bolsillos.

Qué problema.

Entonces sonó el timbre.

Era Alex, desde luego. Nadie más venía a visitarnos, salvo cobradores y mormones. Y la tía Jean una vez al año.

La dejé pasar, cerré la puerta y la llevé a la cocina. Se veía hermosa. Tenía el pelo recogido con un lazo azul claro y uno o dos mechones mojados se le pegaban a la curva del cuello. Su cara... su cara. Era tan bonita. Linda. Perfecta. Tenía la cara de una niña bonita. Sus dientes eran blancos como pastillas de menta. Llevaba la misma ropa de esa tarde en la parada de autobuses.

chamarras militares, camiseta blanca y jeans viejos. Todo estaba mojado.

Puso su bolso en la mesa y se secó un poco de lluvia de la frente.

—¿Dónde está tu papá?

—En la sala —dijo—. ¿Quieres un té?

Puso la tetera en la estufa y saqué las tazas mientras Alex se sentaba, abrazándose para quitarse el frío.

—Hace frío aquí, ¿no?

La tetera silbó y llené las dos tazas.

—¿Te divertiste?

Levantó los hombros.

—Más o menos.

—¿Adónde fueron?

—A ninguna parte. Dean estaba haciendo no sé qué con algunas cosas de la tienda, grabadoras, computadoras, no sé.

Saqué las bolsitas de té de las tazas y las tiré hacia el basurero pero fallé y cayeron sobre el linóleo. Agregué un poco de leche a cada taza.

—¿Alex?

—¿Qué?

Puse las tazas en la mesa de la cocina y me senté.

—Tengo un problema —dijo.

—No estás embarazada, ¿verdad? —brinó.

—No.

—Perdón —dijo dejando de sonreír—. ¿Qué es? ¿Algo malo?

—Es malo.

—¿Qué tan malo?

—Malo malo.

—Ah.

—Se trata de mi papá.

—¿Qué con él?

—Está muerto.

Y le conté lo ocurrido.

—Muéstreme —dijo.

La llevé a la sala.

Se estremeció un poco y se limpió la boca nerviosamente.

—Tápalo, Martyn.

Fui al ropero por una sábana y cubrí el cuerpo.

—Ven aquí —dijo cariñosa.

Me acerqué a ella y me abrazó. Su piel olía a lluvia.

Ese momento, cuando me abrazó... fue como si nada más importara. Nada. Todo estaría bien. Su suave mano me acariciaba la cabeza, la sensación de su cuerpo cerca del mío... todo lo demás desapareció hacia la nada. Ese era el único lugar en el que quería estar.

Pero nada es para siempre.

De vuelta en la cocina, Alex me miraba. Tenía manchas verdes en sus ojos marrón, como si fueran pequeñas hojas. Tuve que mirar hacia otro lado. Mi té estaba frío. Todo estaba frío.

—Tienes que decirle a alguien —dijo suavemente.

La lámpara fluorescente zumbaba desde el techo. Había un pequeño charco de agua cerca de los pies de Alex, las mangas de su chamarrá gotaban. La luz parpadeante y blanca se reflejaba en la superficie del charco. Me molestaba. Quería apagarla. Sentarme en la oscuridad sin hacer nada.

—Martyn, tienes que decirle a alguien lo que pasó. No puedes quedarte ahí sentado sin hacer nada. Tienes que llamar a la policía.

—No puedo.

—¿Por qué no?

—Ya es demasiado tarde.

Fruñó el ceño.

—No entiendo. ¿Demasiado tarde para qué?

—Se van a dar cuenta.

—¿Quiénes?

—Los de la policía. Se van a dar cuenta de que murió hace más de una hora. Pueden saber esas cosas. Y querrán saber por qué no llamé de inmediato.

—¿Y qué? Les dices por qué y ya.

—No, no puedo.

—¿Por qué no?

—Porque no lo sé.

—Ah.

Un poco avergonzada, bajó la mirada, como si de pronto se hubiera dado cuenta de que algo estaba mal en mí. Tenía esa mirada de no-sé-qué-hacer, la mirada con la que ves a un loco sentado junto a ti en el autobús. Pero no duró mucho. Después de pensarlo un momento, se limpió la nariz y dijo:

—Está bien, pero no te pueden arrestar por no saber por qué hiciste algo, ¿o sí?

—No, pero me pueden meter a un manicomio.

—No seas idiota.

—O a un orfanato o algo así.

—Marty...

—No van a dejar que me quede aquí solo, ¿verdad? —entonces me di cuenta—: Ay, Dios. La tía Jean. Me van a mandar a vivir con la tía Jean.

—Claro que no.

—¡Claro que sí! ¿Qué otra cosa pueden hacer? ¡No puedo vivir con ella! ¡Dios! ¡No la soporto! Es peor que mi papá.

—Seguro que no es *tan* mala.

—Y tú, ¿cómo sabes? —respondí enojado.

Me miró lastimada.

—Sólo estoy tratando de ayudar.

—Sí, lo sé... lo sé. Perdón, es sólo que... no sé.

No dejaba de llover. El agua golpeaba en la ventana de la cocina. La espuma de afeitar se había derretido por completo. Sólo quedaba la huella sucia de su escurrir y una costura mugrienta en el quicio de la ventana. Alex rascaba la mesa con una cuchara y se mordía el labio, y yo estaba sentado, pensando. Era una de esas situaciones en las que piensas: "si tan sólo..." Si tan sólo nadie lo supiera. Si tan sólo hubiera tenido tiempo de pensar. Si tan sólo pudiera hacer que todo desapareciera. Si tan sólo...

—Mira —dijo Alex con calma— ¿Por qué no me dejas llamar a la policía? Yo les explico qué pasó. Estoy segura de que todo

va a estar bien. O sea, no es que lleve aquí semanas, ¿no? Sólo ha pasado una hora o algo así. Lo van a entender. No son unos monstruos.

Negué con la cabeza.

—¿Por qué no?

—Ya te dije. Van a preguntar por qué no llamé inmediatamente y no tengo respuesta. Voy a parecer sospechoso. Piensan que tengo algo que ocultar.

—Pero no es así.

—Ellos no lo saben.

—Pero no puedes dejarlo así, Marty. Tienes que hacer algo. Tienes que decirle a alguien.

Lo pensé un momento. Traté de seguir el hilo: qué pasaría si esto, qué pasaría si aquello, pero simplemente no lo conseguí. Sólo veía un gran agujero negro.

—En fin —dije—. Haga lo que haga, terminare viviendo con la tía Jean.

—Pero no tendrías que quedarte ahí para siempre. Pronto cumplirás dieciséis años y puedes irte a vivir solo.

—Para entonces tendré una camisa de fuerza.

—Y, ¿qué crees tú que va a pasar si dejas el cuerpo de tu papá en la sala?

La miré.

—No lo sé.

Alex aspiró profundamente y suspiró.

Y así seguimos el resto de la noche. Alex diciendo que llamara a la policía y yo diciendo que no. Alex preguntando por qué y yo respondiendo que no podía. ¿Por qué? Porque no. Sí, pero. No. ¿Por qué? Porque no. Sí, pero. No... Dábanos vueltas pero. No. ¿Por qué? Porque no. Sí, pero. No... Dábanos vueltas en círculos interminables. No llegábamos a ningún lugar. Para la medianoche estábamos demasiado cansados para continuar.

—Hablemos de esto mañana.

—Ya es mañana. Entre más tiempo dejes pasar...

—Lo sé. Déjame pensarlo, ¿sí? En la mañana decidiré algo. Volvió a suspirar, miró su reloj y asintió no muy convencida.

—Está bien.

## JUEVES

Me levanté y caminé hacia la puerta trasera. El callejón estaba lleno de bolsas de basura mojadas recargadas sobre la pared. Algún gato había rasgado una de ellas dejando huesos de pollo y papeles regados.

—Y, ¿está noche? —dijo Alex—. No te puedes quedar aquí. —Estaré bien.

—Te puedes quedar en mi casa, si quieres. Le digo a mi mamá que prepare una cama en el cuarto de visitas.

—Gracias —dije cerrando la puerta—. Estaré bien aquí.

Estábamos parados en la puerta principal. Había dejado de llover.

La luna creciente colgaba blanca en lo alto del cielo negro. La calle estaba vacía, la superficie del concreto brillaba mojada y negra bajo las luces blancas de la calle. Alex abotonó su abrigo.

—¿Estás seguro que vas a estar bien? —preguntó de nuevo. Asentí.

Metió las manos a los bolsillos.

—Será mejor que me vaya. Vengo por la mañana, ¿de acuerdo?

La vi cruzar la calle camino a su casa. Su casa, su mamá, su tibia cama.

No me miró.

Cerré la puerta.

La casa seguía fría y en silencio.

Subí a mi habitación y me acosté.

Una habitación pequeña y sin ventanas, apenas iluminada por una bombilla desnuda. El vapor se condensa en las paredes de concreto. En una repisa en la pared, un par de cintas crujen dentro de una grabadora negra. Una luz roja tintinea automáticamente.

Hace frío pero me sudan las manos.

En la mesa, frente a mí, el inspector Morse mueve la cabeza impacientemente.

—No tengo tiempo para esto, Pig. ¿Qué hiciste con la pistola?

De pie detrás de él, con un abrigo largo y un sombrero de cazador con la mano en la barbilla, se encuentra Sherlock Holmes, mirándome con sus ojos negros. Volteo la vista y me concentro en Morse.

—¿De qué habla? —le pregunto—. ¿Cuál pistola?

—Vamos, Pig, por favor —dice exasperado—. Sé que le disparaste. Holmes sabe que le disparaste. Todos lo sabemos.

—¿A quién? ¿De qué habla?

Me mira con labios apretados y se levanta de la silla. Sherlock se acerca y susurra algo en su oído. Morse sonrío y se sienta de nuevo.

—¿Dónde estabas a las ocho treinta esta noche?

—En casa. Viendo la televisión.

—¿Qué veías?

—A usted.

—¿Por qué le disparaste a tu padre?

—No le disparé. Fue un accidente.

—Eso no es lo que dice Alex.

—¿Qué?

—Alex dice que le disparaste.

—¡Ella ni siquiera estaba ahí!

—Eso es lo que tú dices.

—¡Es la verdad!

—¿Dónde estabas a las ocho treinta esta noche?

—Viendo la televisión.

—¿Qué veías?

—¡A usted!

—¡Lew-is!

La cara de Morse cambia espectralmente mientras grita y se convierte en alguien más.

—¡Lew-is! ¡Lew-is!

Su pelo plateado se oscurece y brilla de tan grasiento.

—¡Lew-is! ¡Lew-is!

Una herida oscura aparece en su frente.

No deja de gritar.

—¡Lew-is! ¡Lew-is!

Un hilo de sangre le corre desde la comisura de la boca.

—¡Lew-is! ¡Lew-is!

—¡CÁLLATE!

Me incorporé gritando en vano a la oscuridad. Eran las cuatro de la mañana.

El asunto con los sueños es que no salen de ningún lado más que de ti. No es que exista un demonio por ahí, esperando que te duermas para meterse en tu mente y mostrarte todas estas cosas extrañas. Eres tú el que lo hace. Es tu mente. Quienes quiera que sean los demonios, tú los invitas. Son *tus* demonios. De nadie más.

No tengo idea de qué quiere decir eso.

No pude volver a conciliar el sueño, así que decidí tomar un baño. Me sentía sucio. Me picaba la piel y estaba pegajoso por el sudor. Y también me dolían las piernas. Siempre me duelen las piernas en la mañana. Dolores de crecimiento.

Cerré la puerta del baño y abrí los grifos de la tina. El agua salió a escupitajos al principio, dejó de salir y luego, como tosiendo, salió otra vez. Me senté en el escusado y esperé que se llenara la bañera. Mi imagen me miraba desde el espejo en la pared.

—¿Qué? —dije.

La cabeza reflejada en el espejo empañado no se movió.

Lo que vi fue a un chico que no cabía en su propio cuerpo. Flaco. Desgarbado. Torpe. Con un remolino de pelo color lodo sin corte identificable, ojos azules y cansados, una nariz demasiado pequeña y la boca torcida llena de dientes torcidos. No era ninguna belleza. Pero, bueno, tampoco era el Jorobado de Nuestra Señora de París. ¿Extraño? Puede ser. Pero, ¿eso qué tiene de malo?

La bañera estaba casi llena. Abrí una botella de champú vacíe una buena cantidad en el agua y vi cómo emergían burbujas multicolores formando una perfumada montaña. Cerré los grifos, me metí y me quedé ahí, remojándome y sudando en el silencioso calor del agua.

Permanecí recostado hasta que desaparecieron las burbujas y el agua se enfrió. Entonces me quedé un rato más.

Pensando.

¿Qué podía hacer? ¿Qué haces cuando no sabes qué hacer?

¿Gritar? ¿Correr? ¿Sentir lástima de ti mismo?

¿Qué caso tiene? Siempre hay una respuesta en algún lado. Sólo tienes que encontrarla.

Me lavé los dientes. Me puse ropa limpia y me sequé el pelo con una toalla. Limpié el lavamanos, sacudí las repisas, abrí la ventana para que entrara un poco de aire fresco. Afuera seguía oscuro. Un ave solitaria trino desde algún lugar escondido: *tuit-tuit-tuit*.

—¿Qué demonios... —dije, y bajé las escaleras.

Miré por la ventana mientras recogía migas de pan tostado con

el dedo y tomaba un té. El sol salía desplazando la oscuridad de la noche. No había mucho que ver, sólo el nacimiento de otro día gris, pero lo vi de todas formas. Cuando terminó de salir el sol, miré el reloj y todavía era temprano.

Preparé más té.

Sentí como si esperara algo, pero no sabía lo que era.

Supongo que lo que ocurrió después puedo achacárselo al destino. Sea lo que sea. Recuerdo que un día un profesor de la escuela se puso a hablar del destino: destino, determinismo, libre albedrío, ese tipo de cosas. El señor Smith era el maestro de inglés. "Lámenme Brian", decía, pero nadie lo llamaba así. Hablaba de cosas raras, pero también interesantes. Dediqué un par de días a investigar un poco más, saqué libros de la biblioteca, leyendo esto y aquello, pero no averigüé gran cosa porque es el tipo de cosas que no te llevan a ningún lado, ya que en realidad nadie sabe las respuestas. No hay respuestas. Lo único que pasa es que entre más buscas, más confundido terminas. Así que lo dejé por la paz.

Hubo una cosa que se me quedó grabada, algo que dijo Albert Einstein. Me agrada Einstein. Es el tipo despeinado que inventó la relatividad:

Todo está determinado —dijo—, tanto el final como el principio, por fuerzas sobre las cuales no tenemos ningún control. Están determinados tanto el insecto como la estrella. Los seres humanos, los vegetales, el polvo cósmico, todos bailamos una extraña tonada que se oye a la distancia, al ritmo de un flautista invisible.

Eso me parecía muy bueno.

En este caso, el flautista invisible era el cartero.

Eran cerca de las ocho de la mañana cuando el cartero metió la correspondencia en el buzón. Facturas, anuncios, catálogos, cosas así. A mi papá le gustaba comprar por catálogo. Equipo de jardinería, herramientas, plumas, radios, relojes de Elvis Presley, camisas, sombreros, cualquier cosa. Cuando venían a en-

tregarle la mercancía, él se escondía arriba para que el cartero dejara los paquetes en la puerta trasera y no tener que firmar de recibido. Luego, vendía en el bar lo que le había llegado. Hasta una computadora vendió. Dos, ahora que lo pienso. Le mandaron una para reponer la que él dijo que nunca llegó y también la vendió.

Entre toda la basura había un sobre dirigido al Sr. William Pig que me llamó la atención. Se veía muy oficial. Escrito a mano con pluma fuente y con esa caligrafía anticuada que se inclina a la derecha. Tiré el resto de la correspondencia al basurero y volví a la cocina, me senté a la mesa y abrí la carta.

Estimado Sr. Pig—comenzaba—. De acuerdo con nuestro encuentro del día 1° de diciembre, le escribo para confirmar que, como lo solicitó, se ha depositado en su cuenta un cheque por £30 000, siendo éste el pago total de la cantidad cedida a usted por vía testamentaria por la señorita Eileen Pig...

Dejé la carta a un lado, parpadé un par de veces y volví a leer: "£30 000, siendo este el pago total de la cantidad cedida a usted por vía testamentaria por la señorita Eileen Pig..."

Un tres seguido por cuatro ceros. Treinta mil. Treinta mil libras. Continué leyendo:

... bla, bla, bla, no dude en contactarnos... bla, bla, bla... algún problema... bla, bla, bla... atentamente, firma M. garabato, Sr. Malcolm G. Elliot, abogado.

£30 000.

Un tres y cuatro ceros.

No podía creerlo.

¿Quién era Eileen Pig?

¿Treinta mil libras? Mi papá nunca dijo nada. Debí haberlo sabido por siglos. No pensaba decírmelo.

No pensaba decírmelo.

Me quedé mirando la carta. Tenía fecha del miércoles 18 de

dicembre. Ayer. Treinta mil libras. Pagadas a su cuenta. Y no pensaba decírmelo. No podía creerlo. Alguien, algún pariente, le hereda treinta mil libras. Y no pensaba decírmelo. Era tan desagradable que resultaba gracioso.

Fui a la sala.

—¿Papá?

No respondió.

Le extendí la carta.

—¿Qué pensabas hacer con esto? ¿Dejarme? ¿Largarte a algún sitio, beber hasta morir en alguna isla de las Bahamas y dejarme con la tía Jean?

Seguía sin contestar.

—¿Por qué no me dijiste?—grité.

El sonido de mi voz, temblando, al borde de las lágrimas, me pareció monótono en el aire sin vida. Me senté en el sillón y suspiré. El silencio era absoluto. Papá nunca iba a decirme nada. No era más que un bulto debajo de una sábana.

Doblé la carta, la metí en mi bolsillo y subí las escaleras.

La habitación de mi papá era una desgracia. Tiras de papel tapiz despegado y mostrando capas de pintura amarillenta. Revistas tiradas en el suelo, en su mayoría para mujeres, copias de *Exchange & Mart*. Algunos libros deshojados, cuentos de vaqueros, estampadas novelas románticas. Lo amontone todo con el pie. La cama, un mueble alto con una sólida cabecera de madera, estaba destendida y olía a suciedad. Había pedazos de galleta y pan bajo el edredón y las tres almohadas percudidas estaban arrumbadas junto a la cabecera, manchadas por la grasa del pelo de mi papá.

Me senté en la orilla y miré hacia el piso. Hacía mucho tiempo que no entraba en esa habitación, por lo menos desde que se fue mi mamá. Solía entrar temprano en la mañana de Navidad para que me dieran mis regalos. Mi papá seguía dormido con la cabeza debajo de las cobijas, roncando las bebidas de la cena de la noche anterior, pero mi mamá estaba despierta, tálándose los ojos para desprezarse, sonriendo. Me sentaba al pie de la cama, muriendo de emoción mientras ella sacaba los

regalos de debajo de la cama, envueltos en papel plateado y dorado con grandes moños. Cajas, cajitas, cajotas de todas formas y tamaños. Todas para mí. Lego, mecánicos, un futbolito, una pista de coches...

¿Eso ocurrió en realidad?

Era difícil imaginarlo.

En el buró junto a la cama había una lámpara de noche, una cajerilla de cigarros, un cenicero y un vaso lleno de agua turbia. El cenicero apestaba. Había un escritorio del otro lado de la habitación y un ropero junto a la ventana. Un camino de ropa sucia y arrugada iba desde la cama hasta el ropero: pantalones, calcetines, un chaleco, camisas. Una caja de poliestireno estaba escondida bajo el chaleco sucio. Contenía dos panes duros de hamburguesa, sin la carne.

Me puse de pie y caminé hacia el escritorio. Encima había un plato, un cuchillo y un tenedor con sobras de comida. La mancha anaranjada del plato indicaba que había comido frijoles con tomate y que había recogido la salsa con un pedazo de pan. Tomé el cuchillo y lo metí en la orilla de la puerta del escritorio con intención de abrirla. La puerta se abrió de golpe. Dentro había un desorden: papeles sueltos regados por todos lados, unas cuantas cartas, plumas, chorreadas, una chequera doblada, una tarjeta de débito, un cenicero sucio, más migas de galleta, un vaso de whisky, una caja de latón oxidada.

Me senté y revisé los papeles. No me tomó mucho tiempo porque no había gran cosa: facturas sin pagar, cosas del seguro, actas de nacimiento y matrimonio, una cartilla médica. Lo acomodé todo y me concentré en las cartas. Había una de una mujer llamada Maeve. Engrapado al frente había un recorte de la sección de corazones solitarios de alguna revista.

AGRADABLE MUJER DE 50 AÑOS, delgada y atractiva, busca hombre joven de entre 35-40 para ir a bailar y tomar algo. Se agradecerá una fotografía.

La carta de Maeve le agradecía a papá su oferta, pero no, gracias.

La correspondencia restante era del señor Malcolm G. Elliot y contaba la historia de Eileen Pig, fallecida. Al parecer era la tía de papá. Había emigrado a Australia cuarenta años atrás y nadie había sabido nada de ella desde entonces. Murió en algún tipo de asilo. Un poco loca, aparentemente, lo cual quizá era el motivo de que le hubiera dejado el dinero a mi papá. Y eso era todo, fin de la historia. No sé ni por qué me tomé la molestia. Até las cartas con una liga, las guardé y me dediqué a husmear en el resto de las cosas. La chequera estaba por la mitad. Revisé el talonario para ver qué cheques había emitido mi papá pero su letra era ininteligible. El único que pude descifrar decía: "Beer Tent - \$7.50". La tarjeta de débito todavía era válida. El número de identificación personal estaba escrito con plumón negro en la parte trasera. Bien pensado, papá.

La caja de latón estaba llena de viejas fotografías. La mayoría eran de cuando mi papá era joven. En un bar con sus amigos, con los ojos rojos y brindando con la camarera en la playa con alguna novia aburrida; bromearo y metiéndose un cigarrillo por la nariz. No había ninguna foto mía. Y sólo una de mi mamá, una foto del día de su boda, doblada y descolorida al fondo de la caja. Mamá y papá cortando el pastel. La saqué para verla más de cerca. Mi mamá lucía nerviosa. Era muy joven. Como de dieciocho, supongo. El vestido de novia no parecía quedarle bien y el velo estaba torcido, pero aún así se veía bien. Brillante pelo negro, piel pálida, ojos oscuros, la sonrisa medio torcida... era hermosa. Mi papá vestía un traje muy apretado, con un asomo de barba y el pelo relamido con suficiente fijador como para peinar a un ejército. Parecía un *gangster* del East End. No había nadie alrededor suyo, como si nadie quisiera acercarse. Una zona de exclusión. Hasta mamá se inclinaba hacia atrás como alejándose mientras él miraba a la cámara con cara de borracho. Y atravesaba el pastel con un cuchillo enorme.

Tener la fotografía en las manos me daba una sensación extraña; la textura del papel, observar las profundidades de la imagen. Ése es él, pensé. Ése era mi papá entonces, hace todos esos años. ¿Es la misma persona? ¿Era la misma persona, la

misma cosa? Y, ¿dónde estaba yo antes de existir? ¿Dónde estaba? ¿Qué era? ¿Era nada, una nada absoluta? ¿Una cosa inexistente? ¿Cómo es posible eso?

Guardé la fotografía en la caja y cerré la puerta del escritorio. Alex llegó un poco más tarde, cerca de las diez. Para entonces yo ya había lavado, limpiado el piso de la cocina, tirado las latas de cerveza que había bebido mi papá la noche anterior, vaciado los ceniceros y separado la ropa limpia. Estaba sentado en la cocina cuando sonó el timbre. Tenía el radio prendido en Radio 4. En realidad no estaba oyendo nada pero me gustaba el sonido de esas voces placenteras en lugar del escándalo que tenía que soportar cuando estaba mi papá.

Al pasar por la sala rumbo a la cocina, Alex miró de reojo y desvió la mirada. Apagué el radio. Ella puso su bolso sobre la mesa y se sentó con un suspiro.

—Esto es ridículo, Martyn. Todo esto. Es ridículo. No puedes seguir así. Tienes que llamar a la policía. No puedes simplemente hacer como que no ha pasado nada.

—No es tan sencillo.

—Vamos, por favor —dijo—. Nadie te va a culpar por la muerte de tu papá. Fue un accidente. No fue intencional. La policía lo entenderá. Lo único que tienes que hacer es decirles qué pasó.

Volvíamos a lo mismo de siempre.

—Y, ¿cómo voy a explicar por qué me tomé tanto tiempo reportarlo? Ya han pasado más de doce horas.

Alex arrugó la frente.

—No lo sé... Te dio miedo, no sabías qué hacer, estabas asustado.

—¿Traumatizado?

—Exacto. Estabas traumatizado. La gente hace cosas muy extrañas cuando está conmocionada. Fue una experiencia terrible. Estabas conmocionado y no podías pensar correctamente.

—¿Durante doce horas?

—¿Por qué no?

La miré fijamente.

—¿Y tú?

—¿Yo qué?

—¿Qué les vas a decir?

—¿A qué te refieres?

—Si llamo a la policía querrán hablar contigo. Querrán saber por qué no llamaste tú. No se van a creer que *ambos* estábamos traumatizados.

Abrió los ojos desmesuradamente.

—¡Eso no es justo!

Levanté los hombros.

—Pero es cierto, ¿no? Ponte en su lugar. Harán una autopsia. Sabrán que papá murió entre las ocho treinta y las nueve de la noche de ayer. Y sabrán que estuviste aquí...

—Y, ¿cómo van a saber *eso*?

—Te lo van a preguntar.

—Podría mentir —dijo Alex tras humedecerse los labios.

Me miró con sus enormes ojos marrón. Era imposible saber lo que estaba pensando. Me acerqué a la ventana de la cocina. El cielo era de un color gris plateado. Del color del pelo del inspector Morse. Sonreí al recordar mi sueño. "¿Dónde estabas a las ocho treinta esta noche? Viendo la televisión. ¿Viendo qué? Viéndolo a usted."

—¿Qué vas a hacer, Martyn?

La miré. Por un instante no la reconocí, era una extraña. Pero casi de inmediato desapareció esa ilusión. Debe haber sido la luz o algo así. Alex se entrocaba nerviosamente un mechón de pelo en el dedo.

—¿Qué vas a hacer? —repetió—. No puedes sólo... ¿qué vas a hacer con tu papá? No puedes dejarlo ahí donde está... ¿Martyn?

Me senté a la mesa.

—Lo he estado pensando —dije—. Quizá lo pueda poner en algún lugar.

—¿Qué quieres decir?

—Ponerlo en un lugar —levanté los hombros—. En algún lugar donde no puedan encontrarlo.  
Me miró con cara de incredulidad.

—¿Ponerlo en algún lugar? ¿Qué quieres decir? ¿Ponerlo *dónde*...?

—No lo sé. En cualquier lado. En un río, en un lago, en el bosque. En una zanja.

Se incorporó en su silla. Por un momento no dijo nada, sólo miraba la mesa fijamente. Esperé. Al final dijo:

—Estás bromando, ¿verdad? O sea, aunque lo pusieras en algún lugar, alguien lo va a encontrar tarde o temprano.

—Probablemente.

—Entonces, ¿qué caso tiene?

Sonrei.

—Es un borracho, Alex. Era un borracho. No sería nada raro que se fuera a beber durante días y que no volviera.

—¿Y qué?

—Pues que todo lo que tengo que hacer es deshacerme del cuerpo en algún lugar. Y luego, en un día o dos, llamar a la policía y decirles que mi papá no aparece desde el miércoles. Dije que salió por la tarde y que nunca regresó. Y si lo encuentran, no sospecharán de mí, ¿o sí? Soy sólo un niño.

Alex sonrió titubeante.

—¿Así que todo lo que tenemos que hacer es deshacernos del cuerpo? Así de fácil, ¿no? Tan sencillo como eso. Sólo deshacerse del cuerpo.

—¿Por qué no?

—¿Te das cuenta de lo que estás diciendo?

—¿Tienes alguna idea mejor?

Se reclinó sobre la mesa y me miró a los ojos.

—Llama a la policía ahora, Martyn. Diles lo que pasó. Sólo diles la verdad.

Podía sentir el aliento de sus palabras en mi piel, una ventisca dulce. La miré.

—Si les digo la verdad —dije—, tendré que decirles todo. No podré dejarle fuera del problema. ¿Es eso lo que quieres?

—No, pero... No lo sé.

Negué con la cabeza.

—No puedo llamar a la policía. Ya no. Es demasiado tarde. Para ambos. Y, de cualquier manera...

—¿Qué?

Saque de mi bolsillo la carta del abogado y la puse en la mesa. Alex la miró, me miró y comenzó a leer. Me puse de pie y caminé hasta la ventana. Había pequeñas nubes amarillas en el cielo. Parecía un pañuelo sucio. Pasé un paño por el fregadero y me quedé mirando hacia afuera. Esta casa, este lugar en el que vivía, esta calle, este pueblo, lo odiaba todo. Gris, sucio. Oscuro y frío, todo demasiado cerca. Todos viviendo resignados a su miseria, a sus horribles alrededores. Lo odiaba.

—Treinta mil libras —dijo Alex en un susurro.  
La miré y sonreí.

Mira, ya estaba muerto, eso no lo podía cambiar. No quise que sucediera pero sucedió. Así fue. Lo único que estaba tratando de hacer era sacarle el mejor provecho. No le estaba haciendo daño a nadie. No estaba lastimando a nadie. No se le puede hacer daño a un muerto, ¿o sí? Simplemente me estaba cuidando, eso es todo. ¿Qué tiene eso de malo?

Hay una zanja profunda, llena de agua y grava allá por el camino que lleva a la vieja cantera al otro lado del pueblo. El lugar está abandonado. Nadie va nunca por ahí. A unos dos kilómetros hay un bar. Por eso sabía que la zanja estaba ahí. Mi papá dejó su billetera una noche y al día siguiente me mandó a buscarla. Tuve que tomar un autobús. De regreso, el siguiente autobús tardaría todavía una hora más, así que decidí volver caminando. Unos dos kilómetros adelante me topé con el camino. Pensando que podría ser un atajo salté la reja y seguí por el sendero, pero después de unos minutos me di cuenta que no llevaba a ningún lugar, terminaba en una zanja medio llena de agua estancada.

—Verás —le expliqué a Alex—, incluso si lo encuentran, asumirían que fue al bar, se emborrachó, se perdió caminando de vuelta a casa y se cayó en la zanja... y al caer se golpeó la cabeza con algo.

Estábamos en mi habitación, compartiendo un par de sándwiches de queso. Por la ventana se filtraba una luz de torme-

ta iluminando nubes de partículas de polvo que bailaban en el aire mientras yo caminaba de un lado a otro.

—Necesitaremos un auto —dije—, o una camioneta o algo así.

Alex estaba en silencio, pensativa.

—¿Qué tal el auto de tu mamá? —sugerí.

Alex no era lo suficientemente mayor como para conducir, pero de vez en cuando "tomaba prestado" el auto de su mamá. Era una de esas camionetas medianas que parecía que se mantenía en pie gracias al óxido y la mugre.

—No lo sé —dijo—. Puede ser —estaba sentada en la cama poniéndose algún tipo de crema en los labios. Guardó el tubo en su bolso y tomó un sándwich—. El auto está en el taller hasta mañana —explicó dándole un mordisco.

—Entonces, mañana por la noche.

—Puede que no esté listo. Si necesita mucho trabajo... no sé si mi mamá lo pueda pagar.

—Se te olvida algo —dije.

—¿Qué?

—Que tengo treinta mil libras. Soy rico. Te puedo comprar un auto nuevo.

Alex suspiró.

—Pero el dinero está en el banco, en la cuenta de tu papá. Levanté los hombros y dije:

—Yo tengo su chequera y su tarjeta de débito... seguro que algo se nos ocurrirá.

Alex negó con la cabeza.

—Espero que sepas lo que estás haciendo.

—No te preocupes —alcancé otro sándwich—. Entonces, ¿qué hacemos con el auto?

—No lo sé. Tengo que averiguar qué planes tiene mi mamá. Puede ser el viernes o el sábado. Tendré que avisarte después. Comimos en silencio. Me gustaba verla comer. Daba pequeños mordiscos y masticaba cada bocado cerca de cien veces antes de tragarlo.

—¿Qué? —dijo cuando notó que la miraba.

—Nada.

Fui al baño. Cuando regresé Alex seguía con el mismo sándwich. Me paré en la ventana. En la distancia podían verse grandes nubarrones negros como morras escalando la arena de la playa. En la calle de enfrente, la señora de la casa siete regresaba de las compras subiéndolo por la acera y cargando con difcultad una pesada bolsa en cada mano. Tendría unos sesenta años. Siempre usaba lápiz labial color rosa brillante que se le embarraba en los dientes y tenía los ojos decorados con gordas plastas de sombra morada. Papá la trajo un día a la casa, después de que se encontraron en el bar. Estaba borracha y se reía como una hiena de todo lo que él decía. En algún momento comenzó a bailar el can-can, levantándose la falda y mostrando sus enormes calzones grises...

—Maldición —dije.

—¿Qué?

—La tía Jean.

—¿Qué?

—La tía Jean vendrá mañana. Lo acabo de recordar.

—¿A qué hora?

—A las cuatro.

—¿No le puedes decir que no venga? Dile que estás enfermo o algo por el estilo.

—No tiene teléfono; bueno, sí tiene pero nunca lo contesta.

Sólo lo usa para hacer llamadas. Siempre lo tiene sin sonido.

—¿Por qué?

—No lo sé... es una de sus locuras. Creo que le da miedo hablar con extraños.

—Pero tú no eres un extraño.

—Pero no sabrá que soy yo quien llama, ¿o sí? Podría ser cualquiera.

—Podrías llamarla primero para avisarle.

No sabía si Alex estaba bromeando o no. Su cara lucía seria, pero perfectamente podría estar haciéndose la tonta para que la corrigiera. A veces hacía ese tipo de cosas. Entonces, cuando la corregía sonreía para que me diera cuenta de que estaba bromeando y yo me sentía como un idiota por creer que ella podía ser tan estúpida.

En ese momento no estaba de humor.

—No contesta el teléfono —dije sencillamente—. Eso es todo.

—Bueno, pues tienes que hacer algo. Ella no puede venir mientras esté tu papá muerto en medio de la sala.

—No.

Las cosas no suceden así como así, ¿verdad? Tienen consecuencias. Y las consecuencias tienen consecuencias. Y las consecuencias de las consecuencias tienen consecuencias. Y las consecuencias de las cosas que suceden hacen que sucedan otras cosas y las consecuencias de las consecuencias se convierten en motivos. Nada se mueve en línea recta, nada es tan sencillo.

Sólo pensar en la tía Jean hacía que se me revolviere el estómago. Dios mío, pensé, imagínate. Imagínate que tuviera que vivir con ella. No me dejaría en paz un minuto. Seguramente no aguantaría tus manías. ¿Qué manías? Ya sabes a lo que me refiero. Y te puedes ir olvidando de Alex. ¿Una chica, Martyn? ¿Una chica? ¿De qué edad? No en mi casa.

—No pienso ir a ese lugar —dije.

—¿Qué? ¿A dónde?

—A casa de la tía Jean. No pienso ir ahí.

Alex parecía confundida.

—Pensé que ella vendría aquí.

Por la ventana vi el autobús en la calle. Por un instante me imaginé a Alex sentada en la parte trasera. Me pareció ver que volteaba a verme y me saludaba con la mano, sonriendo. Entonces el autobús dio la vuelta en la esquina y desapareció, yo pestañeé y me di cuenta dónde estaba. En esta casa. Esta mal-dita casa. No tenía que quedarme aquí, ¿o sí? Podría irme a otro lugar. Sacar todo el dinero de la cuenta y largarme. Alex y yo podríamos irnos a algún sitio. Juntos. A donde fuera. Podríamos...

—Tengo que irme —dijo Alex—. Quedé de ver a Dean a las dos.

Dean, Dean, Dean. Siempre el maldito Dean.

—Ok —dije.

—Trataré de pensar en algo.

—Sí.

—Vuelvo en un rato. Podremos hablar. Por la noche. ¿Está bien?

—Está bien.

Cuando se marchó, por un rato no hice nada. Mi papá comenzaba a oler mal. Como a moho. El tipo de olor que no te gusta pero que no puedes evitar oler. Claro, siempre olió mal, aun cuando estaba vivo, así que no estaba seguro de si el olor a moho era simplemente olor a borracho-sucio-que-no-se-ha-bañado-y-que-lleva-toda-la-noche-tirado-frente-a-la-chimenea, o si era el principio de algo peor. Simplemente no lo sabía. En cualquier caso no había mucho que pudiera hacer. Le di una pasada a la habitación con un aromatizante pero el olor sólo empeoró. La casa entera olía a flores marchitas. No quería abrir la ventana en caso de que el olor saliera. Alguien podría darse cuenta, alguien que reconociera el olor de un cuerpo muerto. Nunca se sabe, ¿verdad? Podría pasar un enterrador cerca de la casa.

Subí las escaleras y puse la carta de esa mañana en el escritorio, junto a las otras. Ahí tomé la tarjeta de papá y la miré largamente. Tenía un holograma en la esquina, un cuadrado plateado con una imagen de Shakespeare. Al menos creo que era Shakespeare. Un tipo calvo con barba y con una enorme gorguera blanca. La cabeza se movía cuando inclinaba la tarjeta. Era muy extraño. Su expresión cambiaba a la menor inclinación. De un viejito jovial con una gran sonrisa a un hombre sombrío de mirada asesina. Viejito jovial-mirada asesina. Viejito jovial-mirada asesina. Viejito jovial-mirada asesina. Me aburrí después de un rato y giré la tarjeta. El número secreto de papá era 4514.

Morise hubiera pensado que ahí había un dato interesante. Entonces comenzó a llover de nuevo. No me molesta la lluvia. De hecho, me gusta. Me gusta la forma en la que cae desde el cielo mojando y asustando a todo el mundo. Me parece muy

gracioso. Pero esto era otra cosa. Esto era MUCHA Lluvia. Llovía a cántaros. El agua golpeaba las ventanas. Latiguaba contra el cristal. Más y más fuerte. No paraba. El ruido era tan fuerte, que no podía sacármelo de la cabeza. Tan insistente. La lluvia golpeaba sin parar. Más y más y más fuerte, como mil dedos furiosos aporreando la ventana.

No podía soportarlo.

Guardé la tarjeta del banco en el escritorio, fui a mi habitación y cerré todas las cortinas. Me metí en la cama, me tapé la cabeza con el edredón y aguardé a que cesara la lluvia.

No esperaba a Alex hasta más tarde. Por eso me dio gusto que sonara el timbre poco después de las seis. Incluso a través del vidrio soplado de la puerta de entrada se veía hermosa. Distorsionadamente hermosa, como un ángel en una casa de espejos.

Sonreía complacido mientras abrí la puerta y entonces, Dean salió de atrás de la pared, riendo, y mi sonrisa desapareció.

—Hola, Pígnan.

Me quedé mirando su enfermiza y blanca piel, sus ojos abultados, la estúpida cola de caballo que colgaba de su gran cabeza de idiota. Miré su chamarra de motociclista, de piel negra y brillante, demasiado limpia y demasiado nueva, y sus pantalones de piel negros, más anchos a la altura de las rodillas. Vi el enorme casco negro colgando de su mano, mecándose con suavidad, las luces de la calle reflejándose ligeramente sobre la superficie negra.

Miré a Alex. Vestida como Dean, de piel negra con un casco en la mano. “¿Cómo pudiste? —pensé—. ¿Cómo pudiste?”

Ella miraba sus zapatos.

—Lo siento, Martyn.

¿Qué? ¿Qué? ¿Cómo que lo sientes? ¿Lo sientes? ¿Lo sientes?

Dean se acercó a la puerta y yo traté de cerrarla.

—No haría eso si fuera tú —dijo.

El sonido de su voz me provocó náuseas.

—Lo sabe —dijo Alex.

—¿Qué?

—Lo sabe, Martyn. Sabe lo de tu papa.

Algo incontrollable hirvió dentro de mí. Como un huracán. Un torbellino de emociones no deseadas. Me había traicionado. Ella, Alex. Alex. Me traicionó. A mí. ¿Puedes creerlo? ¿Puedes sentirlo?

Dean soltó un ligero silbido, movió la cabeza y sonrió alto-nero.

—Es increíble lo que hacen los niños de hoy en día.—dijo—  
No respetan a sus mayores.

Alex me miraba, sus ojos suplicando que la comprendiera. Y, curiosamente, lo hice. En un instante. Lo entendí. Tenía miedo. Pero no de mí. De él. Tenía miedo de Dean. Seguíamos siendo cómplices. Alex y yo.

Algo en mí se encendió y el huracán cedió.  
Me quité del paso y abrí la puerta.

—Será mejor que entren.

—Esto es ridículo, Martyn. Todo esto. Es ridículo.

La pequeña grabadora chirriaba sobre la mesa de la cocina. Escuché, atontado, la voz de Alex.

—No puedes seguir así. Tienes que llamar a la policía. No puedes hacer como que no ha pasado nada.

Entonces, el sonido de mi propia voz, extrañamente familiar.

—No es tan sencillo.

—Vamos, por favor. Nadie te va a culpar por la muerte de tu papa. Fue un accidente. No fue intencional. La policía lo entenderá. Lo único que tienes que hacer es decirles qué pasó.

Dean sonrió y apretó el botón de adelantar. Yo me quedé mirando embobado las pequeñas ruedas de la grabadora mientras giraban. Oí frotar un cerillo y miré hacia arriba mientras Dean encendía un cigarro.

—¿Quieres uno?

No respondí. El olor del humo me recordó a mi papa. La cinta seguía sonando.

—Quizá lo pueda poner en algún lugar.

—¿Qué quieres decir?

—Ponerlo en un lugar. En algún lugar donde no puedan encontrarlo.

—¿Ponerlo en algún lugar? ¿Qué quieres decir? ¿Ponerlo dónde...?

—No lo sé. En cualquier lado. En un río, en un lago, en el bosque. En una zanja.

Un largo silencio.

Y luego:

—Estás bromearo, ¿verdad? O sea, aunque lo pusieras en algún lugar, alguien lo va a encontrar tarde o temprano.

—Probablemente.

—Entonces, ¿qué caso tiene?

—Es un borracho, Alex. Era un borracho. No sería nada raro que se fuera a beber durante días y que no volviera.

—¿Y qué?

—Pues que todo lo que tengo que hacer es deshacerme del cuerpo en algún lugar y luego, en un día o dos, llamar a la policía y decirles que mi papa no aparece desde el miércoles. Diré que salió por la tarde y que nunca regresó. Y si lo encuentran no sospecharán de mí, ¿o sí? Soy sólo un niño.

Estré el brazo sobre la mesa y presioné el botón de parar.

—Hay mucho más.—dijo Dean. Un listón de humo manaba lánguidamente de su ancha nariz.

Miré a Alex que estaba de pie junto a la ventana con la cabeza baja.

—¿Alex?

Me miró con los ojos anegados.

—Puso un micrófono en mi bolso.

—¿Qué?

—Un micrófono escondido. De la tienda de electrónica. Lo puso en mi bolso ayer. Grabó la conversación... Toda.

Estaba a punto de llorar.

—¿Toda?

Asintió.

Dean sacó de su bolsillo un aparato pequeño, casi del tama-

ño de un insecto: de plástico negro, tan pequeño como una moneda de 50 centavos, con una rejilla de metal en un lado, y lo puso sobre la mesa.

—Tiene un alcance de tres kilómetros —dijo—. Conecté el transmisor a una grabadora —tomó el pequeño aparato y le dio la vuelta con una sonrisa complacida—. Estuvo bien, ¿no?

—¿Por qué? —le pregunté.

Me miró desde el otro lado de la mesa. Había algo inquietante en su mirada. Algo como de loco.

—¿Por qué? —repite—. Me daba curiosidad. Por eso. Tú y Alex y sus cariñosas *chirlas* de media noche. Me preguntaba en qué andarían, eso es todo. Ya sabes —dirigió su mirada a Alex—. Tú no me querías contar de tu amiguito Pigman, ¿verdad? Al?

—No es asunto tuyo, Dean. No eres mi dueño.

—Ahora sí que lo soy —dijo dando un par de golpecitos a la cinta.

—¿Qué quieres? —le pregunté.

Guardó la cinta en su bolsillo, se puso de pie y fumó.

—Todo a su debido tiempo, Cerdito.

Era alto, casi seis pies, pero jorobado, como si su cabeza pesara mucho. Lo vi arreglar su cola de caballo.

—¿Dónde está el cuerpo? —preguntó.

—En la sala.

—Muéstramelo —la boca se le torció un poco cuando dijo esto, casi como un tic, y su párpado izquierdo dio un brinco. Lo llevé a la sala y me quité del camino para que pudiera ver.

Movió la cabeza hacia el bulto bajo la sábana.

—¿Ése es?

—¿Lo quieres ver?

Se frotó la barbilla nerviosamente y dijo:

—Hazlo tú. Levanta la sábana.

—¿Te da miedo?

—Escúchame bien, Pig —dijo entre dientes, enterrándose una larga uña en el pecho—. Si haces lo que te diga, puede que salgas entero de ésta. Pero si juegas conmigo... —palpó la cin-

ta en su bolsillo—. Si juegas conmigo, terminarás embarrado de mierda. ¿Entiendes? Y ella también. Embarrados —sorbió la nariz—. ¿De acuerdo?

No respondí.

—Levanta la sábana —dijo.

Me acerqué a la chimenea, me incliné y levanté la sábana por una esquina. Una pálida y muerta cabeza miraba al techo. El pelo negro estaba opaco y seco, el brillo de la grasa se había evaporado, ya no estaba. Ya no era mi papá, no era siquiera una persona. Era sólo una cosa muerta, una cosa. Miré a Dean. Su cara pastosa lo estaba más que de costumbre, incolora, cetrina. Hasta mi papá se veía más saludable que él. Miralo, pensé, no es nada. Un zombie con cola de caballo. Los ojos azul pálido, vidriosos, con las pupilas diminutas, pequeños agujeros negros flotando en una nada acuosa... no puede hacerme daño. Lo miré mientras escuchaba esa voz en mi cabeza. No puedes hacerme daño. No tienes fuerza ni pureza. Lo único que tienes es crueldad y una racha de tonta astucia. Con eso no basta, no es ni remotamente suficiente. ¿Sabes cuál es tu problema, Dean? Que no lo entiendes. No te das cuenta. ¿Crees que algo de esto importa realmente? ¿Crees que me importa lo que pase? A mí o a quien sea, a lo que sea. Yo lo sé. Sé que nada importa. Eso es lo que me hace fuerte. Soy fuerte en mi propia y pura debilidad.

No, pensé, no puedes hacerme daño. Pero juguemos de cualquier manera.

—Cúbrela —dijo.

Miré a mi papá y luego a Dean.

—Creo que le agradas.

—¡Que lo cubras!

Dejé caer la sábana. Dean se dio la vuelta hacia la cocina, dejándome solo en la habitación. Respiré profundo y dejé salir el aire lentamente, tratando de digerir lo que había descubierto en mí mismo. Estaba bien. Era una buena sensación. Como si hubiera encontrado, por fin, mi verdadero yo. Mi esencia. Me acerqué a la ventana, retiré la cortina y vi el cielo nocturno. No había estrellas fugaces. El flautista invisible

estaba tranquilo esta noche. No había nada ahí, sólo el enjambre de cables telefónicos colgando sobre los techos y una fría rebanada de Luna amarilla. Asentí: no pasa gran cosa, como debe ser.

Alex había estado llorando, tenía los ojos rojos e hinchados. Estaba sentada en la cocina, destrozando un pedazo de pañuelo desechable. Dean estaba en el fregadero y se echaba agua fría en la cara.

—Todo está bien —le dije a Alex—. No te preocupes.

Dean se volvió hacia nosotros secándose la cara con un trapo de cocina.

—Cállate, Pig. Siéntate.

Me senté. Dean encendió un cigarro y sopló el humo por un lado de la boca. Trataba de hacerse el rudo. En realidad parecía un imbecil.

—Quiero el dinero —dijo.

Lo miré a los ojos, esperando que continuara. Me miró fijamente. Miré a Alex. Alex sorbió la nariz. Miré a Dean.

—Quiero el dinero —repite—. Las treinta mil libras.

—No lo tengo —dije.

Frunció los labios.

—Mira, Pig, es muy sencillo. Me das el dinero y te doy la cinta. Si no me das el dinero, le doy la cinta a la policía. ¿Entiendes?

—Entiendo. Pero no tengo el dinero.

—No me vengas con eso —dijo burión, sacando la cinta de su bolsillo. La adelantó de nuevo, accionó la grabadora. Mi voz cecita empezó a sonar a media oración.

—*treinta mil libras. Soy rico. Te compraré un auto nuevo.*

—*Pero el dinero está en el banco, en la cuenta de tu papá.*

—*Tengo su chequera y su tarjeta de débito... seguro que algo se nos ocurrirá.*

—*Espero que sepas lo que estás haciendo.*

Clic.

Una sonrisa socarrona arrugó su cara.

—Está bien —admití—. Pero no lo puedo sacar todo, ¿verdad? No lo puedo sacar así...

—Ése es tu problema —dijo.

—¿Cómo se supone que...?

—No me estas escuchando, Pig. Quiero el dinero. No me importa cómo lo consigas —me mostró la cinta—. ¿Ves esto?

Asentí.

—¿Alex?

Alex se limpió la nariz y lo miró.

—Esto —continuó— los mandará a los dos a la cárcel. Esto les arruinará la vida. Es suyo por sólo treinta mil libras.

—¿Cuándo?

—¿Cuándo qué?

—¿Cuándo quieres el dinero?

La pregunta lo tomó por sorpresa. La verdad a mí también me sorprendió. Una parte de mí sentía como si no supiera lo que estaba haciendo, pero otra parte, una parte más profunda, que estaba pensando las cosas detenidamente. Era un pasajero de mi propia mente. Pasajero y conductor. *Está bien, me dijo el conductor, déjame lo a mí. Sé lo que estoy haciendo. Miralo.* Miré a Dean. *¿Ves? No tiene la más remota idea.*

Era cierto. Dean jugueteaba nerviosamente con su cola de caballo, moviéndola de un lado al otro, tratando de pensar qué decir. Hebras de pelo rubio flotaban hasta el suelo.

—El lunes —dijo al fin—. A mediodía el lunes.

—Ok —dije.

Dean y Alex me miraron.

—Pero... —comenzó a decir Alex.

—Está bien —dije.

—Muy bien —dijo Dean.

—Bien —respondí.

—El lunes.

—El lunes.

—A mediodía.

—A mediodía.

—Bien. Aquí estaré el lunes a mediodía.

Asentí.

—Más te vale tener el dinero.

Asentí de nuevo.

—Muy bien —tiró el cigarro al suelo y lo pisó, recogió su casco y se dirigió a la puerta. Miré el cigarro aplastado. Qué repugnante. Era una asquerosidad. Él era una asquerosidad.

—¿Dean? —dije.

Se volvió a verme

—¿Qué?

—¿Cuántas copias de la cinta tienes?

—¿Qué? —dijo después de una pausa.

—¿Hiciste copias de la cinta?

—No soy estúpido.

—No —lo miré a los ojos—. No habrías venido aquí, solo, con la única copia de la cinta, ¿verdad? Eso sería una *estupidez*.

Su boca se torció al tratar de esbozar una sonrisa.

—Tengo copias, no te preocupes por eso.

Miré por la ventana. Todo afuera estaba vacío y silencioso, nada se movía. Miré el trasto con utensilios de cocina cerca de la estufa: cucharas de madera, un aplastapapas, un trinchantador, cuchillos. Sentí que Alex me miraba. Nos miramos. Pude ver incertidumbre en su cara. Miedo, quizá. O, ¿era algo más? ¿Comprensión? ¿Una sugerencia silenciosa?

Me volví hacia Dean y le dije:

—Quiero todas las copias.

—Cuando yo tenga el dinero, tú tendrás las copias.

—¿Cómo puedo saberlo?

—¿Qué?

—¿Cómo voy a saber que no te quedaste con alguna copia?

—Tendrás que confiar en mí —sonrió burlón.

Miré el suelo. Me quedé mirando las hebras de pelo que ensuciaban el linóleo. Mi mente estaba notablemente despejada. Podía ver todas las posibilidades, entendía las probabilidades y calculaba los riesgos. Me sentía vivo, como si aquello fuera algo que yo había nacido para hacer.

Levanté las cejas.

—Nos vemos después, Dean.

Dudó, tratando de pensar en algo inteligente que decir pero no se le ocurrió nada. Así que sorbió algunos mocos, sacudió

su cola de caballo y se marchó. Miré a Alex del otro lado de la cocina, le sonreí y ambos escuchamos el molesto sonido de su motocicleta cuando la encendió y se fue acelerando. Escuchamos hasta que el sonido desapareció en la noche.

—Hijo de puta —murmuró Alex.

—Correcto —respondí.

—Lo siento, Martyn.

—No es tu culpa.

—Yo sabía cómo era ese tipo.

—Pues...

Sonrió a medias.

—Tú me lo advertiste.

—No importa.

Se puso de pie, se pasó los dedos por el pelo y se sentó otra vez.

—¿Qué vamos a hacer ahora? No va a funcionar. Tu plan ya no va a funcionar. No podemos deshacernos del cuerpo y hacer como que no sabemos nada cuando lo encuentren. No ahora que Dean lo sabe. No va a funcionar. ¿Qué vamos a hacer?

Hice un poco de té y le dije lo que haríamos.

Más tarde, después de que Alex se fue, regresé a la cocina con un par de pinzas, cuidadosamente: recogí el pelo que se había caído de la cabeza de Dean y lo puse en un sobre. Luego, busqué el cigarro que había apagado en el suelo y lo encontré junto a la pata de la silla y también lo guardé.

Normalmente pienso mucho cuando estoy acostado. Justo antes de caer dormido, cuando el silencio y la oscuridad de la noche son absolutos, es cuando mejor pienso. Sin ruido, sin nada que ver, sin distracciones, sólo puro pensamiento. Pero esa noche, aunque había mil cosas en qué pensar, me dormí en unos minutos. Un maravilloso viajar hacia el olvido del sueño. Un viaje a la nada. Los demonios que había invitado a mi cama la noche anterior se habían marchado. No había nada que pudiera molestarme. Nada.

Dormí largo y sin soñar.

## VIERNES

—No me gusta nada, Martyn.

Eran las once de la mañana y Alex y yo veíamos el cuerpo de mi papá, ya sin la sábanas. Sus ojos fijos no parecían ojos.

—No hay a qué tenerle miedo —dije—. Sólo imagina que está dormido.

—No está muerto, está dormido.

—¿Qué?

—Eso dicen algunas lapidas: no está muerto, está dormido.

—Qué mala broma —respondí.

Alex soltó una risa nerviosa.

Me agaché y traté de cargar el cuerpo para pesarlo. Pesaba mucho. Mucho.

—Yo lo cargaré de este lado —dije—. Tú cárgalo por los pies.

Alex se quedó parada, secándose las palmas de las manos en los pantalones.

La miré.

—Entre más pronto lo hagamos, más pronto terminaremos con esto.

Alex respiraba rápidamente. Yo esperé. Se frotó la nuca, miró hacia un lado, se secó las manos otra vez, respiró profundo y se agachó.

—Puede que esto nos tome un buen rato —dije.  
Y así fue.

Mi papá no era muy alto, y de no ser por la barriga cervejece-  
ra y su flacidez generalizada, tampoco era muy gordo. Pero  
ahora que estaba muerto pesaba una tonelada y nos llevó casi  
una hora subirlo por las escaleras. Además estaba un poco rígi-  
do, los brazos y las piernas se le atoraban en el barandal, lo cual  
lo hacia todo más complicado. Pero al final lo conseguimos. Lo  
cargamos, lo arrastramos, lo empujamos y lo jalamos hasta que  
logramos meterlo en su habitación y acostarlo en su cama.

—¿Quieres té? —pregunté masajéandome la espalda adolo-  
rida.

Alex no respondió, sólo asintió mientras recuperaba el aliento.

La vista desde la cocina no había cambiado. Cielos grises col-  
gando por encima de las casas. Triángulos sin gracia decorados  
con chimeneas apagadas y antenas de televisión. Ángulos rec-  
tos. Canales rotos. Discos satelitales horriblos.

—¿Martyn?

Observé el rastro oscuro de un cuervo que cruzaba el cielo  
matinal.

—¿Martyn?

—¿Qué?

—¿Somos malos?

Le di un trago a mi té. Alex pasaba el dedo por la orilla de la  
taza.

—Depende de a qué te refieras con malo —respondí.

—Malos. Malvados.

—Puede ser. No lo sé. La maldad es algo relativo.

—¿Cómo?

—Bueno, malo. Correcto, equivocado. ¿Qué diferencia tie-  
nen? ¿Quién decide?

—Pero lo que estamos haciendo... es ilegal.  
Me encogí de hombros.

—¿Qué es la ley? No es más que la opinión de alguien.

Se mantuvo en silencio un rato. Vi un estornino aterrizar en  
el quicio de la ventana y rascar la madera con el pico. Sus ojos  
como cuentas me miraron, negros y brillantes. Entonces movió  
la cabeza y voló.

—Pero —dijo Alex—, seguramente hay algunas cosas que  
están *mal*. Ya sabes, simplemente *mal*. Universalmente *mal*.

—¿Cómo qué?

—No lo sé... Asesinatos, violaciones, cosas así.

—Lo que hace la gente no les parece mal a ellos. De otra  
forma no lo harían, ¿o sí?

—No, pero...

—Sólo está mal si piensas que está mal. Si piensas que está  
bien y otros piensan que está mal, sólo está mal si te atrapan.

Arrugó la frente.

—¿Eso es lo que realmente piensas?

Suspiré.

—No lo sé. Tal vez. Tal vez no. Sólo estoy pensando en voz  
alta.

Alex negó con la cabeza.

—Sí, bueno... Sólo esperemos que Dios no exista.

—¿Por qué?

—Porque nunca nos perdonaría lo que vamos a hacer.

—Lo haría, si fuera malo.

Conversamos un poco más para pasar el rato, evitando la  
realidad, retrasando lo que sabíamos que tenía que hacerse. La  
mamá de Alex había ido a una audición, según me dijo. Era para  
el papel de Coneril en *El Rey Lear*, una producción local... ¿Eso  
es bueno?... Es mejor que nada... ¿Viste el programa sobre  
calamares?... Es bonito ese bolso, ¿es nuevo?... ¿Quieres algo  
de comer?

Pero después volvimos al tema que nos ocupaba.

—A mi mamá le regresan el auto hoy —dijo Alex.

—¿Lo puedes usar esta noche?

—No sin que se dé cuenta. No va a salir.

—¿Y mañana?

—Va a trabajar por la tarde pero luego va a salir. A una fes-  
ta. Y va a beber, así que no va a llevarse el auto.

—Y, ¿a qué hora regresará?

—Tarde.

—Entonces tendremos que hacerlo el sábado.

—Supongo.

Nos quedamos sentados en silencio: un rato más.

Ésa es una de las cosas que me gustaban de Alex. Entendía que no es necesario hablar todo el tiempo, que está bien estar sentados, en silencio, pensando juntos. La mayoría de la gente no para de hablar, incluso cuando no tiene nada que decir. Hablando por hablar, escupiendo tonterías. Haciendo ruido. ¿Qué tiene de malo el silencio? Escúchalo, es hermoso.

Afuera, en la calle, un auto se encendió, del estéreo salía música. *d-domp-d-domp-d-domp, tss, tss, tss, d-domp-d-domp-d-domp.*

Nada hermosa.

Me pregunté qué estaría pensando Alex. ¿En mí? Quizá se preguntaba qué estaría pensando yo. Quién sabe lo que piensan los demás. Ni siquiera puedes estar seguro de que alguien esté pensando. ¿Cómo lo sabes? No puedes. Nunca lo sabrás. Lo único que puedes hacer es asumir que lo que está en tu cabeza es el mismo tipo de cosas que está en la cabeza de los demás. Ni siquiera puedes tener la certeza de que algo es real. ¿Cómo puedes saberlo? Todo podría ser un sueño. A veces he pensado que quizá yo sea la *única* cosa que existe. Quizá todo lo demás está ahí sólo para mí. Todo y todos. Todo inventado sólo para mí. Y cuando yo no estoy, todo desaparece.

Alex soltó un pequeño eructo.

—Bien—dije viendo el reloj—. La tía Jean llegará a las cuatro. Mejor vamos empezando.

Le quité a mi papá el saco, la camisa, los zapatos y los calcetines y subí el edredón para que le cubriera media cabeza; me retiré un poco para ver cómo lucía. La herida sobre el ojo se veía rara, descolorida, fría, profunda.

—Alex, trajiste el... ¿qué haces?

Me miró desde el armario abierto.

—Nada, sólo estoy guardando sus cosas—tenía los zapatos de papá en la mano.

—Déjalos—dije mirando alrededor—. Entre más desordenado esté todo, más natural se verá. De todas formas lo tengo que vestir otra vez.

Sonrió incomoda, cerró la puerta del armario y dejó caer los zapatos al suelo.

—¿Trajiste el yeso?—pregunté.

Buscó en su bolso y me dio un paquete de yeso en forma de pasta. Le quité el plástico que lo cubría y puse un poco en la herida de la cabeza de mi papá.

—¿Qué te parece?

—Se ve bien—respondió Alex.

Su voz sonaba nerviosa. Estaba tensa e inquieta, mirando por toda la habitación. No era de extrañar, la verdad. Yo también estaba tenso.

—¿Estrás lista?

Por un segundo pensé que se iba a arrepentir. Pero asintió con seriedad y volvió a buscar algo en su bolso. Era una mochila grande y vieja con bolsillos y cierres por todas partes; en ella cabría un caballo pequeño. Después de buscar durante un minuto sacó un estuche con maquillaje.

—No le pongas mucho—le recordé—. Sólo lo suficiente para que... ya sabes, para darle un poco de vida.

Abrió el estuche y sacó una caja de plástico, la abrió y con una brocha tomó un poco de polvo color rosado. Se mojó los labios. Me miró rápida y nerviosamente. Respiró profundo. Murmurando algo para sus adentros se acercó a la cama y se puso a trabajar.

La observé mientras daba color a la cara gris de mi papá. Le temblaban las manos. No tenía que verla para saber que tenía ese gesto de concentración en los ojos, la lengua saliendo por un lado de la boca, con pequeñas arrugas en la frente. Exactamente como cuando jugábamos Scrabble. No pude evitar sonreír. Mirala, pensé. Está creciendo, es más alta que yo. Y ya sabes, tiene algunas curvas. Mirala. Con su enorme camisa de leñador, sus jeans negros y deslavados y sus graciosos zapatos de lona rosada, anillos en los dedos y las orejas salpicadas por pequeños aretes negros. Mira a esa chica. ¿Quién más haría esto por ti? ¿Quién más?

Se me hundió el corazón.

Qué cosa más ridícula, pensé: maquillar la cara de tu papá. Es

como jugar a las muñecas. Jugar a hacer-de-cuenta. Como cuando jugaba de niño. En mi habitación, solo, inventando cosas. Martyn el Vaquero, cabalgando por las planicies. Sólo yo y mi estrella. Martyn el Vengador, durmiendo bajo una manna de corregir las injusticias y eliminar a los villanos. Martyn el Asesino, frío y calculador, un cazador. Un matón. No recuerdo que hiciera nada. Sólo imaginaba cosas. Peleas, búsquedas, viajes. Podía ir a cualquier lugar. A mundos imaginarios, un universo propio. Un lugar en el que nada importaba porque nada era real. No sé cuándo dejé de hacerlo. Llegas a cierta edad y la realidad te atrapa por el cuello y te grita a la cara. ¡Oye, mira! Esto es la vida real! Y tienes que abrir los ojos y mirarla, oír-la, olerla, gente a la que no le agradas, cosas que no quieres hacer, cosas que hacen daño, cosas que te asustan, preguntas sin respuesta, sentimientos que no entiendes, sentimientos que no deseas pero que no puedes controlar.

La realidad.

Gradualmente te das cuenta de que las cosas de los libros, las películas, la televisión, las revistas, los periódicos, los cómics, son pura basura. No tienen que ver con nada. Son sólo invenciones. Así no pasan las cosas. No es real. No significan nada. La realidad es lo que ves cuando te asomas a la ventana del autobús: caras envejecidas, vidas tristes y provisionales, millones de autos, metal, ladrillos, vidrio, lluvia, risas crueles, fealdad, mugre, dentaduras feas, palomas cojas, niños en sillas de ruedas, que han olvidado cómo sonreír.

—¿Martyn?

Alex se había alejado un poco de la cama. Estaba pálida. Me acerqué a examinar la cara de mi papá. Lucía enfermo pero no muerto.

—Excelente —dije.

—Tendrás que cerrarle los ojos.

Había visto cómo lo hacían en las películas. Estrías la mano y, con el pulgar y el dedo medio extendidos, cierras los párpados delicadamente. Me acerqué un poco más.

—No se mantienen cerrados.

—¿Qué?

Lo intenté de nuevo, usando ambas manos, pero cuando las retiraba, los ojos se volvían a abrir lentamente, como un bostezo.

—No se cierran.

—¿Por qué no?

—No lo sé.

Alex se asomó por encima de mi hombro. Podía sentir su respiración en mi cuello. Voltré y señalé unos pantalones en el piso.

—Pásame eso.

Alex se agachó y me alcanzó los pantalones. Los sacudí y oí el tintinear de unas monedas, busqué en el bolsillo y saqué dos monedas de una libra.

Una en cada ojo.

—Así está mejor.

—No se te olvide quitarlas cuando llegue tu tía.

Sonrei.

Ella casi sonrió también. Me alejé de la cama de nuevo y volví a mirarlo.

—¿Qué te parece?

—Pues, se ve enfermo.

—¿Crees que se de cuenta de que no está respirando?

Alex arrugó la nariz.

—No sé, pero a menos que no tenga sentido del olfato, se va a dar cuenta de la peste.

Fui al baño y traje un montón de medicinas del botiquín: aspirinas, Night Nurse, Vaporub, pañuelos, Lemsips. Cuando regresé Alex estaba de pie junto al escritorio.

—¿Estás bien? —le pregunté.

Asintió.

—Sólo un poco mareada.

Aplé todas las medicinas en la mesa junto a la cama y embarré Vaporub por todos lados: en el edredón, en la almohada, en el cuello de mi papá. Los potentes vapores flotaban en el aire, disfrazando el dulce y mohoso olor a muerte. Me seguía molestado la falta de respiración del cuerpo.

—¿Qué hora es?

Alex miró su reloj.

—Las tres en punto.

—Podríamos hacer una grabación —sugeri.

—¿Qué?

—Espera un minuto—. Fui a mi habitación y regresé con una grabadora y un pequeño micrófono.

—Ronquidos y sonidos de respiración —expliqué mostrándole una cinta en blanco y el micrófono—. Tú puedes hacerlo, Alex.

—No lo he oído dormir —dijo—. No puedo imitar lo que no conozco.

Así que le hice una demostración. Bufé, ronqué, respiré pesadamente, farfullé.

—Cosas así —dije—. Sólo que con la voz de papá.

Practicamos un rato. Lo logró casi de inmediato.

—¿Qué te parece? —preguntó.

Asentí sonriendo.

—Perfecto —le acerqué el micrófono—. ¿Lista?

Respiró profundamente y asintió. Y yo apreté el botón de grabar.

Cinco minutos más tarde teníamos lo que necesitábamos. El sonido de mi papá roncando y respirando dormido. Alex incluso agregó un murmullo incoherente con fines de autenticidad adicional.

Cuando coloqué la grabadora bajo el edredón y la hice sonar era aún mejor: apagado, realista.

—Además, salió a la primera —dije—. Tienes esto de la actuación completamente bajo control.

—Eso no es actuar —dijo recuperando el aliento—. Sólo es respirar.

La habitación de mi papá siempre ha sido bastante desordenada. Apestosa, sucia, pegajosa por todos lados. También un poco espeluznante. Como una cueva, un escondite secreto, una gruta. Incluso en los días soleados era fría y oscura. Pero ahora, con el cuerpo de mi papá ahí, disfrazado (perfumado, maquillado, artificial) y la luz de la tarde filtrándose por las cortinas

cerradas, era un lugar increíblemente lúgubre. Escalofriante, macabro, como algo fuera de este mundo.

—Vamos —dije—. Salgamos de aquí.

Una vez en la puerta, voltee a verlo. Ahí estaba. No estaba muerto, estaba dormido.

Así tendría que ser.

Mi habitación era como un palacio comparado con la de mi papá. Limpia y blanca y sin olor. Todo en su lugar. Eran las tres y media. Había el tiempo suficiente para un pequeño descanso antes de que llegara la tía Jean. Respiré y me relajé.

—¿Cómo te sientes? —le pregunté a Alex.

—No muy bien, la verdad —respondió mientras buscaba algo en su bolso—. En realidad... me siento un poco enferma. Creo que... —soltó el bolso y se llevó la mano al estómago.

—¿Vas a vomitar?

Me miró mientras asentía.

—Está bien —dije acercándome a ella—. Todo va a estar bien.

Usa el baño. Vamos.

—Mientras la llevaba fuera de la habitación empezó a tener arcadas, con la mano puesta sobre la boca.

—Lo siento —dijo—. Pensé que...

—No te preocupes.

—¿Qué vergüenza.

—No importa.

—Pero es que no quiero... ay... qué vergüenza... vomitar... ¿Te importaría esperarme abajo...? No quiero que me oigas ya sabes...

—Está bien. Puedes cerrar la puerta. Ponle el seguro si quieres. Voy a estar en la sala. No te preocupes, no voy a oír nada.

La dejé en el baño, cerré la puerta y bajé las escaleras. Ya en la sala, abrí las cortinas y sonreí cuando entró la luz del sol por primera vez en... ¿cuánto tiempo? Desde el miérolés. Hacía primer día. Limpié la chimenea, la sacudí con un trapo húmedo, la sequé y la pulí. El olor a Flores de Oroño llenaba la habitación, casi borrando el otro olor. Casi, pero no del todo. Cigarrillos, pensé. El olor a cigarrillo ayudará. Encontré una cajetilla sobre

la chimenea, saqué uno, lo encendí y lo puse en el cenicero para que se consumiera. Aspiré profundamente: no estaba mal. Quizá todo saldría bien.

Desde arriba se oían ruidos. Los grifos. El ruido del escusado. Alex vomitando.

Me acerqué a la ventana y miré hacia fuera. El mismo día gris: de siempre me miraba desde el otro lado. Un perro jack russel gordo paseaba por la calle, orinó en la llanta de un Fies-de unas casas más atrás: pasó por ahí, desgarrado, con cierta indiferencia vacía colgando de la cara. ¿Adónde iba?, me pregunté. A ningún lugar, probablemente. Nunca iba a ningún lado, sólo caminaba por ahí. No tenía edad. A veces lucía como un muchacho, a veces parecía de cincuenta años. Con su abrigo viejo y roído colgándole del cuerpo, su camiseta de Garfield faje y su fino pelo ondeando al viento, dio la vuelta a la esquina y desapareció.

A la distancia podía oír los autos ronronear velozmente, moviéndose. Siempre moviéndose. Autos, gente en sus autos, yendo a algún lugar. Pero afuera la calle estaba tranquila. Mi calle abajo. Como la parte curva de la letra D, en la que la parte más ta es la avenida. Por eso no hay mucho ruido, porque la calle no lleva a ningún lado.

El reloj corría. Cuarto para las cuatro. Vamos, Alex, pensé. Apresúrate. La tía Jean llegará pronto. El escusado volvió a sonar. Se cerró una puerta. Esperé el sonido de pasos en la escalera: nada. *Vamos.*

Seguí mirando al vacío de la calle a media tarde. Casas con porches, cortinas y puertas deslavadas, callejones, paredes de ladrillo y columnas depositilladas, rejas despintadas, arbustos despeinados, la calma del aire en un lugar en el que nunca pasa nada. Me lo sabía de memoria.

Diez para las cuatro. El escusado volvió a sonar.

Me senté en el sillón. El sillón. El sillón de mi papá. Mi sillón. Oí pasos en el piso de arriba. Miré. ¿Qué está haciendo?

Vamos, Alex.

*Vamos.*

Al cinco para las cuatro ya no pude esperar más. Fui al pie de la escalera y miré hacia arriba. La puerta del baño seguía cerrada.

—¿Alex?

Ninguna respuesta.

—¡Alex! Apresúrate, ya va a llegar...

Se abrió la puerta y Alex asomó la cabeza y los hombros desnudos.

—Perdón —dijo—. No tardo ni un minuto. Me ensucié la camisa, la estoy limpiando.

Yo no sabía hacia donde mirar.

—Ah... sí... está bien... Es sólo que... ya sabes...

—Un segundo.

Entonces sonó el timbre.

Por el tono del timbre supe que era la tía Jean. Sonaba aterrizado. Miré hacia la puerta y luego a Alex. A pesar del pánico no pude evitar notar lo diferente que se veía. No es que hubiera nada, ya sabes, nada *impúdico*. No se le veía más que un poco de los hombros y un brazo desnudo. Pero por algún motivo se veía más grácil, como una actriz. Como una estrella de cine vistiéndose para su gran escena.

—¡Martyn! —susurró.

—¡Quédate ahí! —murmuré de vuelta—. Mantén la puerta cerrada y no hagas ruido. Voy a tratar de deshacerme de ella lo antes posible.

El timbre sonó otra vez, exigiendo ser escuchado. Esperé a que Alex cerrara la puerta, respiré profundo un par de veces y fui a abrir la puerta de entrada. Y ahí estaba la tía Jean. Tiesa, erguida, enfadada, de pie sobre el escalón como si llevara ahí mil años.

—¿Y bien? —dijo.

Por entre los parches de nubes se había colado un poco de pálida luz invernal, rebotando débilmente sobre los techos de los autos estacionados frente a la calle. La cara sobremaquillada de la tía Jean absorbía todo el sol como papel secante.

Me retiré un par de pasos y con una sonrisa nerviosa le indiqué que entrara.

—Gracias —dijo.

Su brillante abrigo marrón hizo ruido cuando entró al recibidor. Era una persona ridícula. Huesuda, con piel colgante, codos picudos y piernas zambas, parecía una caricatura. Una bruja loca.

Se quitó el abrigo y me lo dio sin mirarme.

—Mi papá está enfermo, tía —dije mientras colgaba su abrigo—. Está en cama.

—¿Enfermo? —preguntó burlona—. ¿Así le dicen ahora o qué?

Se acomodó el bolso sobre el hombro y se arregló el vestido. Era el mismo vestido de siempre, una cosa rígida color crema con botones de bronce. Estaba tan tieso que podía pararse solo.

—No, de verdad está *enfermo* —dije—. Tiene gripa o algo así, un virus.

Volvió a bufar sardónica. Un sonido flemoso le salió de la garganta: tenía los orificios nasales abiertos y el labio superior fruncido. Sus dientes eran sorprendentemente pequeños, como de bebé. Pequeños y cuadrados. Siempre me había preguntado si serían falsos. Caminó hasta la sala y yo la seguí, como un extraño cachorro siguiendo a su mamá.

—¡Uuuf —exclamó—. ¿Qué diablos es ese olor?

—El drenaje —escupí—. Están arreglando el drenaje en la calle.

—No vi nada.

—No, es que lo *estaban* arreglando hace un par de días. Los del sistema de aguas lo estaban arreglando, pero creo que no lo dejaron bien.

—Mmmm —dijo.

Se puso a caminar por la sala, revisando cada rincón, buscando polvo, latas de cerveza, botellas. Yo me quedé parado mirándola, confiando en que estuviera tan enfadada como aparentaba. Su pelo parecía una fibra azul de lavar trastes puesta sobre la cabeza, rígida, inmóvil. ¿Por qué se peina así?, pensé.

¿Cree que se ve bien? ¿Cómo se sentirá? ¿Como un cepillo de nailon? ¿Como un puercospín?

—¿Qué tal va la escuela? —preguntó.

—¿Qué?

—No digas *qué*, di *perdón*.

—¿Perdón?

—La escuela, Martyn. ¿Cómo te va en la escuela?

—Bien —me encogí de hombros.

—¿Bien? ¿Qué quiere decir eso?

Me froté la nuca.

—Todo está bien, tía. Gracias.

Se me acercó y se paró muy cerca de mí viéndome a los ojos.

Olía a limón y a cloro y a horrible perfume de mujer vieja.

—A ver, Martyn —dijo con voz muy seria—. Quiero que me digas la verdad.

La miré fijamente a la cara, tratando de evitar sus ojos. Tenía un pelo rizado en la verruga de la barbilla. Los poros de la piel estaban sucios, como pequeñas estrellas azules.

—¿Cómo *estás*? —respiró—. ¿Cómo *estás realmente*?

Me humedecí los labios y traté de tragar.

—Bien, tía. De verdad. Estoy bien.

—¿Qué hay de *él*?

Dijo *él* como si fuera la palabra más vil jamás pronunciada.

—Está bien... Hace lo mejor que puede. De verdad. Todo está en orden. Estamos bien.

Me miró más hondo a los ojos, tratando de leerme la mente, se dio la vuelta y dijo algo que sonó muy parecido a: ¡*bah!*

—Y, ¿dónde está? —dijo sin mucho interés—. ¿Dónde está el *paciente*?

Mientras la llevaba al piso superior, mi corazón latía y sentía como si tuviera el estómago lleno de avispas. El resto del camino la tía Jean fue olisqueando todo a su alrededor sin decir ni una palabra. Sólo olisqueando. *Snif, snif, snif*. Como un perro labrador buscando un hueso. No pude evitar mirar hacia la puerta del baño cuando pasamos por enfrente, imaginando a Alex allí adentro, imaginando...

Nos detuvimos fuera de la habitación de mi papá.

—Probablemente está dormido —dije—. Estuvo despierto casi toda la noche.  
La tía Jean entornó los ojos.

—Quiero decir que no durmió nada —expliqué—. Estuvo despierto porque se sentía mal, vomitando todo el tiempo.  
Me lanzó una mirada escéptica.  
—Abre la puerta.

Hay momentos en la vida cuando tienes que hacer las cosas que realmente no quieres hacer. Pero tienes que hacerlas, no tienes alternativa. No tiene caso desear que las cosas fueran diferentes, o que se pudiera dar marcha atrás al reloj, o tener otra oportunidad, porque las cosas no son diferentes, ni puedes regresar el tiempo ni tienes otra oportunidad. Así que, ahí estaba yo, a punto de enseñarle a la tía Jean a su hermano muerto, esperando poder salirme con la tía al hacer como que estaba enfermo en su cama, dormido. No está muerto, está dormido.

No tenía opción. ¿Me entiendes? No tenía opción.  
Lo único que puedes hacer cuando te enfrentas a algo como eso es decirte a ti mismo: ¿Qué es lo peor que puede pasar? Y hacerlo.

Abrí la puerta y entramos.  
—¡Uuuuuuuuuuuuuuuuu! Ahí está ese olor de nuevo. ¡Santo Dios! La ignore y me moví con cuidado en la oscura y apestosa habitación.

—¿Papá? —susurre—. ¿Papá? Llegó la tía Jean.  
—¿Por qué está tan oscuro aquí adentro? —se quejó ella—. No puedo ver por dónde camino.

—La luz le lastima los ojos —expliqué mientras me apresuraba a retirar las monedas que estaban aún sobre los ojos de mi papá. Se me habían olvidado por completo. Afortunadamente, los ojos permanecieron cerrados. Metí la mano bajo el edredón y encendí la grabadora. Por debajo de las sábanas se oía una respiración congestionada. Ronquidos. Demasiado fuertes. Traté en encontrar los controles de la grabadora y bajé el volumen.  
La tía Jean estaba parada en medio de la habitación con gestos de desaprobación.

—Mira nada más este lugar, míralo, es repugnante.  
Coloqué la mano bajo la cabeza de papá, temblando. Estaba fría, sin vida.

—Está profundamente dormido, tía —dije.  
—Ah, ¿sí?

Se acercó a la cama con actitud amenazante. Los ronquidos llenaban la habitación. ¿Habíamos exagerado? Moví la cabeza de mi papá al compás de los resuellos.

La tía Jean se detuvo a unos pies de la cama con gesto sorprendido.

—Ay —dijo.

Se acercó para ver mejor. Contuve la respiración.

—Se ve muy... pálido.

—No ha estado comiendo bien.

—¿Qué le pasó en la cabeza?

—Anoche se pegó con la puerta. Se hizo una herida fea. Se acercó un poco más, olisqueando.

—¿A qué huele?

—Ha estado... ya sabes... enfermo del estómago. Empezaba a preocuparme por la duración de la cinta. ¿Qué pasaría si se terminaba?

Mi corazón latía con fuerza mientras la tía Jean se acercaba aún más.  
—¿Will-yam? ¿Will-yam? —estiró la mano.

—Mejor no lo toques, tía —dije—. Puede ser contagioso. Retiró la mano rápidamente.

Tenía un gesto confuso que le arrugaba los rasgos.  
—Se ve muy... definitivamente no se ve bien, Martyn. ¿Ya llamaron al médico?

Casi solté una carcajada.  
—Mañana —respondí—. El doctor vendrá mañana.

—Sus ojos... tiene algo extraño en los ojos —dijo, entrecerrando los suyos en la oscuridad—. Debería llamar al médico ahora.

—No, no, de verdad. Ya... lo llamé hace un rato. Dijo que probablemente es un virus que anda por ahí. Parece que hace que los ojos se te pongan raros.

—Mmm—dijo.

La grabadora comenzaba a detenerse: se le estaban terminando las baterías. Los ronquidos eran más y más lentos y el mecanismo de la grabadora chirriaba con mucho esfuerzo.

—¿Qué es ese ruido?

—Las tuberías—respondí—. Algo le pasa a las tuberías.

—El drenaje, las tuberías, ¿qué más no funciona en esta casa?

La grabadora realmente estaba pasando trabajos. Sonaba como los quejidos de un monstruo marino.

—Será mejor que salgamos—sugerí—. Dejémoslo dormir. Me aparté de la cama quitando la mano del cuello de mi papá y la cabeza rodó hasta dar un golpe seco en la cabecera.

—¿Qué fue eso?

—Nada. Vamos—respondí sacándola de la habitación—. Te prepararé un té.

—Te huelen las manos—comentó mientras la dirigía a la puerta.

—Es el Vaporub—expliqué, respirando con alivio mientras cerraba la puerta.

Preparé un poco de té y abrí una bolsa de galletas y ahí estábamos: tía y sobrino, sentados en la cocina, comíamos, tomábamos té y conversábamos. Por lo menos la tía Jean estaba conversando. Yo sólo comía y tomaba té mirando la mesa fijamente.

—... y claro, cuando yo tenía tu edad, tu padre siempre estaba metido en problemas; faltaba a clases, robaba cosas, fumaba, bebía. Ah, claro, ya desde entonces bebía: sidra, jerez, lo que pudiera conseguir. Le hizo la vida imposible a nuestra pobre madre, te digo. Imposible. No me extraña que no pudiera manejarlo. Papá, o sea, tu abuelo, Dios lo guarde, hizo lo que pudo. Disciplina, decía, disciplina es lo que necesita ese muchacho. Y le pegaban y todo. A veces le pegaba casi hasta matarlo, pero no aprendía. Era un irrespetuoso, ese era su problema, nunca aprendió a respetar a sus mayores. "Por qué no puedes ser como tu hermana", le decían. Éramos como el agua y el aceite, como el

agua y el aceite. No lo sé. Era una vergüenza, eso es lo que era, una vergüenza para la familia. Recuerdo que una vez...

Mientras ella hablaba sin parar yo me preguntaba si hablaría así si supiera que su hermano estaba muerto. Bla, bla, bla... Mírala, su boca no deja de moverse. Qué imagen. Ja, tiene morronas de galleta en los labios. Guara, guara. Tu padre esto, tu padre aquello. Una y otra vez. ¿Cuántas veces he oído todo esto? Y ¿cómo puede echarle la culpa a él? Ninguno de nosotros tiene control sobre lo que hace. Si eres bueno, eres bueno y si eres malo, eres malo. No hay nada que hacer. No, se puede cambiar la forma en que estás hecho. Y aunque se pudiera, no te tocaría a ti. Está en tus genes, en tu ADN. Pedirle a alguien que cambie los que es, es como pedirle a una piedra que cambie de color. No se puede. Tan sencillo como eso. Nadie culpa a la piedra por ser color piedra, ¿verdad? Nadie le dice: vamos piedra, tú puedes, puedes ser azul brillante si lo intentas. No, eres lo que eres, y nadie puede hacer nada al respecto. O sea, la tía Jean, por ejemplo. No es su culpa ser una bruja de pelo azul y piernas zambas. No puede evitarlo. Claro, eso no quiere decir que me tenga que agradar, pero no tengo derecho a juzgarla. De la misma manera en que no tengo derecho a juzgar nada: una mosca, una rata, un gusano, lo que sea. No se puede juzgar a una mosca por ser una cosa zumbante y asquerosa, ¿verdad? Es como es, no eligió ser así. Nadie le dijo: ¿qué quieres ser?, ¿un pony?, ¿una flor?, ¿una monja?, ¿qué te parecería ser una mosquita asquerosa? No tuvo elección. Así como nosotros no tenemos elección. Te toca lo que te toca. Te guste o no.

—... le arruinó la vida a nuestra madre y te la va a arruinar a ti también si te descuidas. ¿Martyn? ¿Martyn? ¿Me estás oyendo?

—Sí, tía. Te estoy oyendo. ¿Quieres más té?

—Miró el reloj.

—¡Dios mío! ¿Ésa es la hora? Me tengo que ir—se levantó de la mesa, estirando los dobles de su tieso vestido.

—¡Traré tu abrigo—dije.

—Un momento. Tengo que usar el baño.

—¿Qué... perdón?

—El baño.

El baño.

—El... este... el baño no sirve, tía.

—No seas ridículo.

—Es algo de la plomería.

Bufó y se dirigió a la escalera. La perseguí.

—¡Tía, no! ¡No se puede! ¡No funciona! De verdad. Está rota la cisterna—pero ya iba a media escalera y no pensaba detenerse, lo único que podía hacer era tratar de avisarle a

Alex—. ¡No puedes usar el BAÑO, tía! —grité—. ¡No puedes usar el BAÑO!

Cuando llegó arriba volteó a verme como si estuviera loco. No sabía qué hacer así que sonreí como un idiota y levanté los hombros. Hizo un gesto de desaprobación y abrió la puerta del baño.

¿Qué podía hacer?

Contuve la respiración y esperé a oír el grito. El corazón me latía como un tambor: *ta-tam, ta-tam, ta-tam*. Un segundo, cinco segundos, diez segundos... nada. Volví a respirar. Después de uno o dos minutos oí el rugir del escusado, seguido por el grifo del agua. La puerta del baño se abrió y la tía Jean salió cargando su bolso. Me miró. Yo estaba parado al pie de la escalera sujetándome del barandal con ambas manos, mirándola con los ojos muy abiertos.

—¿Qué estás haciendo? —dijo.

—Nada—dije aliviado—. Traeré tu abrigo.

—¿Qué era todo eso que decías? —dijo mientras bajaba la escalera—. ¿La plomería? ¿Cisterna rota? No pasa absolutamente nada con el baño.

—Olvidé que ya lo arreglaron —dije—. Vino el plomero cuando yo no estaba. Aquí está tu abrigo.

Se dio la vuelta para que la ayudara a ponérselo.

—Estoy preocupada por ti, Martyn. En serio. Te estas volviendo como tu padre. La memoria no te sirve para nada. No me extraña que te vaya mal en la escuela.

¿Que me vaya mal en la escuela?

—Sólo estoy un poco cansado, tía. Por cuidar a mi papá cuando está enfermo y todo eso...

—Deberías hacer que revisaran esta casa —dijo acomodándose el abrigo—. Apesta.

—La voy a limpiar bien, tía.

—Pues sí... y la casa no es lo único que necesita una buena limpieza.

Abrió la puerta principal.

—Gracias por venir, tía. Le diré a papá que viniste, lamentará no haberte visto.

—Sí, seguramente —dijo.

Me asomé a la puerta y miré al cielo.

—Parece que va a llover de nuevo.

—Mm—respondió ella poniéndose un par de guantes blancos, y salió a la calle.

—Volveré pronto. Dile a tu padre que volveré pronto.

—Se lo diré, tía.

No dijo adiós, gracias por el té, ni nada, sólo se fue caminando por la calle, con sus cómodos zapatos golpeando el pavimento. La vi dar la vuelta a la esquina para asegurarme de que no iba a regresar, cerré la puerta y me dejé caer al suelo con un enorme suspiro. Estaba agotado.

—¿Ya se fue?

Alex estaba parada en la escalera, completamente vestida.

—Ya se fue.

—Estuvo cerca.

—¿Dónde estabas?

—En el baño.

Me puse de pie.

—Eso ya lo sé. ¿Cómo es que no te vio?

—Me imaginé que haría pipí, así que me escondí detrás de la cortina de la regadera.

Sonreí.

—Bien pensado.

—No soy sólo una cara bonita, ¿sabes?

Era cierto.

—Casi me descubre —dijo—. Tendrías que haber oído los ruidos que hacía, como un globo que se desinfla—los dos reímos mientras ella imitaba los ruidos de la tía Jean tirándose

pedos— Me tuve que meter un trapo en la boca para no reír. Pensé que me moría.

—Se lo diré la próxima vez que la vea —le prometí—. ¿Ya te sientes bien? Te ves mucho mejor.

Alex se colgó el bolso del hombro y bajó la escalera.

—Sí, estoy bien. Perdón por eso.

—No pasa nada.

—No —sonrió—, pero estuvo cerca, ¿no?

—Muy cerca.

—¿Qué hubiera hecho si me ve?

—Seguramente habría explotado.

Por la tarde, Alex se había ido a su casa. Yo estaba solo en mi habitación. Me acosté en la cama y cerré los ojos para tratar de descansar, pero no lo conseguí. Tenía demasiadas cosas dándome vueltas en la cabeza.

Me levanté y caminé hacia la ventana. La noche invernal y negra estaba completamente quieta. De los postes de luz salían rayos anaranjados hacia la calle, iluminando los sombríos contornos de mi mundo. Otros estacionados, aceras rotas decoradas con mierda de perro, hierbas citadinas brotaban entre las grietas de las paredes de ladrillos sucios. Las hierbas no tenían color alguno en la oscuridad.

¿A dónde se va el color?

Podía ver las filas imperfectas de casas idénticas en la distancia. Todas con luces amarillo pálido en las ventanas. Me di cuenta que en cada casa habría una historia: un drama familiar, una tragedia, una historia de amor, una comedia. En ese preciso momento se actuaban escenas, se seguían tramas, se contaban historias. Peleas, discusiones, sexo, traición, venganza, aburrimiento, astucia, maldad, mala suerte, risa, deseo, gusto, muerte...

¿Qué me importaba? Nada de eso tenía que ver conmigo. En la calle había dos muchachos rapados dando tumbos y tomando cerveza de una lata. Sus voces hacían eco en el silencio del callejón, un sonido primitivo: *riodasciarquenoletvoadecir... esodigoyo... ysielicalgotiuroquelomato... Ojos vacíos, como de animal buscando algo, lo que sea, nada. Uno de ellos*

escupió por entre los dientes al pasar bajo mi ventana, y luego se fueron.

Alcohol. Le chupa la vida a las caras y las cubre con su propio brillo de estupidez. Depende de ti. Si te quieres perder a ti mismo, tómate un trago.

Mira este lugar. Esas casas escuálidas, las calles sucias, el cielo muerto. Nada. Sin vida, sin propósito. Demasiada gente sin nada, qué decir y nada que hacer y ningún lugar adónde ir. Almas grises. Esperando que todo termine. Esto es todo, esto es todo lo que tengo. Esto. Este lugar en el que las pequeñas cosas le importan mucho a gente pequeña. Donde nada hace nada, donde comemos, bebemos, nos reproducimos, crecemos y morimos. Esto es todo. Un Nuevo Milenio. La Era de la Tecnología. El resultado de millones de años de evolución. Yo, solo en una pequeña casa sucia, en una pequeña calle sucia, en un pequeño pueblo, sucio.

Cerré las cortinas, apagué la luz y me acosté en la oscuridad.

Pensé en Alex y pensé en Dean y pensé en las treinta mil libras. Era mi dinero. Era mi herencia. Mi derecho. Mío. Nadie más lo tendría. Todavía no sabía exactamente cómo haría para conseguirlo, ni lo que haría con él, pero estaba trabajando en ello. Según Alex, el cheque no pasaría hasta el martes. Usando la tarjeta de débito podría sacar doscientas cincuenta libras cada día. Treinta mil dividido entre doscientos cincuenta son... muchos días. ¿Cuántos días me quedaban? ¿Cuántas semanas? ¿Qué pasaría si...? Demasiadas preguntas. Pienso en algo más. Pensé en todas las cosas que podríamos hacer Alex y yo. Jóvenes y ricos. Libres. Podríamos ir a cualquier lugar y hacer cualquier cosa. Yo podría montar mi propia agencia de detectives privados. Alex y yo, detectives, investigadores privados. Podríamos rentar una de esas oficinas viejas en la parte fea de la ciudad, con mi propio escritorio, archiveros para mis papeles, uno de esos lentos ventiladores de techo, persianas venecianas, una sala de espera para los clientes, una puerta con un panel de vidrio y letras negras: Investigaciones Martyn Pfg. Eso estaría bien. Alex me podría llevar y yo le compraría un auto depor-

tivo... O podría comprar una isla pequeña. Justo en medio del mar donde nadie pudiera llegar. Podríamos vivir ahí, hacernos amigos de los animales, construir una pequeña cabaña, pasar todo el día conversando, caminando por la playa. Y por las noches haríamos una fogata y veríamos ponerse el sol y escucharíamos el sonido de las olas rompiendo suavemente contra la orilla... o podríamos ir a Australia o a los Estados Unidos, a unos de esos desiertos remotos donde vivían los indios. En la planicie, kilómetros y kilómetros de nada. Tierra seca y calientes, arenas movedizas, enormes montañas rojas, cañones, pueblos fantasma. Podríamos montar a caballo...

Me quedé dormido y mis pensamientos se convirtieron en sueños. Retazos de imágenes revoloteaban en mi mente: papá, mamá, Alex, Dean, Morse, Holmes, la tía Jean, detectives, islas, desiertos, caballos... todo flotando en círculos sin sentido. Mientras medio dormía en la oscuridad creada por las cortinas, los sonidos de la calle entraban y salían de mi semiconsciente, mezclándose con los pensamientos desarticulados, convirtiendo la realidad en sueños.

Cuando desperté tenía la boca seca y los ojos pegajosos de dormir. Eran las nueve de la noche. Seguía cansado.

No sabía qué hacer.

Por el momento no había nada más que pensar. Lo único que tenía que hacer era esperar.

Fui al baño a orinar. Me lavé las manos y la cara. Me lavé los dientes para quitarme esa sensación de peluche sucio de la boca. Me cambié de ropa, me puse una camiseta limpia, ropa interior limpia y jeans limpios. Bajé y me hice un sándwich de queso y una taza de té. Vi la televisión. Un programa policiaco que no sé cómo se llama. Sale el tipo de *Miami Vice*, el rubio, haciendo bromas y persiguiendo maleantes por callejones con una pistola enorme en la mano. Estaba bueno. Cuando terminó estuve cambiando de canal y vi a unos comediantes contando chistes groseros durante media hora. No eran graciosos. A las once apagué la televisión y me senté en silencio en la oscuridad,

oyendo a los borrachos del viernes por la noche de camino a sus casas: gritos ininteligibles, risas frías, autos que aceleran, puertas que se azotan. Estuve ahí sentado hasta las primeras horas de la mañana cuando el silencio era absoluto y traté de oír. Traté de oír los sonidos ocultos que cuentan la historia de esta casa. Debían estar por ahí en algún lugar, en las paredes, en los ladrillos, bajo el piso. Recuerdos. Pero no oí nada.

Dos de la mañana en punto. Fui a la cocina, lavé el plato y la taza, apagué la luz, cerré las puertas con llave y subí. Oriné de nuevo, me lavé de nuevo, me lavé los dientes de nuevo. Entré a la habitación, me desvestí, me metí en la cama y me quedé dormido.

Había pasado otro día.

## SÁBADO

La mañana llegó fría, aburrida y pesada. Abrí las cortinas de mi habitación y vi todos los colores del día: Gris, marrón. Marrón, gris. Negro. Verde muerto. El color había vuelto a los matorrales de las paredes. Ramas color verde muerto se vencían ante el peso de la escarcha.

Una puerta se azotó y la joven pareja de la casa de junto salió arrastrando a sus mocosos por la calle. El papá tiró a la alcantilla la colilla de un cigarrillo, se ajustó el rojo y ridículo sombrero de Santa en la cabeza y apuntó la llave de control remoto hacia su auto. Las luces laterales parpadearon y sonó la alarma: *wiwiri-wiwiri*. Luego enmudeció.

¿Por qué? ¿Por qué *todo* tiene que hacer ruido?

Uno de los niños se quejaba de algo jalando a su papá del cinturón. El papá no quería saber nada al respecto.

—Métete al auto y cállate —rugió.

Su esposa tosió, se metió un cigarrillo a la boca, entró al auto y azotó la puerta. El auto cobró vida con un rugido y se alejó a toda velocidad.

Feliz Navidad.

Abajo, el repentino *ring-ring* del teléfono me sorprendió. Maldije, limpié el té caliente de mi manga y respondí.

—¿Hola?

—¿Martyn?

—Alex, me asustaste.

—¿Qué?

—El timbre del teléfono... no importa. ¿Qué estás haciendo?

—Tengo que ir de compras.

—¿Cuándo?

—Ahora. Mi mamá va a ir a Sainsbury's y le tengo que ayudar.

—Claro.

Bajó un poco la voz y dijo:

—Creo que se va a poder más tarde, ya sabes...

—¿Lo del auto?

—Sí.

—Qué bueno.

—¿Necesitas algo?

¿Qué tipo de pregunta es *esa*? pensé. ¿Que si *necesito* algo? Necesito un millón de cosas. No necesito nada.

—¿Cómo qué?

—Lo que sea. Comida, pan, leche, no sé.

—No, gracias, estoy bien.

—Ok—oí en el fondo la voz de su mamá diciéndole que se apurara.

—Tengo que irme—dijo—. Te veré más tarde.  
El teléfono enmudeció.

Necesitaba salir de la casa, eso es lo que necesitaba. Necesitaba aire fresco: en los pulmones, aire que no estuviera impregnado con la peste de la muerte.

La cosa era, ¿a dónde ir?

Por aquí no hay ningún lugar adónde ir, ningún lugar que no esté repleto de ruido y fealdad.

¿Adónde? ¿A la ciudad, al parque, al río?

La ciudad estaría llena de compradores navideños, el parque es espantoso... el río es una porquería. Una sopa grasienta con pescadores hoscos con sus ropas de despojo de guerra, pescando distraídos, tomando cerveza, manteniéndote a raya con miradas amenazadoras.

¿Adónde? Tiene que haber algún lugar medio decente.

¿Qué tal a la playa?

¿A la playa?

¿Por qué no? No habrá nadie, estará vacía. Fría, grande, abierta y desierta...

Sí, a la playa.

Busqué por toda la casa dinero para el pasaje de autobús, una libra por aquí, 50 centavos por allá. Entonces recordé que había dinero en la habitación de papá, las monedas que le había puesto en los ojos, y también las agarré. La habitación olía realmente mal. Era un olor espeso a gas. Como azufre. Me cubrí la nariz y la boca con un pañuelo y hurgué en los bolsillos del pantalón de mi papá hasta hallar otro par de libras en monedas. Más que suficiente. Me lo embolsé todo y salí de ahí antes de vomitar.

La playa está a menos de veinte kilómetros de la casa, media hora en autobús. En realidad es una isla. Pequeña. Como de kilómetro y medio de largo y menos de un kilómetro de ancho. No sabrías que es una isla, pero lo es. Un camino largo y recto te lleva a través de una pasta lodosa. La pasta lodosa es el estuario, así que el camino es en realidad un puente, pero, como dije, no te darías cuenta. Sólo cuando hay marea alta y la pasta lodosa se mezcla con un mar gris que lame el camino y nada puede pasar hasta que la marea baja de nuevo: es así como sabes que es una isla.

Ese día, sin embargo, mientras el autobús avanzaba sobre el camino seco, lo único que se veía eran kilómetros y kilómetros de lodo pegajoso y hierbas verdes mecándose al viento suavemente. Abrí la ventana y oí el aroma del mar. Salado, fresco, limpio.

El autobús estaba casi vacío. Sólo yo y una chica extraña leyendo una revista de chicas en la parte trasera. Tenía más dientes de los que le cabían en la boca y se la pasaba tratando de cubrirlos con sus labios, como un pez tratando de respirar. *Glop-glop*. La miré un rato hasta que me aburrí y volví a mirar por la ventana. Ya estábamos en la isla. El autobús cascabeleaba por calles angostas bordeadas por altos arbustos y árboles

azotados por el viento, cuyas ramas ocasionalmente arañaban las ventanas mientras nos recargábamos contra el borde del camino. Detrás de los arbustos había campos muertos salpicados de aves: gaviotas, avefrías y grajos que picoteaban el suelo congelado. Pasábamos granjas como borrones en el vacío. Edificios derruidos, un revoltijo de ángulos formados por tablas desgastadas y techos de hierro oxidado. Muros de piedra, malla de alambre, hojas de hierro corrugado, un tractor desvencijado. También establos y tierra delineada en patrones extraños con coloridas barras para competencias de salto. Excremento de caballo a la venta en costales azules. Graneros de imitación donde vendían frutas, verduras y supuestos huevos frescos. Anuncios deslavados: Escójalos usted mismo. Se venden tarimas, anuncios mal escritos de conejos, Cachorros de boxer, Cacatúas. Bares: El Perro y el Faisán, La Rosa, El Vive y Deja Vivir. Pequeñas filas de cabañas miniaturas, caminos escondidos, letreros sin sentido, iglesias en mitad de la nada...

Se sentía raro estar fuera de casa. Era emocionante, pero también me daba un poco de miedo. No estaba acostumbrado. Mi mundo consistía en mi casa, la calle, la escuela y un ocasional viaje a la ciudad. Cualquiera otro lugar era una aventura. Patético, en realidad. La parte emocionante era que nadie sabía dónde estaba. Nadie. Ni un alma. Nadie además del conductor del autobús y la muchacha con cara de pescado, claro. Ellos sabían *dónde* estaba, pero no sabían *quién* era. No sé por qué eso me parecía emocionante, pero así era.

Al dar otra vuelta muy cerrada algo plateado brilló en la distancia. Arrugué los ojos para ver a través de la ventana sucia pero no podía distinguir entre el cielo y el mar. Todo parecía una enorme hoja de aluminio gris.

El autobús se acercó al corazón de la isla. Hondonadas lodosas, pantanos cubiertos por carrizos color marrón, más vacío. Aves de largas patas patrullaban los bancos de lodo, aves zarcadas metiendo sus largos y curvos picos en el fango en busca de algún gusano. Gusanos. Eso era todo en lo que tenían que pensar. Nada más. Nada de qué preocuparse más que los gusanos. Pájaros suertudos.

Ahora podía ver el mar. A lo lejos, un delgado brillo plateado donde terminaba el lodo. Un barco carguero negro se deslizaba por el horizonte, medio sumergido, en silencio. ¿De dónde era? me pregunté. ¿Qué llevaba? ¿Azúcar? ¿Granos? ¿Melaza? ¿Qué es la melaza? Me laza. Me la, asa. Un barco lleno de mela asa.

El autobús volvió a dar la vuelta y el mar desapareció.

Me recosté en el asiento y cerré los ojos. La primera vez que vine aquí fue... ¿Cuándo fue la primera vez que vine aquí? Hace años. Con un amigo, creo, alguien de la escuela. ¿Cómo se llamaba? No recuerdo. En realidad no era un amigo, era más bien alguien con quien pasaba el rato. Nunca me agradó. Tenía un ojo flojo, lo que sea que eso sea. Usaba gafas y una de las lentes tenía un parche. Siempre tenía congestionada la nariz. Se pasaba el día hablando de lo *incómodas* que eran las playas en Grecia o Mallorca o algún lugar así. Del *cadod* que hacía, de lo limpias que estaban, de lo *hermosas* que eran...

¿A quién le importa?

Después de eso, siempre venía solo. Y siempre en invierno, cuando no hacía calor y el lugar no estaba limpio, ni era hermoso.

Una cosa sí es segura: nunca vine aquí con mi papá. ¿Playa? —decía—. ¿Para qué quieres ir a la playa? “Mi papá nunca iba a ningún lado. Incluso antes de que mi mamá se fuera, no íbamos a ningún lado. Nunca tuvimos auto. Mi papá no sabía manejar. Nunca salimos de vacaciones, nunca fuimos a Grecia ni a Mallorca, nunca salíamos de fin de semana, nunca hacíamos nada...”

—¡Oye!

El autobús se había detenido y el conductor me llamaba desde el corredor.

—¿Te vas a bajar o qué?

Para llegar al mar hay que atravesar un pueblito adormilado, caminar un rato junto a la costa y luego dar vuelta a la izquierda en los escalones que llevan a la playa. No había nadie en los alrededores, sólo un par de ancianas arrastrando los pies ayudadas por sus bastones y un lancharo decrepito con un perro

medio muerto. Mientras avanzaba por la costera podía oír a lo lejos un tintineo solitario proveniente de los aparejos de los pequeños botes en reposo sobre el barro. Las gaviotas chillaban y gritaban, volando en círculos abandonadas a la brisa. El cielo estaba cerrado y oscuro.

Mientras bajaba hacia la playa los maderos del andador chillaban bajo mis pies. Sentí una extraña emoción, como si entrara en otro mundo. Lejos de la civilización. Lejos de los autos y las casas y las tiendas y los vagabundos y los villancicos y los renos de conglomerado... lejos de todo.

Me sentía feliz. No sé por qué. Quizá era la soledad del lugar. Frío, salvaje, inhóspito. Crudo, abierto. Hostil. Sin culpa.

El viento había dejado de soplar y nada se movía. El frío me mordió los huesos. Me abotoné el abrigo, me ajusté el gorro de lana hasta las orejas y caminé hacia la playa. El cielo parecía bajar hasta el suelo mientras yo caminaba por la orilla, lentamente, con la cabeza gacha, buscando el lugar distante en el que la playa se hacía más angosta y desaparecía en el mar. Entre más lejos iba, más silencioso era todo. El mar estaba en calma y el andador se había mezclado con la fina y seca arena que silenciosamente engullía mis pies.

No pensaba en nada complicado, sólo caminaba pateando joyas: Poliestireno, plástico, basura municipal. Trozos de madera. Cosas que habían flotado en el mar. Cajas de comida. Sandalias. Cabezas de pescado. Rastillos y caracolas. Incontables conchas de mar color piel, finas como papel. Una peste espesa saturaba el aire entorno a una marsopa muerta. Su carne gris pálido mostraba el lugar en el que la hélice de alguna embarcación le había rasgado la piel. La hizo pedazos. Me la imaginé aletear sin esperanzas en el mar, gritando sus ininteligibles gritos.

Morir.

Me detuve paralizado por una repentina tristeza.

Comenzó a nevar. Copos enormes, gordos y perezosos que revoloteaban en círculos, tomándose su tiempo para bajar lentamente a través de la fría espesura del aire. Cristales suaves y blancos tan grandes como monedas. Una ola de emoción me

recorrió cuando miré hacia el cielo y no vi más que la blanca oscuridad. Millones de copos de nieve cayendo del cielo como invasores de otro planeta, silenciosos y serenos, amenazadores. Era increíble. Un mundo aparte.

Mientras miraba al cielo me pregunté cómo me vería Dios, si estaba allá arriba. Me imaginé como un diminuto punto negro, una partícula ciega gateando entre la arena y la nieve. Un insecto. Sin rumbo. Solo. Indeterminado, incommensurable y amorfo.

Nada extraordinario.

Volví la mirada a la tierra y seguí caminando. Olvidalo, pensé. Piensa en algo más. Piensa en algo sólido. La arena, la nieve... ¿Qué son?, ¿de qué están hechas? Vamos, piensa. Arena. No lo sé: de rocas, piedras, conchas, marinas, huesos de pescado todo molido por el mar, pulverizado a lo largo de millones de años. Arena. Castillo de arena. Pájaros de arena. Reloj de arena. Lija de arena. Sándwich de arena. Sándwich de queso. Pan con queso. ¿Y la nieve? ¿Qué es la nieve? ¿Lluvia congelada? No, ése es el granizo. ¿O no? No lo sé. La nieve está hecha de cristales. Patrones simétricos. Cada copo es único. ¿Lo es? ¿Cómo se puede saber? ¿Hay algún registro de todos, los copos que han caído? Es posible que haya dos que sean iguales. Quién sabe. Nieve: Bola de nieve. Copo de nieve. Gorro de nieve. Nieve de limón. Zapatos de nieve. Nieve fría. Res-frío. Estornudo. ¡Sajud! Muñeco de nieve. Abominable Hombre de las Nieves. Nieve. Veloz, veloz, nieve...

Miré al horizonte. La nada se abría frente a mí. Blanco, gris, negro, blanco, gris, negro. Arena, mar, cielo. No avanzaba nada. Yo apenas me movía. Era como estar en una caminadora eléctrica, en la que caminas y no llegas a ningún lugar. El tiempo parecía haber desaparecido. No se había detenido, o había amornado el paso; simplemente había desaparecido.

Olvidalo, pensé. Sigue caminando. Sigue avanzando. Sigue pensando. Mar. El mar. Agua de mar. Salmuera. Samuel. Ullamame Samuel. Destino. Mar. Mar Adriático. Mar de China Meridional. Mar de Irlanda. Mar Rojo. Mar Muerto. Los más muertos. Mar Atlántico. No, es *Océano Atlántico*. ¿Hay dife-

renca entre un mar y un océano? No lo sé, ¿cuál es la diferencia entre un mar y un océano? No lo sé. Mar. Concha de mar. Marisol. Orilla del mar. Mal del mar. Gusano de mar. Alga de mar. Perro de mar. Perro del mal. Hidroavión. Explorador marino. Anémona de mar. Amar a la enemiga. ¿Qué más? El cielo. Demonios, no sé lo que es el cielo. El cielo es sólo el cielo. El límite es el cielo. Rincón cerca del cielo. Paracaidista. Rascacielos. Cohete al cielo. Alondra. Flautista en el cielo. Flautista del cielo. Flautista del mar. Flautista invisible.

Me detuve. Estaba al final de la playa. Un dedo de arena se adentraba en el fangoso mar y yo estaba de pie al final del dedo. No había adónde más ir. El mar incoloro se extendía infinito frente a mí, un vacío borroso de agua y nieve, oscuro y frío y sin forma. Me senté en un trozo de madera y miré hipnotizado el cielo nevado.

Si me quedo aquí suficiente tiempo moriré, pensé. Me voy a congelar. Y mañana por la mañana alguien que pasee a su perro me encontrará sentado sobre el trozo de madera, con las piernas cruzadas a la orilla del mar, como una estatua, completamente sólido. Blanco por dentro y por fuera. Un muñeco de nieve. Un muchacho de nieve.

¿Eso estaría tan mal? me pregunté. ¿Dolería?

Imaginé cómo me iría carcomiendo el frío, paralizándome los dedos, la nariz, los pies, las orejas, hasta que gradualmente llegaría a mis extremidades, la piel, los huesos y finalmente todo mi cuerpo estaría congelado en un estado de inexistencia, y no sentiría absolutamente nada.

¿Sería eso tan malo? No lo sé.

¿Ya es demasiado tarde?

¿Podría ponerme de pie aunque quisiera?

Mis piernas están muertas, no me pertenecen.

Mis pensamientos se aletargan.

¿Qué quieres hacer?

¿Qué quieres ser?

¿Qué quieres?

No lo sé.

Estoy cansado.

Me pesan los ojos.

La nieve cae.

Sin parar.

Oscura y ligera.

Blanca y negra.

Buena y mala.

Yo y papá.

Yo y Alex.

Ahí está. Puedo verla. Se desliza silenciosamente sobre el mar en un vestido blanco como una vela. Puedo verla. Puedo ver su cara pálida y su brillante pelo negro y sus ojos oscuros con manchas verdes. Puedo verla.

Es hermosa.

¿Qué quieres hacer?

Quiero estirar la mano y tocarla, pero no puedo moverme. Quiero llamarla, llamarla por su nombre, pero no tengo voz. Lo único que consigo es ver cómo se desliza sobre el mar hacia la arena, flotando suavemente hacia mí, sonrío, me sonrío, se acerca, más y más. Y se detiene. Sigue sonriendo, echa su cabeza hacia atrás y abre la boca para tragar la nieve que cae, de su pelo caen pétalos blancos. Me mira de nuevo y mi corazón grita. Una vibración aparece en sus labios y sus párpados tiemblan como alas mientras estira la mano y se acerca a mí.

Entonces cambia.

No es Alex. Nunca lo fue. Es mi papá. Da tumbos por la arena vestido de manera ridícula con botas enormes y un rasgado camión blanco como un fantasmal espantapájaros, pálido y borracho. Papá. Con una lata de espuma de afeitar en la mano extendida, alza montañas de nieve blanca y cremosa. Papá. El hacedor de nieve. Sin vida, pero vivo, ojos muertos hundidos en su cabeza herida, arrastrándose por la arena con una sonrisa alcoholizada, riendo con esa risa suya, acercándose, burlándose de mí, acercándose más y más.

Mis ojos se abrieron de pronto y me levanté de un salto. Con un violento temblor sacudí la nieve de mis brazos y piernas y me quedé parado sobre las piernas débiles y adormecidas.

“¡Miral! ¡Mira ahí! No hay nada ahí, sólo el frío y negro mar

en la nieve. No hay nada ahí, idiota. Muévete. Ahora. Anda. Vete de aquí antes de que te congeles.”

¿Qué?

¡Que te muevas!

Di la vuelta y corrí.

Me costó trabajo. El viento soplabá de nuevo lanzándome nieve a la cara y tanto frío me dolía. Tenía las piernas tiesas y la arena mojada se pegaba a mis pies. Era como correr sobre natilla, natilla blanca y arenosa. Pero seguí impulsándome con los brazos, respirando profundo, inhalando el aire helado en los pulmones y mientras el oxígeno fresco me llegaba a la cabeza, las imágenes de mi papá y Alex se desmoronaron y desaparecieron. Los ojos, el vestido blanco, esa sonrisa...

¿Era realmente Alex?

¿Fue un sueño?

¿Fue real?

“Olvidalo —dijo la voz—, sólo corre.”

Quizá nunca ocurrió. Quizá fue...

“No fue nada. Te estabas helando, eso es todo. Estabas frío, mojado y hambriento. No has comido mucho estos últimos días. Estás cansado. Te estabas quedando dormido. Eso es todo. Tienes frío y estás cansado. Tu mente te juega bromas. Olvídalo, sólo sigue corriendo.”

Y corrí.

Corrí y corrí a ciegas entre la nieve, con la cabeza agachada, las piernas adoloridas, el corazón latía con fuerza, corrí como nunca antes había corrido. Sin parar, entre la arena y la nieve y el viento y la arena y la nieve y el viento y la arena... perdí el sentido del tiempo. Era como si llevara corriendo una eternidad. Ya no recordaba por qué había comenzado a correr. *¿Escapaba de algo o corría hacia algo?* No parecía importante. Corría, eso era todo. Sólo corría. Entre la arena y la nieve y el viento y la arena y la nieve y el viento... hasta que sentí tierra firme bajo mis pies.

Los escalones.

Casi no me atreví a creerlo. Azoté los pies, primero con cuidado y luego con más fuerza, sonriendo como un loco ante el reconfortante sonido de las botas golpeando el concreto. ¡Ja!

Esto es real y sólido. Maravilloso. Duro y sin variaciones. Concreto. Cemento. Una verdadera superficie. Una superficie hecha para caminar. Me agarré del barandal y subí las escaleras hacia la calle.

Aquí todo estaba en calma y en silencio. El mar aguardaba en silencio en la distancia, el viento se había reducido a un murmullo y la voz en mi cabeza se había marchado.

Miré al cielo. La nieve había dejado de caer. Era puro cielo. Me volví para ver la playa pero no había nada que ver. Sólo una niebla grisácea. Nada. Sólo una playa.

Me dirigí al andador.

El pueblo estaba aún más desierto que cuando llegué. No había viejas, no había pescadores, no había perro. Podría haber sido un pueblo fantasma. Húmedo, oscuro y desierto. Busqué alguna tienda. Necesitaba comida y una bebida caliente. Una taza de té y un chocolate. Pero no había nada. Todo estaba cerrado.

Deseé nunca haber venido.

La nieve se derreñá en la calle, desliziándose hacia las coladeras como puré de papas nadando en salsa. Caminé entre la sucia papilla hasta la parada del autobús y me senté.

Los pies mojados. El trasero mojado.

El asiento de la parada del autobús, mojado.

Me acomodé a esperar.

No sabía qué hora era.

Era hora de ir a casa, esa hora era.

Ahora lo recuerdo. Casi todo. Creo. Recuerdo la nieve. Recuerdo el frío, pero en realidad no recuerdo el frío porque uno no puede recordar esas cosas, ¿verdad? El frío, el dolor, el miedo, no se pueden recordar sentimientos. Puedes recordar la idea de algo, puedes recordar que *tenías* frío, que te *dolía*, que *tenías* miedo, pero no puedes realmente *recordar* la sensación.

Pero sí ocurrió.

Estoy seguro de que ocurrió.

Créelo.

O no. Es asunto tuyo. En realidad no me importa. Yo sé lo que pasó.



—Tapabocas quirúrgicos —explicó—. Para que no nos llegue el olor.

Se puso uno. Era una de esas máscaras que se ponen los cirujanos cuando están operando.

—¿Ves?

Estaba impresionado.

—¿De dónde los sacaste?

—De las cosas de enfermería de mi mamá. Los encontré en su cajón. Toma.

Me pasó uno y me lo puse, atándolo atrás de la cabeza. Me miré en el espejo. El doctor Pig.

—Te queda bien —dijo Alex.

—Gracias.

—Te tapa la cara.

—Qué graciosa.

Fui al baño y regresé con dos pares de guantes de goma que tenía bajo el lavamanos. Regresé a la habitación y le di un par a Alex.

—¿Rosa o amarillo? —pregunté.  
Se veía confundida.

—Para las huellas digitales —expliqué.

—Ah.

Sonreí.

—La perdición de muchas mentes criminales.

—Claro.

—Entonces, ¿rosa o amarillo?

Tomó los amarillos y nos los pusimos.

—¿Dónde está el auto? —pregunté.

Miró su reloj.

—Mi mamá no ha llegado todavía. Falta una hora, más o menos.

—Está bien. De todas formas, todavía tenemos que bajarlo. Suspiró.

—Oye, Martyn, ¿estás seguro de esto? ¿No hay alguna otra forma de...

—No te preocupes —dije—. Lo tengo todo resuelto. Vamos, te mostraré.

Aun con los tapabocas puestos la habitación de mi papá tenía un olor en verdad rancio. El ambiente estaba pingoso: la ropa de cama, la alfombra, el aire, todo se sentía frío e intocable.

Me acerqué a la cama, me agaché y saqué un saco de dormir Verde, de nailon, apestoso. Lo desenrollé y lo acomodé en el suelo.

—Se cierra casi por completo —dije mostrándole el saco.  
Alex se arrodilló junto a mí.

—Queda un espacio arriba. Se le va a salir la cabeza.

Sonriendo, saqué una engrapadora de mi bolsillo.

—Clic, clic.

Alex seguía sin estar muy contenta.

—Y, ¿qué pasa si lo encuentran? La policía. Podrían rastrear el saco de dormir y sabrían que es tuyo.

Negué con la cabeza.

—Nunca ha sido usado. Papá se lo ganó en un juego de cartas hace años. Lo puso bajo la cama y se olvidó de él.

—¿Un juego de cartas? ¿Cómo se gana un saco de dormir en un juego de cartas?

—No me preguntes. Pero bueno, al menos está limpio. Sucio, pero limpio, ya sabes. Yo sé de estas cosas, Alex. Leo novelas de asesinatos.

—Si tú lo dices.

—Así es.

Nos estudiamos un momento. Con tapabocas y guantes. Alex se veía bien con aquella máscara, se veía misteriosa. Sus ojos tenían cierto brillo oscuro.

—Muy bien —dije—. Vamos a vestirlo. ¿Dónde pusiste su camisa y su saco?

—Yo los traigo —y fue rápidamente al ropero y lo abrió—, ¿camisa blanca?

Asentí. Me pasó la camisa.

—Y el saco.

Cogí el saco, una cosa negra y deprimente.

—Espera.

—¿Qué?

—Pensé que traía puesto el otro.

—¿Qué? ¿Cuál otro?

—El marrón.

—¿Cuál marrón?

La miré.

—Tiene dos sacos. Este y uno marrón izquierdo y viejo. Estoy seguro de que traía puesto el marrón. Revisa en el ropero a ver si está ahí.

Alex dudó.

—¿Qué más da? Quiero decir, no importa qué saco traía puesto, ¿o sí? ¿Quién va a saberlo?

—Bueno, supongo que no. Es sólo que... me gusta que los detalles estén cuidados. Me hace sentir...

—Éste es el saco que traía, Maryn. Lo recuerdo. ¿Está bien? Ahora, vamos a terminar con esto.

Cerró el ropero y me dio los zapatos y los calcetines de mi papá. Estaba a punto de decir algo más sobre el saco pero el gesto de su cara era de no-te-atrevas, así que no me atreví.

Después de vestirlo, abrí el saco de dormir y lo coloqué junto a la cama. Le di la vuelta y quité el edredón. Mi papá estaba ahí mudo, ciego, complaciente, exánime, muerto. Parecía haberse encogido. La piel le colgaba del cuerpo, como si fuera la piel de un hombre de cien años. Me imaginé el esqueleto bajo la cubierta de piel. Resquebrajados: huesos blancos, calco. Ensamblados en los lugares correctos, como por arte de magia.

Con una toalla húmeda le limpié el maquillaje de la cara. Su piel tenía el color del periódico húmedo.

Cogí el colchón por la orilla y lo levanté. Al principio pensé que no se iba a mover, pensé que mi papá se quedaría pegado al colchón. Pero comenzó a rodar. Levanté el colchón más alto y el cuerpo cayó al suelo con un golpe seco.

Auch, pense.

Lo coloqué sobre el saco de dormir, luego me agaché y tomé su mano en la mía. Su cuerpo ya no estaba tieso, pero su mano se sentía dura e immisericorde. Justo como cuando estaba vivo. Era una mano que nunca había visto de cerca. No la conocía. Para mí no era más que algo con lo que se me golpeaba. Miré

el contorno de la piel, los remolinos en las yemas de los dedos, las uñas duras y sucias, los pelos negros. La piel estaba sucia, polvorienta. Tenía en la base del dedo gordo una pequeña cicatriz blanca que sobresalía contra la piel gris. En el dedo medio de la mano derecha llevaba un opaco anillo de oro que se le enterraba en la carne. ¿De dónde había salido? ¿Había sido un regalo? ¿Quién se lo dio? ¿Mi mamá?

Escarbé en mi bolsillo y saqué el sobre que contenía el pelo y la colilla de cigarro que recogí del piso de la cocina. Con cuidado puse una hebra de pelo bajo una de las uñas de mi papá, enrollando bien las puntas alrededor del dedo para que no se cayeran. Con eso bastaría.

Le crucé los brazos sobre el pecho.

Volteé el sobre y tiré el resto del pelo y la colilla en el saco de dormir, luego lo cerré. *Zip, zip, zip*. Até el cordel de la parte superior y engrapé lo que quedaba abierto con una ordenada fila de grapas. *Chic, chic, chic, chic*.

Listo.

Nunca volvería a verlo.

Miré el capullo de nailón verde y me pregunté si debería estar sintiendo algo. Lo que fuera.

Pero no. No sentía nada.

El nailón sonaba mientras lo arrastrábamos contra la alfombra hacia afuera de la habitación, por el pasillo y hasta la escalera, donde nos detuvimos para recuperar el aliento.

—Pesa.—dijo Alex casi sin aire.

Asentí, respirando hondo.

El final de la escalera parecía muy lejano, muy, muy abajo.

—No tiene mucho caso que lo carguemos.—dije.

Se encogió de hombros.

—Supongo que no.

Bajé un par de escalones, di vuelta y cogí por una punta el saco de dormir para jalarlo. El saco resbaló lentamente hasta la orilla y se detuvo. Estaba atorado.

—Empujalo.—pedí.

Alex se agachó y lo empujó desde arriba mientras yo jalaba. El saco se dobló a la mitad mientras yo trataba de sentir el cuerpo.

—Otra vez —dije.

Alex empujó, yo jalé. El saco avanzó, se atoró un momento y luego dio tumbos hacia mí.

—¡Cuidado!

Me aparté del camino justo a tiempo para ver el cuerpo pasar junto a mí cayendo por la escalera: *clomp, clomp, clomp, clomp, clomp, clomp, clomp, clomp, clomp, capúm*. Cayó hecho un bulto al pie de la escalera.

Desde la ventana de la sala vi cómo caía sobre la calle una delgada cortina de aguanieve. La mamá de Alex había vuelto hacía diez minutos: la vi llegar. Alex la llamó para averiguar a qué hora saldría. A las seis en punto. Nos quedaba una hora.

Alex estaba acostada en el sillón chupando una naranja.

—¿Cómo lo vamos a meter al auto? —preguntó.

Era una buena pregunta. El tipo de pregunta que un buen escritor de novelas de misterio debería poder responder. Yo no tenía la menor idea.

—¿Martyn?

—¿Qué?

—¿Cómo lo vamos a meter al auto?

—No sé —admití.

¿Cómo lo harían en una novela? Me devané los sesos tratando de recordar si alguna vez había leído algo similar. Lo único que se me ocurría era una historia acerca de un hombre que mató a su esposa y escondió el cuerpo en el bosque, pero eso fue en un bosque por allá, por Estados Unidos, en una casa o algo así, en las montañas, en algún lugar desierto. Esto era un poco distinto. Una casa en medio de una calle abarrotada en un vecindario ruidoso.

—Al menos está oscuro —dijo Alex.

Miré por la ventana. El aguanieve brillaba bajo la luz de la acera de enfrente. Por aquí nunca está oscuro, pensé. Hay luz por donde quiera que mires. Luces en la calle, blancas y brillantes, luces de seguridad, luces de autos, hay tanta luz que apenas se pueden ver las estrellas por la noche.

—Tendremos que arriesgarnos —dije—. Acerca el auto lo

más que puedas a la puerta. Metemos rápido el cuerpo y ojialá que nadie nos vea.

—¿Ojalá que nadie nos vea? —repetió incrédula.

—A menos que tengas una mejor idea.

Se recargó y se quedó mirando el techo. Su pelo estaba amarrado en una cola de caballo y su cuello se veía pálido y delgado, como un suave tubo blanco. Se arregló el peinado y de pronto pensé en Dean. Una imagen de su cara hinchada flotó en mi mente. Rasgos blandos, boca suelta, ojos de lagartija, pelo de idiota. Dean... Se me había olvidado, sólo lo puse a un lado por un momento. Una cosa a la vez. Ésa es la manera de hacerlo. Una cosa a la vez. En cuanto este asunto terminara me ocuparía de Dean. Ah, sí.

¿Que pensaría Alex de él ahora? ¿Que le parecía lo que había hecho? ¿Se sentía enojada? ¿Humillada? ¿Avergonzada? Con Alex nunca se sabía. Le gustaba guardarse sus sentimientos.

—¿Y bien? —dije.

Se incorporó y se limpió los dedos en un pañuelo.

—No se me ocurre nada.

Sonrei.

—Tendremos que arriesgarnos, ¿verdad?

En realidad no importa, pensé mientras arrastraba a mi papá embolsado hacia la puerta principal y esperaba que Alex acercara el auto. Si alguien nos ve, nos ve y ya. Si no, no. Eso es todo. Es esa tonada misteriosa de nuevo, la del flautista invisible. El toca, nosotros balamos. Lo que ha de pasar, pasará.

Todavía tenía puestos los guantes de goma, pero no la máscara. Pensé que sería *demasiado* sospechoso. Sobre los guantes de goma tenía otro par de guantes de lana sin dedos. También me puse la vieja chamarras que tenía la gorra forrada de piel, un suéter gordo, gorro de lana, botas y calcetines gruesos. Ya había tenido suficiente agua y frío por hoy, muchas gracias.

Oí a Alex arrancar el auto afuera, en la calle. El auto chilló, rechinó, tosió y se murió. Alex volvió a intentarlo: *urrurú... urrurú... urrururawawaw... silencio. ¿Por qué su mamá no podía tener un auto normal? Uno japonés. Uno que funcionara co-*

rectamente. Me estremecí cuando el chirrido comenzó de nuevo; pero esta vez, tras unos segundos, el motor saltó a la vida. Bueno, no saltó, pero por lo menos encendió. Alex aceleraba, bombeando el pedal como una loca para que no se apagara, oí el raspón de la palanca de velocidades buscando la reversa, seguido del rechinado del freno de mano, más aceleración, más rapsones... ¿Por qué tenía que hacer tanto ruido?

Un par de minutos después oí que el auto llegaba frente a mi casa. El freno de mano puesto y el motor encendido. Abrí la puerta y ahí estaba: la carroza fúnebre de mi papá, una camioneta vieja y sucia, cubierta de óxido y tosiendo humo.

Me pareció extrañamente apropiada.

Alex estaba de pie junto a las puertas traseras abiertas. Con el gorro de piel y las botas cubiertas de nieve parecía un esquimal.

Alex la esquimal.

—¿Crees que haya suficiente espacio? —gritó por encima del rugido del motor.

—¡Shhh! —dije llevándome un dedo a los labios.

—¿Qué? —gritó.

La llamé con la mano.

—Que bajes la voz.

—Perdón —dijo en voz baja—. ¿Crees que haya suficiente espacio?

Miré el interior de la camioneta.

—Fácil.

En la esquina pudimos ver las luces de un auto repleto de música ruidosa y chicos rudos. Iba demasiado rápido sobre la nieve. Fui a cerrar la puerta pero era demasiado tarde, ya se habían ido. De cualquier forma no importaba, no había nada que ver. Un par de muchachos y una vieja camioneta... ¿Y qué?

—Vamos —dije—. Metámoslo y vámonos —una última mirada a la calle—. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

Me agaché para levantar la parte superior del saco de dormir. Alex tomó el otro extremo y salimos por la puerta lo más rá-

pido que pudimos. Ahora que el cuerpo estaba más relajado no era tan complicado maniobrar, pero colgaba más y eso lo hacía más pesado. El peso me lastimó la espalda y recordé dar pasos cortos. Es mejor dar pasos cortos cuando cargas algo pesado. El auto estaba estacionado mitad en la calle y mitad en la acera, inclinado en un ángulo extraño.

—Bajalo un segundo —susurré cuando llegamos a la parte trasera del auto.

Ajusté el agarre y me metí por debajo del saco para levantarlo con más facilidad.

—Primero meteré este lado y el resto será más sencillo.

Alex asintió aunque no estoy seguro de que me oyera. El motor estaba encendido, lanzando por el escape humo hacia nuestras caras. La nieve caía y los dos luchábamos contra el peso tratando de tomar aire. Oí una puerta que se cerraba con fuerza pero no me atreví a mirar. Sólo metámoslo, pensé, metámoslo y vámonos de aquí. Levanté con todas mis fuerzas y lancé mi extremo del saco en la parte trasera del auto. *Tomk.* Alex soltó su lado sin querer y el saco comenzó a resbalarse pero lo deruve justo a tiempo y juntos logramos meterlo de nuevo.

Cerré las puertas de un empujón.

—¿Todo bien? —pregunté casi sin aliento.

Alex afirmó con la cabeza, sin abrir la boca.

—Vámonos.

De camino a la puerta del pasajero tuve esa estúpida sensación de que si no levantaba la cabeza no podría ser visto. Me resistí y alcé los ojos del suelo para echar un vistazo a la calle. Nada. Vacía. Nieve. Luces. Cortinas cerradas. Nadie nos veía. Me metí al auto y cerré la puerta.

Alex buscaba bajo el asiento la palanca para moverlo, hacia adelante. No se movía.

—¡Mierda!

Tiró con más fuerza y el asiento se abalanzó al frente estrujando las piernas de Alex contra el volante.

—¡Mierda!

Lo empujó hacia atrás, lo colocó donde quería, tomó la pa-

lanca de velocidades con las dos manos y trató de moverla mal-  
diciendo sin cesar, su frío aliento saturando el aire.

—¡Muévete, muévete, porquería!

—Con calma —dije—. No hay prisa.

—¡Maldita porquería estúpida... ¡al! —forzó la velocidad y se aferró al volante.

—¡Alex! —dije.

—¡No veo nada!

El parabrisas estaba cubierto de nieve.

—¡Alex! —le apreté el brazo.

—¿Qué? —tenía la cara roja y los ojos llenos de pánico.

—Cálmate. No hay ninguna prisa. Prende los limpiadores.

Apretó un botón y se apagaron las luces.

—Mierda.

Alex las encendió de nuevo murmurando.

—Limpiadores, limpiadores, limpiadores...

Me atravesé, bajé una palanca y los limpiadores comenzaron a rascar el parabrisas lentamente, haciendo un agujero en la nieve.

Alex me miró con ojos fríos y asustados.

—Está bien —dije—. Sólo tómalo con calma.

El hielo de sus ojos se derritió y ella sonrió.

—Lo siento.

—No queremos que nos detengan —agregué—. No sería fácil explicar adónde vamos.

Se limpió la cara con la mano.

—Sí, lo siento. Ya estoy bien.

La nieve caía con fuerza, lo cual era bueno y malo a la vez. Bueno porque no habría mucha gente en la calle; y malo porque no me encantaba la idea de ir bajo una tormenta de nieve en un auto desvencijado, con un cadáver en la parte trasera, conducido por una menor de edad, sin licencia y sin seguro.

—Con cuidado —dije—. Ni muy rápido ni muy despacio ¿De acuerdo?

—Está bien.

Bajamos de la acera con un tirón, aceleramos calle arriba y

resbalamos un poco en la esquina, librando otro auto por unos cuantos centímetros.  
Estábamos en marcha.

Nos mantuvimos en calles secundarias cuanto pudimos. Alex iba seria y en silencio, concentrada en conducir, con la cabeza pegada al parabrisas, arrugando los ojos para ver mejor en la borrosa y blanca oscuridad. De vez en cuando se acercaba más al parabrisas y decía:

—¿Dónde está el camino? ¿Dónde está el maldito camino?

Y yo no lo sabía, todo se veía igual: calle, nieve, cielo, arbustos, árboles. Todo estaba *afuera*. No tenía idea. Alex parecía arreglárselas bien, moviendo el volante de un lado para otro, cambiando las velocidades, maldiciendo en silencio.

Yo sólo iba sentado mirando por el vidrio del parabrisas, con la mente en otro lado.

Faltaban cuatro días para Navidad. Traté de imaginar qué estaría haciendo el día de Navidad. ¿Estaría en la casa yo solo, viendo la televisión? ¿Vería esos espantosos programas especiales navideños y las mismas películas de siempre, comiendo demasiado, hasta enfermarme? No, pensé. Esta vez no. Para Navidad tendría que estar en otro lugar. En otro lugar. Otra ciudad, incluso en otro país. Algún lugar cálido, una playa con palmeras y cielos azules. Con Alex. Ella pasaría por la arena en bikini, sorbiendo una bebida fresca, y yo estaría acostado sin hacer nada, bronceándome, con un sombrero de paja y unas bermudas holgadas. Más tarde quizá iría solo a la playa a nadar, quizá a surfear un poco...

—¿Martyr?

Nos detuvimos en una intersección.

—¿Hacia dónde?

Miré por la ventana tratando de dilucidar dónde estábamos, pero lo único que veía era nieve y arbustos altos a los lados del camino. ¿A la izquierda o a la derecha? Me parecía que el camino de la izquierda nos llevaría de vuelta al pueblo. No sabía por qué, pero me lo parecía. El camino de la derecha *podría* ser el camino al bar en el que papá había dejado su

billettera aquella vez. La vieja cantera debía estar por algún lado cerca de aquí. Bajé la ventanilla para ver mejor. La nieve me golpeó la cara.

—¡Martyrni!

Cerré la ventanilla.

—¿Para dónde? —preguntó—. Pensé que conocías el camino.

—Sí lo conozco —respondí—. Si supiera dónde estamos, sabría hacia dónde ir.

—Perfecto.

El interior del auto se llenó de luz y los dos volteamos para ver las luces que se acercaban detrás.

—Mierda —dijo Alex.

—Vete a la derecha.

—¿Estás seguro?

El otro auto se acercó.

—Sólo gira a la derecha.

De un golpe cambió la velocidad y giró a la derecha. Miré por el espejo lateral y vi cómo el auto de atrás ponía el indicador, daba vuelta a la izquierda y se alejaba.

—Ya se fue —dije.

Seguimos conduciendo. Entre más lejos íbamos, menos seguro estaba yo de que fuéramos en la dirección correcta.

—¿Dónde demonios estamos? —gimió Alex—. Si seguimos así vamos a estar dando vueltas toda la noche.

—Creo que debemos dar vuelta a la izquierda.

—¿Qué?

—Creo que ya sé dónde estamos. Debimos dar vuelta a la izquierda en la intersección. Tendrás que regresar.

No dijo nada pero me di cuenta de que estaba furiosa. El camino se hacía más y más angosto, los arbustos a un lado y otro de la calle estaban cada vez más cerca. No había dónde dar vuelta.

—Lo siento —dije.

De pronto, Alex pisó el freno y dio un volantazo. El auto giró hacia una orilla.

—¿Qué...?

—Ahí hay una entrada.

No tengo idea de cómo la vio, pero tenía razón. Había una entrada lo bastante grande para detenernos y dar la vuelta. Alex encontró la reversa, echó con fuerza el auto hacia atrás, las llantas giraban sobre la nieve y, de pronto, ya estábamos de regreso por dónde habíamos venido.

La miré y vi que sonreía.

—Nada mal —dije.

Ella asintió.

—No nos vuelvas a perder.

En la intersección le dije que siguiera recto. El camino bajaba y luego volvía a subir por una empinada colina. Justo a la mitad el motor comenzó a temblar.

—Cambia de velocidad —sugerí.

—Ya lo hice.

Íbamos como a quince kilómetros por hora.

—Cuando lleguemos arriba, da vuelta a la izquierda —dije.

A lo lejos, podía ver las puntas de las grúas, como altos tallos picando el cielo. La cantera. Bajamos la colina, pasamos el bar, volvimos a subir, el motor chillando por el esfuerzo. Llegamos a otro camino angosto con más arbustos altos y letreros que prohibían la entrada. Me asomé por el parabrisas buscando el camino de grava. Estaba por ahí.

—Ve más despacio —dije.

Bajamos la velocidad.

—Ahí.

—¿Dónde?

—Ahí, a la izquierda.

Casi lo pasa de largo, frenó en el último momento y se detuvo junto a una oxidada reja de hierro.

—¿Es aquí?

—Apaga las luces. Yo abriré la reja.

Bajé del auto hacia la fría oscuridad. El suelo bajo mis pies estaba congelado. El viento helado me golpeaba la cara. Revisé que no viniera ningún auto, me subí el gorro, me acerqué a la reja y la abrí; le hice una señal a Alex para que entrara en reversa. Mientras ella maniobraba yo vigilaba el tránsito. No

había nada. Ni coches, ni luces, sólo el negro listón de asfalto atravesando el paisaje yermo. Un tiradero de basura, eso es lo que era. Acres de tierra gastada, rascada, excavada y exhausta. Nada más que un enorme agujero en las afueras del pueblo.

Regresé al auto y me metí.

—Ok —dije.

—¿Dónde?

Señalé desde la ventanilla trasera.

—Allá abajo.

—Está un poco oscuro, ¿no?

Me encogí de hombros.

—Ahí no hay nada, Martyr, está completamente oscuro.

—Sólo conduce —dije—. Es justo ahí abajo.

—¿Estás seguro?

—Confía en mí.

Dio marcha atrás despacio, muy despacio, por el camino, los dos completamente torcidos en nuestros asientos, asomados a la oscuridad por las ventanillas traseras. Alex tenía razón, estaba *extremadamente* oscuro. No había luna, no había estrellas, sólo oscuridad por doquier. Avanzamos muy despacio por el camino, el motor emitiendo ese peculiar y agudo ruido que hacen siempre los autos cuando van en reversa. Tenía algo de reconfortante.

—¿Cuánto falta?

—No mucho —dije, deseaba tener razón.

—Si caemos en un enorme agujero de agua helada...

—Sólo conduce con cuidado, Alex.

—¡Eso estoy haciendo!

Me pareció ver algo. Algo más negro que todo lo demás.

—¡Detente!

Alex pisó el freno con fuerza. El auto patinó peligrosamente por un par de largos segundos y se detuvo.

—¿Es ahí?

Traté de ver en la penumbra. ¿Había algo ahí? Cerré los ojos, los abrí de nuevo. Quizá.

—¿Ves algo? —pregunté.

—Creo que sí... Por ahí abajo.

Las sombras se aclararon a medida que mis ojos se acostum-

braron a la oscuridad. Un agujero en el suelo. Profundo. Negro. De paredes empinadas. Suficientemente grande como para tragarse un autobús e incómodamente cerca.

Nos miramos.

—Aquí es —dije.

—Rocas.

—¿Qué?

Busqué en la oscura noche.

—¿Dónde estás?

—Aquí.

No podía verla.

—Necesitamos rocas.

—¿Para qué?

Miré en dirección de su voz y vi una tenue silueta de pie junto a la orilla de la zanja de grava, miraba hacia abajo.

—Algo que pese —dije acercándome a ella—. Para que se vaya al fondo. Si no, va a flotar.

—No creo —respondió.

Seguí su mirada hacia la zanja. Había hielo sólido brillando en las negras profundidades. Alex lanzó un guijarro desde la orilla. Esperamos... y escuchamos un ruido hueco cuando la piedra golpeó el hielo, rebotó y resbaló sobre la superficie congelada.

—Rocas —dije otra vez.

Dimos vueltas buscando rocas en la noche helada. Todavía nevaba a lo bestia y hacía frío como nunca. El terreno era desigual, resbaloso, duro. Había raíces muertas y partes de maquinaria vieja regadas por todo el lugar. Y todo era oscuro como el infierno.

Pero yo me sentía muy bien. Mi mente estaba perfectamente clara, sabía exactamente lo que hacía. El frío, la oscuridad, el peligro: nada importaba. Estaba concentrado. Hacía lo que debía hacerse. Eso era todo. Lo estaba *haciendo*. Por primera vez en mi vida realmente estaba *haciendo* algo.

Después de cerca de diez minutos teníamos una considerable cantidad de rocas.

Me agaché para cargar una realmente grande, la levanté con

ambas manos y la lancé desde la orilla de la zanja. Está vez oímos un crujido: un sonido llano y quebradizo que hizo eco en las paredes del pozo, seguido de una buena salpicadura cuando la roca rompió el hielo.

—Me encanta ese sonido —dije.

Tiramos cerca de media docena de rocas más hasta que estuve seguro de que todo el hielo se había roto.

—Con eso es suficiente —dije—. Vamos a sacarlo.

Alex abrió las puertas traseras y yo me metí para sacar el saco de dormir arrastrándolo por uno de los bordes. El bulto cayó al piso con un ruido apagado. Me agaché y abrí uno de los extremos, sólo un poco.

—Rocas —dije.

Alex me alcanzó las rocas y yo las metí en el saco. Un auto pasó por el camino más arriba y ambos nos congelamos un instante. Aparecieron las gemelas luces amarillas iluminando la nieve que caía y luego se alejaron. Seguí llenando el saco de rocas.

—¿Que hora es? —pregunté.

Alex acercó su reloj a los ojos.

—Cuarto para las ocho.

Puse una piedra más en el saco y lo cerré.

—Échame una mano —dije—. Tendremos que arrastrarlo.

Los dos nos agachamos y tomamos el saco de dormir por los extremos.

—¿Lista?

Asintió.

—Uho, dos, tres... ¡Jalal!

Ahora, cargado de rocas, el saco pesaba mucho más, pero una vez que conseguimos tomar impulso no estuvo tan mal y después de cuatro o cinco buenos tirones alcanzamos la orilla.

Seguramente parecíamos sacados de alguna vieja película de horror, una escena de cementerio, en mitad del invierno, a medianoche, dos jorobados arrastrando sobre el suelo helado un cuerpo en un saco lleno de rocas...

Sonreí ante esa imagen.

Una rebanada de luna apareció tras un cúmulo de nubes de nieve. Silenciosa y pálida. Por unos momentos la cantera se

hizo ligeramente visible. Grandes montículos de tierra muerta, trincheras rellenas, planicies infértiles y planas, tambos de aceite vacíos, restos de maquinaria, grúas oxidadas, acantilados que se desmoronaban. Por aquí y por allá, la naturaleza reclamaba su terreno. La hierba se movía al viento y el suelo estaba parchado con pequeños y marchitos arbustos. La tierra baldía parecía renacer. Todo era gris, crepuscular, incoloro bajo la pálida luz de la nieve y de la luna. Entonces las nubes se cerraron y la luz desapareció y todo volvió a ser negro.

—¿Estas bien? —preguntó Alex en silencio.

Miré hacia las profundidades de la zanja: el agua esperaba, fría, profunda y oscura.

—Nunca me sentí mejor —respondí.

Entonces levanté el pie para impulsarme y lancé el saco de dormir desde la orilla.

Silencio.

El viento silbaba vagamente a través de la hierba.

Un fuerte *splash* sonó desde abajo.

Escuché con atención. Borboreo, burbujas, el sonido de algo que se hundía. En mi mente pude ver el saco de dormir mojado bajando lentamente a través del agua negra y helada. Papá, envuelto y muerto, sin sentido, dando tumbos en cámara lenta, hundiendo en el líquido negro y frío para finalmente descansar sobre rocas y carritos de supermercado rotos y una bicicleta oxidada al fondo de la zanja. Inmóvil y silencioso en su crisálida, nadie lo ve en el fango congelado.

Enterrado.

Legos.

No está dormido, sólo muerto.

De regreso en el auto, Alex dio vuelta a la llave de encendido. El motor se quejó, tosizó y se apagó. Lo intentó de nuevo. Nada.

—No pasa nada —dijo—, siempre hace lo mismo.

Quitó el pie del embrague y volvió a intentarlo. Esta vez el motor se mantuvo encendido mientras ella pisaba el acelerador y salía humo azul grisáceo del escape formando nubes que se

iban con el viento. Cambió la velocidad con fuerza, quitó el freno de mano y volvió a pisar el acelerador. Las llantas de atrás comenzaron a dar vueltas y sentí cómo el auto giraba hacia un lado al tiempo que se resbalaba hacia la zanja... Nos íbamos a reunir con mi papá en su tumba acuática. Alex siguió acelerando y de pronto salimos disparados hacia adelante y estábamos en marcha. Ningún problema.

Subimos la colina y pasamos la reja. Nos detuvimos. Salí del auto y cerré la reja detrás de nosotros, eché un último vistazo en la oscuridad y volví a subir al auto.

—Vámonos—dije.

Llegamos al camino y me hundí en el asiento mirando los limpiadores viajar hipnóticamente por el parabrisas. Caían copos de nieve y los limpiaban, caían y los limpiaban, caían y los limpiaban: *chic-clac, chic-clac, chic-clac*. Metronómico. El auto estaba ribto gracias al motor. Tibio y acogedor. Sedante. El motor ronroneaba y las llantas se deslizaban ligeramente sobre el camino cubierto de nieve. Afuera, el borrón creado por los arboustos y la nieve que caía nos sobrepasaba velozmente, de regreso al lugar de origen. Sentí un reconfortante halo de calor. Satisfecho, feliz, seguro.

Íbamos a casa.

Lo habíamos logrado.

Lo logré.

Probablemente suena mucho peor de lo que fue en realidad. Lo que hice. Pero te sorprendería lo que eres capaz de hacer cuando es necesario. Te sorprendería lo fáciles que son las cosas. Una vez que has aceptado que hay algo que tienes que hacer, sin importar lo que sea, casi siempre puedes hacerlo. Simplemente lo *haces*. Así es la cosa. Y además, ¿qué hice que fuera tan malo? Dime. ¿Qué hice? ¿A quién le hice daño? No le hice daño a nadie. No es como que haya roto los mandamientos o algo así. ¿Dónde dice "No enterarás a tu padre en una zanja de grava"? Míralo por partes, míralo, analiza mis actos. ¿Qué hice? ¿Maté a alguien? ¿Robé? ¿Cometí adulterio? ¿Deseé el culo de mi prójimo? ¿Honté a mi padre? Quizá no. Pero, ¿por qué

debía hacerlo? Él nunca me honró a mí. Todo se reduce a esto: nunca hice daño a nadie. Y de eso se trata todo, ¿no? Daño y dolor. Físico, mental, cualquier otro tipo de daño que exista. Eso sí que es malo. Puedes hacer casi cualquier cosa que te plazca y siempre y cuando no le hagas daño a nadie o a nada, probablemente está bien.

Un camino largo y recto se abría en la distancia. Las filas paralelas de borrosas luces blancas nos dirigían a las afueras de la ciudad. Ya casi estábamos ahí.

—¿Alex?

—¿Mmm?

—¿Cómo te sientes?

Me miró.

—¿Cómo me siento sobre qué?

—Sobre Dean.

Apreté los labios y volví su atención al camino.

—No quiero hablar de eso.

—Sólo quiero saber qué piensas de él.

—¿Qué?

—¿Cómo te sientes?

—¿Cómo crees que me siento?

—No lo sé, por eso te estoy preguntando.

Cambió con rabia de velocidad.

—Me siento de la mierda, así me siento. Es un hijo de puta,

¿está bien? Lo odio.

—Pero antes te caía bien.

—¿Sí?

—Si no, no hubieras salido con él.

—No lo entenderías.

—Puede que sí.

La miré de reojo. Su cara era una tapia.

—Eres demasiado joven—dijo molesta—. No lo entenderías.

No creo que lo haya dicho para lastimarme, sólo sonó así.

—¿Cómo puedo entender si no me lo explicas?—pregunté en voz baja.

Erunció el ceño ante el parabrasis:

—Mira—respondió—. Es sólo que... yo sé cómo es él, ¿Ok? Siempre lo supe. Es estúpido... aburrido... egoísta. Ya lo sé. Ni siquiera es guapo. Lo sé.

—Entonces ¿por qué salías con él?

—Porque...

—¿Porque qué?

—¡Por que sí, Martyn! ¿Está bien? Porque sí.

Me pareció que lo mejor sería dejar ahí la conversación. Si continuaba se pondría de mal humor o iba a empezar a llorar.

De todas formas, tenía una idea bastante clara de lo ella quería decir y en realidad yo no deseaba oírlo. Pero antes de callarme, tenía una cosa más que decir.

—Pero, no le vamos a dar el dinero, ¿verdad?

Volteó a verme lentamente y sonrió. Una sonrisa torva y decidida.

—Ah, no—dijo—. No le vamos a dar el dinero—y entonces ríe con una risa curiosamente fría, casi malvada. Si hubiera sido alguien más, creo que me habría asustado.

El resto del camino viajamos en silencio, cada uno perdido en su pequeño mundo. Estaba cansado, exhausto. Demasiado cansado para pensar. Había sido un día largo. Un día muy largo. Me dolían las piernas de tanto caminar por la playa, de tanto correr. ¿Aquello había ocurrido esa misma mañana? Parecía que había pasado mucho tiempo. Brevemente, el recuerdo de mi papá vestido de espantapájaros me cruzó la mente. El hacedor de nieve, dando tumbos por la playa. Dios mío. Me sacudí la imagen. Lo que pasó, pasó. Había terminado. Hecho. Listo. Olvídalo. Piensa en otra cosa.

Había demasiado en qué pensar. Lo único que quería era llegar a casa y acostarme en la cama. Mañana pensaría las cosas. El domingo es un buen día para pensar. Es tranquilo. Pasaría un día tranquilo, pensaría. Resolvería las cosas. En mi casa, solo. Nadie más que yo. Nadie. Ningún cuerpo. Sólo yo.

—Será mejor que me dejes aquí—dije cuando llegamos a la colina que lleva a nuestras casas—. Es mejor que no nos vean juntos en este auto.

—Ya es un poco tarde para eso—dijo Alex.

De todas formas se detuvo. Me bajé. El cielo nocturno había clareado. Había dejado de nevar. Brillaban miles de estrellas. Polvo cósmico.

Al bajar sentí las piernas débiles y me asomé por la puerta.

—Te veo mañana.

—Ok—dijo Alex.

Azoté la puerta, me paré a un lado del camino y vi cómo el auto se alejaba, mientras sonaba el claxon, indicé vuelta a la derecha y luego a la izquierda, luego se balanceó hacia el carril central y dio vuelta a la derecha en nuestra calle.

Metí las manos en los bolsillos y miré las estrellas. Todo está determinado, tanto el principio como el final, por fuerzas sobre las que no tenemos control alguno.

Bien, pensé, eso es todo.

## DOMINGO

*Talantalán, talantalán, talantalán...* Malditas campanas. Todos los domingos por la mañana es lo mismo: con los jodidos campaneros que tocan como lunáticos. No me importaría si supieran lo que hacen; pero no lo saben, ni siquiera se saben ninguna canción. Lo único que hacen es *talán-talán, talán, talán-talán, talán, talán*, hora tras hora, el mismo ruido: una y otra vez: *talantalantalán, tilín, tilín, talantalantalán*. ¿Acaso, no saben que es domingo? La gente trata de dormir.

El campanario está en la iglesia del otro lado de la calle principal, frente al aserradero. Es un lugar sucio y viejo, el techo está cubierto con láminas de plástico azul y casi no se ven las paredes por culpa de los andamios oxidados. Tiene al frente un cementerio abandonado y cubierto de plantas descuidadas; donde las lápidas se desmoronan y se recargan como borrachos en una jungla de hierba silvestre. Es una iglesia fantasma. Nadie la visita nunca, además de los campaneros. Una vez los vi; eran un grupo de hombres tristes con pinta de vegetarianos, con barbas y brazos largos. Brazos de campanero. Quizá por eso beben.

Eran casi las once en punto.

A pesar del frío, había dejado todas las ventanas abiertas durante la noche. Bajo el edredón me sentía tibio y cómodo, mientras la cara expuesta me hormigueaba por la brisa helada.

Me quedé acostado y aspiré el aire frío, metiéndolo hasta el fondo de mis pulmones. No oía a nada: ni a humo de cigarrillo, ni a cerveza rancia, ni a whisky, ni a ropa sudorosa, ni a Vaporub, ni a cuerpos muertos... Sólo oía a aire frío de diciembre. Hermoso.

Las campanas dejaron de repicar y el silencio mortal descendió sobre mí. Un silencio nevado. Se sabe cuando ha estado nevando porque la nieve absorbe todos los sonidos; lo deja todo como muerto. Éste era un silencio de nieve. Seguí acostado y lo escuché. Un sonido suave y blanco.

Después de un rato me arrastré fuera de la cama. Estaba helando. De dos saltos llegué desnudo a la ventana y revise el exterior. Tenía razón. La calle estaba cubierta de nieve. Crujiente y blanca y sólida. Sonreí. Todo estaba limpio y blanco: los autos, las paredes, la calle, el pavimento. La mugre y la suciedad se escondían bajo un puro y blanco manto de nieve.

Pero aquello no iba a durar. Los autos por la calle, la gente con sus palas y escobas, máquinas esparciendo arena y sal por todo el lugar... Por la tarde todo sería un revoltillo gris, mojado, y sucio. ¿Por qué no la dejan en paz? Es sólo nieve. No es una plaga de langostas ni nada por el estilo. Lo mismo pasa con las hojas de los árboles en otoño. ¿Por qué la gente no las deja en paz? ¿Por qué todo el mundo corre como loco a barrer hasta la más mínima hoja que cae al suelo? Bárrelas, quitálas, apílalas y quemálas. ¡Quema a las malditas! ¡Quémalas antes de que sea demasiado tarde!

Están locos.  
Cerré la ventana y me vestí.

Me preparé huevos duros y pan tostado para desayunar. Tres huevos y cuatro rebanadas de pan. Y té. Una tetera completa, no sólo una taza; usé verdaderas hojas de té. No pude recordar cuántas cucharadas: de té hay que usar. Alguien me dijo una vez: una para cada taza y una para la tetera. ¿Es correcto? Puse dos cucharadas pero no me pareció suficiente, así que añadí otra. Podía hacer lo que quisiera. Incluso puse la mesa. Mantel, mantel individual, cucharita, sal y pimienta.

¿Qué más? El radio. Prendí el radio y bajé un poco el volumen. En el fondo se oía el murmullo de *Desert Island Discs*. Mientras esperaba que hivieran los huevos me pregunté qué llevaría si quedara abandonado en una isla desierta. Para empezar, no me tomaría la molestia de llevar discos. Si sólo llevas ocho te vas a hartar muy pronto de ellos. Empezarían a poner te los pelos de punta. Así que ningún disco. Eso me dejaba sólo un libro y algún objeto de lujo. ¿Qué libro llevaría? ¿El de Sherlock Holmes? ¿Alguno de Raymond Chandler? ¿Agatha Christie? Me gustan muchos libros, pero, ¿qué caso tendría? Un solo libro no sirve de mucho. Una vez que lo has leído media docena de veces: lo puedes tirar. No, tampoco llevaría un libro. Sólo me quedaba el objeto de lujo. ¿Objeto de lujo? Algo sin ningún valor práctico. ¿Qué? ¿Qué me gusta? ¿Qué me gusta de verdad? Pienso. Anda, Martyn, tiene que haber algo. Mire el agua hirviendo y vi los huevos burbujear por el calor. El vapor me llegaba a los ojos. Agua hirviendo, huevos rebotando, golpeando contra los lados de la cacerola. ¿Objeto de lujo? No se me ocurría nada. Nada. No había nada que quisiera tener conmigo en mi isla desierta; nada en absoluto.

El reloj de cocción hizo *ding* y yo apagué la estufa.

Después de desayunar fui a la sala. Ahora que me encontraba solo, todo estaba en silencio. Un silencio maravilloso. Pero extraño. Como si fuera la sala de alguien más. Había algo raro, pero no sabía qué. Era la misma sala: oscura, maltratada, pasada de moda, pero tenía algo diferente. Algo... la luz, quizá, atravesando la ventana, brillante y clara. Brillante, mas no lo suficiente como para arruinar la oscuridad. No, no era la luz. ¿Era acaso la habitación misma? Me senté en el sillón y mire alrededor, estudiando las cosas, absorbiéndolo todo. Miré las paredes desnudas. El delgado papel tapiz verde y sin vida, opacado por años de débil luz solar, casi transparente. Miré el sillón de mi papá, mi sillón. Con su alto respaldado, roído, de color marrón-grisáceo, el color que se obtiene cuando mezclas todas las acuarelas de tu cajita. El sillón estaba ahí, mirándome como un perro golpeado cuyo dueño ha muerto. Desamparado. Miré

hacia otro lado. Frente al sillón estaba la enorme y vieja televisión parada estúpidamente sobre sus cuatro patas, como algo salido de 1950, una televisión de broma. Un monstruo de un ojo cuadrado con botones enormes y gordos de un lado. No teníamos control remoto. Una vez le pregunté a mi papá si podíamos comprar uno. Me respondió que no fuera un maldito blandengue: los controles remotos son para nenas.

Miré el suelo y la alfombra, y ésta me pareció un reflejo de las paredes: verde pálido, gastada y lastimosa. Sobre mí, el techo amarillento, manchado por la nicotina, como un cielo venenoso.

Es impresionante cómo puedes vivir durante años en un lugar sin *conocerlo* de verdad.

Contra la pared mas lejana había una vitrina alta y rígida, como un oscuro centinela. Mi papá estaba muy orgulloso de ella. "Es de roble, ¿sabes?" decía. Pero no era cierto. Las puertas de vidrio estaban siempre cerradas, como si hubiera algo valioso dentro. Tampoco era cierto. Sólo había chácharas, figuras de porcelana barata, bases para platos de adorno, un tarro de cervecero de peltre con el nombre de alguien más grabado al frente, un trofeo de algún torneo de dardos, una colección de monedas a la mitad. Una aletargada colección de basura.

Sobre la mesa opaca y maltratada cerca de la puerta estaba el teléfono. Pedazos de papel rasgado con números de teléfono, tarjetas de servicios de taxis, dos plumas mordisqueadas dentro de un bote. Y el teléfono mudo y negro, esperando. *Anda, anda, dé que sea demasiado tarde.*

Era demasiado tarde.

Y la chimenea. Llamas artificiales, carbón artificial y un guardafuego de bronce opaco. Flamas falsas, de un anaranjado irreal, frío. Fuego frío. Cuando no estaba encendida aparentaba ser el lugar más frío del mundo. De un lado, un florero astillado tenía un atizador doblado. Mosaico de color rojo ladrillo en el piso. Piedra gris alrededor. Cubos uniformes pegados en un feo rompecabezas. La chimenea. Recordé el sonido, hueso contra piedra, ese crujido hueco. Lámpida sangrienta. Fría y dura y limpia y mortal.

Y sobre la chimenea había un reloj que avanzaba despacio. Las doce.

Esta habitación.

Algo. No sé lo que era. Algo ahí no era real.

Alcancé el teléfono y marqué el número de Alex. Respondió una voz profunda y rasposa.

—¿Hola?

—¿Señora Freeman?

—Hola, Martyn. ¿Cómo estás?

—Bien, gracias. ¿Está Alex?

—Salió hace como una hora.

—Ah.

Silencio en la línea.

—¿Sabe adónde fue?

—No, lo siento.

—Ah.

—¿Le digo que llamaste?

—Ok.

—Le diré en cuanto regrese.

—Ok.

—Hasta luego.

Colgué.

De cualquier manera tenía cosas en qué pensar. Tenía que bajar en mi plan. Como todos los planes, aquél no era perfecto, pero estaba bastante cerca. El truco con los planes es que tienes que tomar en cuenta circunstancias imprevistas. No importa lo bien que se planeen las cosas, siempre existe la posibilidad de que pase algo en lo que no habías pensado. Algo inesperado. Así que lo que hay que hacer es calcular todas las posibilidades: ¿qué si pasa *esto*?, ¿qué si pasa *aquello*?, ¿qué si pasa *esto* y luego *esto otro* y luego *aquello*? Desde luego, es imposible pensar en todo: hay un billón de cosas que *podrían* pasar, pero tienes que asegurarte de estar preparado por si las cosas de pronto cambian de dirección. Planes de contingencia, eso es lo que hay que tener. No sirve de nada depender sólo del plan A,

sin importar lo bueno que parezca. Necesitas tener más ases bajo la manga. Necesitas un plan B, un plan C, D, E, F, G... Necesitas un alfabeto completo de planes. Tienes que estar listo.

Dos horas más tarde, con todo ya pensado, volví a llamar a Alex. El teléfono sonó sin que lo respondieran. El sonido de una casa vacía.

Bien...

Odio eso. Odio no saber si hay alguien en la casa. Me molesta.

Las cinco en punto. Ya había oscurecido. Había una oscuridad de domingo-por-la-tarde-en-diciembre. Oscuridad de invierno. Oscurece rápido. Lo vi por la ventana de mi habitación. El oca-so. El disco rojo sangre del sol delineado contra el horizonte plano, y el cielo que emitía una luz de brillo apagado. Y gris perla. El sol se hundía y lanzaba hebras de color mientras moría, tratando de alcanzar la oscuridad, como un hombre que se ahoga levanta los brazos tratando de alcanzar algo que no está ahí. Y entonces se oculta, vasto y perfecto, consumiéndose en el crepúsculo de otro tiempo, de otro mundo. Y cuando se ha ido, la negra y paciente agua de la noche aparece y la luna se encarama.

Lo vi. Lo vi todo. Vi los colores. Vi las estrellas. Vi el movimiento de los cielos. Me hizo darme cuenta de lo pequeño que soy.

Volvi a llamar a Alex a las seis. Esta vez deje sonar el teléfono más tiempo. Ninguna respuesta aún. Lo dejé sonar más, imaginando el solitario eco del teléfono al otro lado de la línea. *Piip-piip, piip-piip, piip-piip...* ¿Lo oiría alguien?

Dejé el teléfono, mientras sonaba, sobre la mesa. Fui al comedor, me puse el sombrero y el abrigo, y salí. La nieve flotaba como polvo en el viento desde los techos de las casas. Con la cabeza baja, crucé la calle y me dirigí a la casa de Alex pateando descuidadamente pequeños montículos de nieve. Me derive afuera. No estaba el auto y no había luces encendidas. Las cor-

timas estaban cerradas. Escuché, oí el lejano timbre del teléfono. Ese soy yo, sonreí. Estruve ahí parado un momento, sólo mirando, revisándolo todo. No había nadie. Di la vuelta y regresé a mi casa.

Encendí el televisor, cambié varias veces de canal y lo apagué. El ruido me molestaba, todo el mundo gritando, música estúpida, anuncios. "*Hoy tengo ganas de pollo...*"

Apagué la luz y me quedé sentado.

En la oscuridad podía oír ruidos inexplicables: el crujir de la madera en el piso de arriba, un ligero zumbido, algo que se movía en algún lugar, el sonido de las sombras. No les puse atención. Esa clase de cosas no me molestan. Los fantasmas y esas cosas, las cosas de miedo, no tienen sentido. No pasa nada. Sólo en las películas y en los libros. No en la vida real.

Mi papá estaba muerto, eso era todo. Muerto. Lo que yacía en un saco de dormir en el fondo de un pozo profundo no era más que un bulto de huesos y carne. No tenía que ver con nada más. Una envoltura vacía. Lo que hubiera sido mi papá, su ser, su alma, llámalo como quieras, se había desvanecido como humo en el segundo mismo en que su cabeza golpeó la chimenea. Se fue volando. ¿Adónde? ¿Quién sabe? ¿A quién le importa? A mí no. Dondequiera que se hubiera ido, ya no estaba aquí.

La casa estaba vacía.

Las nueve en punto.

Miré que el segundero giraba lento alrededor de la carátula del reloj. Miré con atención el minutero en un intento, infructuoso, de verlo moverse.

Las nueve y cinco.

A las nueve y media un auto pasó por la calle. Corrí a mi habitación y me asomé entre las cortinas con la esperanza de ver a Alex y a su mamá. Pero no eran ellas. Era un Escort de color oscuro. En los asientos delanteros iban dos hombres, con las caras ligeramente iluminadas por la luz interior. Ambos tenían

veintitantos años, uno tenía el pelo rojo e hirsuto y la cara marcada por la viruela; el otro era más moreno y anguloso. No los reconocí. Hablaban. El rojo abrió una cartera o una bolsa y le dio algo al moreno. ¿Dinero? Rojo rio mostrando una boca llena de fuertes dientes blancos. El otro acercó su mano a la boca para cubrirla del aire y poder encender un cigarrillo. Salieron del auto, azotaron las puertas y caminaron encorvados por la calle cubierta de nieve, asintiendo con la cabeza mientras hablaban. Van a la casa de Don, pensé. Don vende drogas. Vive en una casa destaralada cerca de la calle principal. Las cortinas siempre están cerradas y un enorme perro blanco ladra como loco cada vez que alguien pasa frente a la puerta. Don me agrada. A veces lo veo pasar a su perro cerca del río. Siempre me saluda y me sonríe con sus ojitos de insecto mirando para todos lados. Me agrada. Sus dientes con frecuencia se estacionan afuera de nuestra casa. Es un lugar menos conspicuo que la calle principal, supongo.

Me quedé un rato mirando el auto para ver si volvían, pero no lo hicieron. La calle seguía vacía y silenciosa.

Dejé caer la cortina y me acosté en la cama.

Cuando era pequeño solía pensar en mi muerte. Me acostaba por la noche en la cama con la cabeza debajo de las cobijas tratando de imaginar la total ausencia de todo. Sin vida, sin oscuridad ni luz, sin nada que ver, nada que sentir, nada por saber, sin tiempo, sin lugar ni hora, sin nada, para siempre. Era tan inimaginable que resultaba aterrador. Pasaba horas ahí acostado viendo la oscuridad, el vacío, pero lo único que veía era negro negro negro a lo largo de un millón de kilómetros y sabía que no era suficiente. Sabía que cuando muriera no habría negro ni millones de kilómetros. No habría nada; habría menos que nada y ese pensamiento me llenaba los ojos de lágrimas.

Las lágrimas se han secado con el tiempo pero de vez en cuando vuelven, y cuando eso pasa me doy cuenta de que casi nada ha cambiado: sigo siendo ese niño pequeño acostado en su cama viendo al vacío.

He dormido en esta habitación durante catorce años. He dormido, leído, soñado y llorado. Solía estar llena de cosas: juguetes, juegos, cajas con cómics, ropa, dibujos, carteles; pero casi todo lo tiré hace cerca de un año. Todas mis cosas viejas. Me harté de todo. Un sábado por la tarde conseguí un par de costales de ésos que se usan en el jardín, los que son más resistentes, y metí todo lo que ya no quería. Arrastré los costales hasta el ayuntamiento, y los tiré a la basura.

La habitación ahora está casi desnuda y vacía, que es justo como me gusta. La cama, el ropero, un espejo. Los libros acomodados en la repisa. Una mesa y una silla. Eso es todo. Las paredes blancas, sin dibujos ni fotos ni carteles ni adornos. Limpio y limpio. Funcional.

Cerré los ojos. Me llevé las manos en la cara, apreté mis párpados con los dedos y vi dibujos emerger en la ciega y pura oscuridad. Deslumbrantes tableros rojos, fosforescente y azul eléctrico. Brillantes líneas de luz blanca, destellos, chispas, estrellas fluorescentes. Extrañas geometrías de color: pirámides moradas, cuadrados color rojo tierra y planicies violetas. Incluso había cosas de colores que no había visto nunca antes. Colores sin nombre. Era demasiado. Me quité las manos de los ojos y miré al techo. Después de uno o dos minutos los colores y los patrones desaparecieron y mi vista volvió a la normalidad.

Me dolían los ojos.

Pensé en el día siguiente. Dean llegaría a medio día para recoger el dinero. Me preguntaba en qué estaría pensando él. ¿Se sentía confiado? ¿Sentiría emoción o preocupación? ¿Pensaba que lo tenía todo resuelto? ¿Pensaba que sería sencillo? ¿Como quitarle un caramelo a un bebé?

Dean, Dean, Dean... ¿qué no sabes que los bebés muerden?

Sonó el teléfono.

Salté de la cama, corrí escaleras abajo y contesté.

—¿Hola?

—¿Martyn?

—¡Alex!

—¿Estás bien? Suenas como si te faltara el aire.

—Estaba arriba —dije tratando de calmarme—. ¿Dónde has estado?

—Salí con mi mamá. Perdón, pensé en decírtelo ayer. Se me olvidó.

Alex no estaba con su mamá por la mañana.

—¿Adónde fuiste? —pregunté.

—A casa de Mary. Ya sabes, su amiga del hospital, la que tiene caballos.

¿Caballos?

—Ah, sí.

—Como sea...

—¿Vas a venir? —no respondí, oí voces apagadas en el fondo—. ¿Alex?

—Perdón, Martyn. Me hablaba mi mamá. ¿Qué dijiste?

—Que sí vas a venir —repetí.

Dudó un momento y habló en un susurro.

—Mejor no. Mi mamá sospecha algo del auto. Será mejor que me quede aquí.

—¿Qué? ¿Qué sospecha del auto?

—Nada en realidad. No puse el asiento en su lugar, tenía menos gasolina, cosas así.

—¿Qué dijo?

—No *dijo* nada. Sólo lo mencionó y me echó una mirada rara. No te preocupes.

—Sí, pero...

—No te *preocupes* —repetí—. No es nada. Sólo me parece que es buena idea que me quede en casa hoy. Ya sabes, sólo para estar seguros.

—Supongo...

—Además ya es tarde.

—¿Sí?

—Son más de las once.

—Ah.

—Iré mañana a primera hora.

—Ok.

—¿Está bien?

—Sí, Ok.

—Te veo entonces.

—¿A primera hora?

—A primera hora.

—Ok.

—Será mejor que me vaya, Martyn. Te veré mañana.

—Hasta luego.

Clic.

Esperas algo todo el día y cuando finalmente ocurre desearías no haberte molestado.

Abandoné las esperanzas del domingo y me fui a acostar.

Estaba demasiado cansado para dormir. Lo único que podía hacer era quedarme acostado en la oscuridad, y no pasó mucho tiempo antes de que el vacío me cosquilleara en los ojos. Supongo que me pude haber quedado absorbiéndolo todo o dejándolo salir, pero no podía enfrentarlo. Así que me levanté y encendí la luz. Tomé del librero *El sueño eterno* y me senté a leer hasta que sentí los ojos tan pesados que ya no entendía las palabras. Por un momento, soñé despierto: detectives con trajes azul cielo, generales en sillas de ruedas, orquídeas tropicales, hombres con túnicas chinas, mujeres desnudas con grandes pendientes de jade, hasta que mi mente se apagó y me quedé dormido con la cabeza recargada sobre el libro abierto.

## LUNES

A veces trato de imaginar qué pasa cuando duermo. No puedes saberlo, ¿verdad? Nunca te ves dormir. No sabes lo que pasa. Te pierdes. Cada noche te pierdes en un mundo desconocido.

Imagino la estructura de mi cuerpo en reposo. En funcionamiento. Las entrañas en reposo. Soy automático. Lo que funciona con electricidad sigue funcionando, cruje en la oscuridad de mi cabeza. Me muevo, deslizándome ciegamente entre las sábanas entredadas, me retuerzo. Hablo conmigo mismo de cosas que no entiendo y veo películas sonoras, imágenes rotas, una confusión de la mierda que es la vida. Sueños. El yo dormido. Un organismo que se limpia solo, tirando toda la basura inútil de la mente. Se lava.

Mientras duermo, la habitación está en silencio. Las tuberías dentro de las paredes murmuran sin ser oídas, el reloj apenas hace ruido. El grifo del baño gotea suave y lentamente, decorando el plástico verde de la bañera.

Mi cuerpo emite un pequeño pedo.

Y afuera, el cielo nocturno es amplio y magnífico. Bajo su domo puro y negro la calle se reduce a nada. Autos de juguete, pequeños cubos de ladrillo, líneas grises. Masas invisibles de piel y huesos. Cosas diminutas bajo la luna. Una polilla blanca revoloteando en el aire de la noche. Algo pequeño reptando entre las hojas secas de un arbusto. Un árbol enano, jorobado e inmóvil bajo el reflejo de la luz callejera.

Y yo estoy ahí, dormido.  
Algo debe ser capaz de verlo todo.

Desperté temprano y permanecí acostado un rato mientras oía los sonidos de la mañana. El traqueteo del camión de la leche bajando por la calle, botellas tintineantes, el lechero silbando. Pequeñas aves maldiciendo la nieve. Alguien, en algún lugar, llamando a un perro.

—¡Murphy! ¡Murphy! ¡Murphy! ¡MURPHY!

El perro se llamaba Murphy. Y un poco más tarde, los sonidos del cartero: pasos, buzones, aleteo de papeles, más silbidos.

¿Por qué siempre silban?

Lo intenté mientras salía de la cama y me vestía. Silbé una tonada sin sentido, me puse los jeans, la camiseta, una camisa, un suéter y dos pares de calcetines. Estaba helando. Todo era hermoso y helado.

Seguí silbando. Le encontré el gusto. Silbar te hace sentir mejor. Te distrae pero al mismo tiempo te ayuda a mantener la concentración. Es como mascar chicle.

Silbé camino al baño y silbé mientras silbaba. Silbé escaleras abajo, silbé mientras recogía la correspondencia, y silbé mientras la tiraba a la basura. Encendí el radio, sintonicé Radio 2 y silbé al ritmo de la música mientras hervía unos huevos.

Parecía haber desartrollado un gran apetito por los huevos duros.

A través de la ventana de la cocina el cielo gris amenazaba con nevar de nuevo. Sumergí el pan tostado en el huevo y me lo llevé a la boca. Las aves se amontonaban en el muro, espondasadas contra el frío, sus pequeños cuerpos negros delineados rígidamente contra los picos blancos e inmóviles de nieve compacta. Una paloma con media cola aterrizó torpemente en el muro y los pájaros más pequeños revolotearon: un momento y se posaron de nuevo. La paloma caminó como perdida por el muro. Me pregunté qué le habría pasado a su cola. ¿Un gato? ¿Un perro? ¿Un ríflle de aire comprimido?

Una vez maté un pájaro. Cuando era pequeño. Lo maté de un disparo. Tenía una pequeña pistola de aire comprimido. No

recuerdo de dónde la saqué. Quizá la intercambié por otra cosa. En fin, no era muy buena. No era muy poderosa. Llevaba señas tratando de darle a algún ave sin conseguirlo. Corriones, estorninos, mirlos parados en las verjas o en los techos de las casas, mirando indiferentes mientras yo apuntaba desde la ventana de mi habitación, disparaba y fallaba. Estaban demasiado lejos. Los perdigones iban en la dirección correcta, pero a medio camino perdían fuerza y aterrizaban de nariz en la tierra. Tenía que acercarme más. O hacer que las aves se acercaran a mí. Así que construí una absurda base para ellas. En realidad era sólo una tabla clavada en un palo. La hundi en la tierra justo bajo mi ventana, apilé encima un poco de pan y volví a subir a mi habitación con la pistola cargada en la mano. Después de uno o dos minutos aterrizó un gorrion. La estructura endeble se tambaleó un poco y luego se estabilizó. Apunté. El gorrion estaba cerca. Podía ver su pequeño y duro pico y sus ojos negros. Tiré del gatillo, la pistola escupió y el gorrion se desplomó. Así nada más. Lo miré incrédulo. Lo había matado. Terminé con su vida. Lo maté de un tiro. Sólo tiré del gatillo y lo maté. Todavía puedo verlo: un pequeño y débil bulto de plumas, con el cuello roto, una perla de sangre sobre el pico. Flácido, y sin corazón.

Me quedé helado. Avergonzado. Asustado. Me sentí sucio y malvado.

Pero al mismo tiempo sentí algo más. Algo no tan desagradable. No lo sé. Una sensación de poder, quizá. De control. Fuerza. Algo así. Lo que fuera, era demasiado confuso. Yo era demasiado joven para comprenderlo. No quería comprenderlo. Así que corrí abajo, salí al jardín, cuidé que nadie me viera, levanté el gorrion muerto por la punta de un ala y lo tiré al basurero. Listo. Fuera de la vista. No había pasado nada. Olvidadlo. No lo olvide.

La paloma de media cola ya no estaba, el muro estaba desierto. El gato del vecino paseaba por la orilla, caminando entre la nieve con una sonrisa de satisfacción en la cara. No me gustan los gatos. Ése en particular. Maldito gordo. Di un golpe en la ventana y se marchó corriendo.

Alex parecía un poco distraída cuando llegó. Estudié su cara mientras se quitaba el sombrero de piel y colgaba su abrigo. La manera en que movía los labios, la forma de su boca, sus ojos: distraída o no, habría podido verla por siempre. Se peinó una ceja con el dedo, sonrió a medias y se acomodó el listón del pelo. Hoy el listón era negro, tan negro como su pelo. Su camisa de mezclilla deslavada también era negra, suelta sobre unos jeans apretados. Enmarcado en negro, el pálido óvalo de su cara brillaba con perfecta simplicidad. Como una muñeca de porcelana.

—¿Qué? —preguntó.

La miraba fijamente.

—Nada. Perdón.

Miró al piso, pasándose la lengua por los labios como si quisiera decir algo pero no recordara lo que era. Esperé. Entonces, para mi asombro, me miró con una brillante sonrisa, se me acercó y me dio un beso en la mejilla.

—Perdón, Martyn.

—¿Por qué? —dije.

—Por lo de ayer. Por no venir a verte —dudó—. Sólo necesitaba alejarme de todo un rato.

—¿Alejarte de qué?

—De todo. De tu papá. De Dean. De ti. Quiero decir, de toda esta situación... es todo muy loco. Nos deshicimos de un *cuero*, por el amor de Dios. Y ahora, hoy...

—Pero ya hablamos de eso.

—Ya sé que hablamos de eso. No digo que haya cambiado de opinión, no me arrepiento ni nada. Sólo necesitaba alejarme un poco. Eso es todo —tocó mi brazo—. Sólo te estoy diciendo por qué no vine ayer, por qué no te llamé.

Asentí. No sabía qué decir.

Después de un momento retiró la mano.

—¿Está bien? —preguntó.

—Sí.

—Qué bueno.

—Bien. ¿Qué hora es?

Miró su reloj,

—Las diez en punto.

—Tenemos dos horas antes de que llegue Dean. Vamos a revisar el plan otra vez.  
Lo revisamos de nuevo.

Más tarde, mientras comíamos pan tostado y té, mencioné el tema del dinero.

—Lo he estado pensando —le dije—. No *tenemos* que esperar a que pase el cheque para ir a gastar. Podríamos ir a la ciudad hoy por la tarde.

—Pero el cheque no pasará hasta mañana —argumentó Alex—. No vas a poder sacar dinero en efectivo hasta entonces.

—¿Quién habló de efectivo?

—¿Qué quieres decir?

—Tengo una chequera. Podría comprar cosas con los cheques, puedo falsificar la firma de mi papá.

—Pero...

—Mira, te voy a mostrar. Espera.

Subí y saqué del escritorio la tarjeta de débito, una pluma y una hoja de papel.

—Siempre firmaba cosas a su nombre —expliqué mientras dibujaba una serie de firmas—. Recibos, cartas del Seguro Social, recetas... es fácil, ¿ves? —Le mostré las falsificaciones y luego la versión auténtica en el reverso de la tarjeta—. No se nota la diferencia, ¿o sí?

Dibujé otra más. *W. PIG*. Una *W* ondulada como un par de pechos de gráfito, un punto y el patético *PIG*, tres letras mayúsculas apretujadas como si las hubiera escrito un niño de seis años. Un niño de seis años con la mano rota.

—Tienes que hacerlo rápido —dije mostrándole de nuevo—. Si lo piensas mucho se te va.

—Eso está muy bien, Martyn.

—Gracias.

—La cosa es que...

—¿Qué?

—¿Quién le va a aceptar un cheque a un niño de catorce años?

Dejé de escribir y la miré.

—El hombre de la pensión siempre los acepta. Hasta me deja firmado delante de él.

—Pues claro que lo hace.

—No veo por qué no...

—Claro que lo ves.

Hice una pausa y la miré.

—Vamos, Martyn —dijo—. No seas estúpido. Incluso si alguien *aceptara* el cheque, cosa que no creo, pero incluso si alguien lo aceptara, los cheques se pueden rastrear. Los cheques son peligrosos. Espera a que pase el cheque mañana y entonces usa la tarjeta. Un día más no te va a hacer daño, ¿verdad? Sigue con el plan.

Tenía razón, por supuesto. Era una idea estúpida, vergonzosamente estúpida. Deseé que hubiera un hoyo en el que me pudiera meter.

Traté de sonreír.

—¿Qué haría sin ti?

—Se te ocurriría algo —sonrió y se puso de pie—. Tengo que ir al baño. Dame la tarjeta y la guardaré en el escritorio.

—Le dí la tarjeta y tomé el papel con las firmas falsificadas—  
No dejes esto por ahí. Dámelo y lo tiraré por el escusado.

—Gracias, Alex —dije—. Por todo.

Me miró y rio.

—¿Qué? ¿Qué es tan gracioso?

—Nada —dijo tratando de controlarse—. Nada es gracioso.

A veces me molestaba cómo Alex cambiaba de humor. Un momento esto y, el siguiente, esto otro. Era complicado seguirle el paso. Pero supongo que todos tenemos nuestras cosas.

A las once en punto la acompañé a la parada de autobuses. El cielo oscuro parecía no haber sido nunca de otra forma. Las ráfagas heladas latigaban a través de los callejones, entre las casas, desperdigando arcos de nieve sobre la calle.

Dean llegaría en una hora.

—¿A qué hora saldrá de su departamento? —pregunté.

—Probablemente a las once y media, once cuarenta y cinco.

—¿Tienes la llave?

Alex asintió dando una palmadita en su bolsillo.

—En realidad fue gracioso cuando me dio la llave. Fue como si pensara que aquello era una *gran* muestra de amor, ¿sabes? Como si me estuviera pidiendo matrimonio o algo así. Creo que esperaba que me desmayara.

—Y, ¿te desmayaste?

—Lo único que Dean quería era que alguien le limpiara el departamento mientras él trabajaba.

La parada de autobús ofrecía poca protección contra el viento. Estábamos sentados en los asientos plegadizos, temblando.

Alex se aferraba al bolso pegado al cuerpo, viendo directamente al frente.

—Todo va a estar bien —dije.

—Sí.

Nos quedamos en silencio. No había mucho más que decir. Cinco días antes habíamos estado ahí sentados. Tenía la imagen muy clara en mi mente. Miércoles. Alex esperando el autobús para ir a casa de Dean. Yo con las bolsas llenas de compras navideñas y la nariz escurriendo. Alex burlándose del pavo, asomándose en las bolsas, moviendo una de ellas con el pie.

—*Se ve bueno ese pollo.*

—*Es un pavo.*

—*Se ve pequeño para ser un pavo.*

—*Es un pavo pequeño.*

—*Creo que te vendieron un pollo, Martyn.*

Sonriéndonos mutuamente. Sus ojos brillando en la penumbra de la parada de autobuses, como canicas, claros y redondos y perfectos. Ahí sentados, conversando, sin hacer nada, viendo el mundo pasar...

—Ya llegó el autobús —dijo buscando su monedero en el bolso.

¿Eso pasó entonces o pasaba ahora?

El autobús se detuvo y las puertas se abrieron expulsando aire. Alex subió. La vi pagar. Vi al chofer apretar botones en la máquina y vi el boleto salir lentamente. La vi parpadear y vi cómo su boca decía "Gracias" y vi el brillo de su pelo negro

como carbón mientras tomaba el boleteo y lo enroscaba hasta formar un tubito que se colocó en la comisura de la boca y caminaba lentamente hacia el fondo del autobús. La vi y esperé en vano a que volteara a verme mientras el camión avanzaba por la calle y desaparecía al doblar la esquina.

Nunca volvéo.

De vuelta en casa, limpie un poco. Sin mi papá en los alrededores era fácil mantenerla limpia. Odiaba el desorden que dejaba a su paso. Cosas tiradas en el piso, platos sucios, tazas, vasos, botellas, periódicos, ceniza de cigarrillo, ropa, zapatos; era una porclga. En cuanto yo terminaba de recogerlo todo, ya había más cosas. Una dotación infinita de basura. No podía soportarlo. El desorden y la suciedad no me dejaban pensar claramente. Necesito ver superficies limpias y ordenadas. Necesito ver la auténtica forma de las cosas, las líneas, los ángulos. El desorden me perturba. A mi papá no le importaba. Él sólo se sentaba en el sillón rodeado por su basura, fumando y bebiendo, feliz como una lombriz. Sin ninguna preocupación en la vida. El Señor de la Mugre. El Rey del Basurero. A veces pienso que lo hacía intencionalmente; que desordenaba todo sólo para hacerme enfadar. Lo distrutaba. Pensaba que era gracioso.

Ahora, a pesar de que no podía hacer nada en contra de su deterioro natural, la casa estaba reluciente. Limpia y ordenada. Sin desorden. Sin basura. Sin porquerías. El piso limpio, la cocina limpia, las mesas limpias, todo limpio. Estaba limpia y se mantenía limpia. Y era un placer limpiarla. Era muy sencillo. Sólo caminaba pasando el plumero aquí y allá, recogía alguna pelusa de la alfombra, acomodaba los cojines del sofá. Y silbaba mientras lo hacía.

Cuando terminé, convencido de que todo estaba perfectamente resplandeciente, me senté en el sillón a esperar a Dean. Calmado, relajado, con la mente clara.

Estaba listo.

Cinco minutos más tarde oí el lejano zumbido de la motocicleta de Dean. Se oía por allá, por la calle principal. *bzzzzz*; cerca

de la glorieta: *bzbzzzz*; subiendo la colina: *fzzzzzz*; el agudo zumbido se hacía más fuerte y más desespertado mientras luchaba por pasar la iglesia y luego: *mm-mm-mm*; cambio de velocidades y desacceleración para dar vuelta en la esquina y llegar a mi calle: *bzbzbzzzz*; más cerca y más fuerte: *BZZZZZ*; como una avispa gigante dentro de una lata: *ZZZZZZ*; y luego: *ZZZZzzz, chug, chug, chug*, mientras se detenía y se estacionaba frente a mi casa. El motor aceleró en vano un par de veces y finalmente se apagó.

Silencio.

A través de la ventana vi rebotar hacia mi casa el globo negro que Dean tenía por casco. Oí el ruido de sus botas cuando pisó el pavimento y se detuvo frente a la puerta.

Sonó el timbre.

No me moví.

Sonó de nuevo, esta vez más tiempo.

Lo dejé sonar, me levanté despacio del sillón y me dirigí al corredor. La silueta de Dean se dibujaba tras la puerta, con su cabeza de bulbo, y su patético cuerpo deformado por el vidrio, parecía un alienígena de piernas flacas, brazos largos y cabeza de domo.

Abrió la puerta.

—¿Sí?

Me miró con desprecio durante un segundo, los ojos escondidos detrás del oscuro visor de su casco. Luego me esquivó y siguió de frente hasta el pasillo. Cerré la puerta.

—¿Tá Ax? —dijo peleando con los broches de su casco.

—¿Qué?

Se quitó el casco de la cabeza.

—¿Dónde está Alex? —repite, peinando su cola de caballo. Me encogí de hombros.

—No está aquí. ¿Te importa?

—No. —dijo sorbiendo mocos—. Entonces, ¿estás solo?

—No.

Se asomó a la cocina.

—¿Quién más está aquí?

—Tú.

Me miró con los ojos húmedos.

—¿Te crees muy gracioso?

—Más gracioso que tú.

Funció los labios tratando de lucir rudo. No funcionó. No se veía rudo aun cuando lo rebozaran en concreto. La chamarra de cuero mal ajustada y los pantalones de piel parecían pertenecer a alguien más. La piel de su cara era flácida y opaca, pálida e hinchada de tantas horas frente a la pantalla de una computadora, como una bola de masa cruda. El Chico de Masa.

Parado como un idiota, encendió un cigarrillo y sopló el humo sobre mi cara.

—Si quieres puedes dejar eso ahí —dije señalando el casco que le colgaba de la mano.

Casi me dio las gracias y entonces recordó que se suponía que era muy rudo. Dibujó una mueca burlesca y tiró el casco sobre la mesa de la entrada.

¿Qué le habría visto Alex?, pensé. ¿Cómo pudo...? ¿Con eso?

—¿La extrañas? —pregunté de pronto.

—¿A quién? ¿A Alex? —rió fríamente—. ¿Extrañarla? Me da gusto no volver a verla. Perra presumida. Hay muchas más de donde salió ésa —se acarició la cola de caballo y sonrió con sonrisa—. ¿Por qué? ¿Crees tener alguna oportunidad con ella, Pigmán?

—Alex es sólo mi amiga.

—¿Ah, sí?

—No lo entenderías.

Chupó su cigarrillo.

—Es demasiado para ti, de eso estoy seguro. Demasiada muler. ¿Me entiendes?

—Es sólo mi amiga.

—Yo que tú me buscaría alguien de mi edad para besarla en los juegos del parque y esas cosas de riños. Alex es otra cosa —guiñó un ojo—. Te dejaría exhausto.

Idiota.

Me dirigí a la sala y me senté en el sillón. Dean me siguió titubante, examinando la habitación con cuidado.

—¿Dónde está? —preguntó.

—¿Qué?

—Ya sabes qué.

—¿El cuerpo?

Asintió.

—Ya no está —respondí.

No dijo nada. Se mantuvo de pie en el centro de la sala jugando con los cierres de su chamarra, fumando, sin saber cómo reaccionar.

—Siéntate —le dije señalando el sofá.

Los cojines se levantaron un poco cuando se sentó y tuvo que agarrarse del brazo del sofá y cruzar las piernas para evitar respalarse. Movió a un lado la cola de caballo y tiró al piso la ceniza del cigarrillo en un inútil intento de recuperar su actitud anterior. Era un vago inservible. Un pedazo de ser humano que no merecía ser llamado así. Un metro ochenta de masa húmeda.

—¿Y bien? —dije.

—¿Qué?

—¿Trajiste las cintas?

—¿Tienes el dinero?

—Muéstrame las cintas.

—Muéstrame el dinero.

Miré por la ventana. Un poco de nieve flotaba ligera y tranquilamente en el aire. "Copos enormes, gordos y perezosos que revoloteaban en círculos, tomándose su tiempo para bajar lentamente a través de la fría espesura del aire. Cristales suaves y blancos..."

—No te voy a dar ningún dinero —dije.

Abrió la boca pero volvió a cerrarla. Resopló y se pasó la mano por los labios.

—¿Qué?

—No te voy a dar ningún dinero.

—¿Por qué no?

—Porque es mío.

Nos miramos fijamente. Sus ojos estaban vacíos. Podía ver directamente hasta el fondo de su alma; no había nada ahí. Dean

como carbón mientras tomaba el boletero y lo enroscaba hasta formar un tubito que se colocó en la comisura de la boca y caminaba lentamente hacia el fondo del autobús. La vi y esperé en vano a que volteara a verme mientras el camión avanzaba por la calle y desaparecía al doblar la esquina.  
Nunca volteó.

De vuelta en casa, limpie un poco. Sin mi papá en los alrededores era fácil mantenerla limpia. Odiaba el desorden que dejaba a su paso. Cosas tiradas en el piso, platos sucios, tazas, vasos, botellas, periódicos, ceniza de cigarrillo, ropa, zapatos: era una pocilga. En cuanto yo terminaba de recogerlo todo, ya había más cosas. Una dotación infinita de basura. No podía soportarlo. El desorden y la suciedad no me dejaban pensar claramente. Necesito ver superficies limpias y ordenadas. Necesito ver la auténtica forma de las cosas, las líneas, los ángulos. El desorden me perturba. A mi papá no le importaba. Él sólo se sentaba en el sillón rodeado por su basura, fumando y bebiendo, feliz como una lombriz. Sin ninguna preocupación en la vida. El Señor de la Muerte. El Rey del Basurero. A veces pienso que lo hacía intencionalmente; que desordenaba todo sólo para hacerme enfadar. Lo disfrutaba. Pensaba que era gracioso.

Ahora, a pesar de que no podía hacer nada en contra de su deterioro natural, la casa estaba reluciente. Limpia y ordenada. Sin desorden. Sin basura. Sin porquerías. El piso limpio, la cocina limpia, las mesas limpias, todo limpio. Estaba limpia y se mantenía limpia. Y era un placer limpiarla. Era muy sencillo. Sólo caminaba pasando el plumero aquí y allá, recogía alguna pelusa de la alfombra, acomodaba los cojines del sofá. Y silbaba mientras lo hacía.

Cuando terminé, convencido de que todo estaba perfectamente resplandeciente, me senté en el sillón a esperar a Dean. Calmado, relajado, con la mente clara.

Estaba listo.  
Cinco minutos más tarde oí el lejano zumbido de la motocicleta de Dean. Se oía por allá, por la calle principal. *bzzzzzz*; cerca

de la glorieta: *bzbzzzz*; subiendo la colina. *bzzzzzz*; el agudo zumbido se hacía más fuerte y más desesperado mientras luchaba por pasar la iglesia y luego: *mm-nnn-nnn-nnn*; cambio de velocidades y desaceleración para dar vuelta en la esquina y llegar a mi calle: *bzbzbzzzz*; más cerca y más fuerte: *BZZZZZ*; como una avispa gigante dentro de una lata. *ZZZZZZ*; y luego: *ZZZZZZ*, *chug*, *chug*, *chug*, mientras se detenía y se estacionaba frente a mi casa. El motor aceleró en vano un par de veces y finalmente se apagó.

Silencio  
A través de la ventana vi rebotar hacia mi casa el globo negro que Dean tenía por casco. Oí el ruido de sus botas cuando pisó el pavimento y se detuvo frente a la puerta.

Sonó el timbre.  
No me moví.

Sonó de nuevo, está vez más tiempo.

Lo dejé sonar, me levanté despacio del sillón y me dirigí al corredor. La silueta de Dean se dibujaba tras la puerta, con su cabeza de bulbo, y su patético cuerpo deformado por el vidrio, parecía un alienígena de piernas flacas, brazos largos y cabeza de domo.

Abrió la puerta.

—¿Sí?

Me miró con desprecio durante un segundo, los ojos escondidos detrás del oscuro visor de su casco. Luego me esquivó y siguió de frente hasta el pasillo. Cerré la puerta.

—¿Tá Axí? —dijo peleando con los broches de su casco.

—¿Qué?

Se quitó el casco de la cabeza.

—¿Dónde está Alex? —repite, peinando su cola de caballo.

Me encogí de hombros.

—No está aquí. ¿Te importa?

—No —dijo sorbiendo mocos—. Entonces, ¿estás solo?

—No.

Se asomó a la cocina.

—¿Quién más está aquí?

—Tú.

Me miró con los ojos húmedos.

—¿Te crees muy gracioso?

—Más gracioso que tú.

Frunció los labios tratando de hacer ruido. No funcionó. No se veía rudo aun cuando lo rebozaran en concreto. La chamarra de cuero mal ajustada y los pantalones de piel parecían pertenecer a alguien más. La piel de su cara era flácida y opaca, pálida e hinchada de tantas horas frente a la pantalla de una computadora, como una bola de masa cruda. El Chico de Masa.

Parado como un idiota, encendió un cigarrillo y sopló el humo sobre su cara.

—Si quieres puedes dejar eso ahí—dije señalando el casco que le colgaba de la mano.

Casi me dio las gracias y entonces recordó que se suponía que era muy rudo. Dibujó una mueca burlesca y tiró el casco sobre la mesa de la entrada.

¿Qué le habría visto Alex?, pensé. ¿Cómo pudo...? ¿Con eso?

—¿La extrañas?—pregunté de pronto.

—¿A quién? ¿A Alex?—rió fríamente—. ¿Extrañarla? Me da gusto no volver a verla. Perra presumida. Hay muchas más de donde salió esa—se acarició la cola de caballo y sonrió con sorna—. ¿Por qué? ¿Crees tener alguna oportunidad con ella, Pigman?

—Alex es sólo mi amiga.

—¿Ah, sí?

—No lo entenderías.

Chupó su cigarrillo.

—Es demasiado para ti, de eso estoy seguro. Demasiada mierda. ¿Me entiendes?

—Es sólo mi amiga.

—Yo que tú me buscaría alguien de mi edad para besarla en los juegos del parque y esas cosas de niños. Alex es otra cosa—guiñó un ojo—. Te dejaría exhausto.

Idiota.

Me dirigí a la sala y me senté en el sillón. Dean me siguió titubeante, examinando la habitación con cuidado.

—¿Dónde está?—preguntó.

—¿Qué?

—Ya sabes qué.

—¿El cuerpo?

Asintió.

—Ya no está—respondí.

No dijo nada. Se mantuvo de pie en el centro de la sala jugando con los cierres de su chamarra, fumando, sin saber cómo reaccionar.

—Siéntate—le dije señalando el sofá.

Los cojines se levantaron un poco cuando se sentó y tuvo que agarrarse del brazo del sofá y cruzar las piernas para evitar resbalarse. Movió a un lado la cola de caballo y tiró al piso la ceniza del cigarrillo en un inútil intento de recuperar su actitud anterior. Era un vago inservible. Un pedazo de ser humano que no merecía ser llamado así. Un metro ochenta de masa húmeda.

—¿Y bien?—dije.

—¿Qué?

—¿Trajiste las cintas?

—¿Tienes el dinero?

—Muéstrame las cintas.

—Muéstrame el dinero.

Miré por la ventana. Un poco de nieve flotaba ligera y tranquilamente en el aire. "Copos enormes, gordos y perezosos que revoloteaban en círculos, tomándose su tiempo para bajar lentamente a través de la fría espesura del aire. Cristales suaves y blancos..."

—No te voy a dar ningún dinero—dije.

Abrió la boca pero volvió a cerrarla. Resopló y se pasó la mano por los labios.

—¿Qué?

—No te voy a dar ningún dinero.

—¿Por qué no?

—Porque es mío.

Nos miramos fijamente. Sus ojos estaban vacíos. Podía ver directamente hasta el fondo de su alma; no había nada ahí. Dean

chupó su cigarrillo con fuerza y sopló un largo hilo de humo que subió hasta el techo formando una nube azul grisácea. Qué ruido.

Esperé sin dejar de mirarlo. Tu turno, Dean. ¿Qué vas a hacer? Decídetes. No puedes quedarte ahí sentado fumando.

Buscó algo en el bolsillo de su chamarrá de cuero, sacó una minicinta y la mostró como un mago que saca un conejo de la chistera.

—¿Y qué me dices de *esto*?—dijo.

—¿Qué con eso?

Hizo una pausa, confundido.

Sonrei.

Lo intentó de nuevo.

—Si no me das el dinero, no te doy la cinta.

Seguí sonriendo.

—¿Me entiendes, Pig? Sin dinero no hay cinta. Si no me das el dinero, esto...—le dio una palmadita a la cinta—. Esto irá a dar a la policía.

—No lo creo.

—¿No?

—No.

—No creas que no lo haré.

—No lo harás.

—¿No?

—No.

—¿Por qué no?

Me puse de pie y caminé hasta la ventana. La calle estaba ligeramente cubierta con nieve blanca y fresca, como una capa de betún sobre un pastel. La motocicleta de Dean estaba parada sobre su pie del otro lado de la calle, era una cosa fea cubiertá de cromo con un gordo tanque de gasolina color verde vomito. Lucía barata y asquerosa, como un juguete de los de Bargain Bin. Una moto de juguete para un hombre de juguete. Volví a mirarlo. Estaba sentado en el sofá con la espalda encorvada y se veía encogido y patético.

—¿Sabes lo que es la ciencia forense?—le pregunté.  
Arrugó la frente.

—¿La ciencia forense? Huellas digitales, sangre, cosas así. ¿Eso qué tiene que ver?

Crucé la habitación y me detuve detrás del sofá, viendo su cabeza desde arriba. Se volvió para mirarme, perplejo, mientras retiraba una hebra de pelo rubio del respaldo del sofá. Con el pelo entre los dedos, le dije:

—En unos años más vas a estar calvo.

—¿Qué?

—Mira—le dije señalando el respaldo—. Pelos por todos lados. Que asco.

Su mano se movió automáticamente hasta su amada cola de caballo.

—¿De qué estás hablando?

—¿Quieres saber qué hicimos con el cuerpo?

Negó con la cabeza, confundido.

—Te lo diré. Lo envolvimos en un saco de dormir, le metimos rocas y lo tiramos a una zanja cerca de la viaja carterá—hice una pausa para que lo asimilara, entonces tomé otro pelo del sofá y lo entredé en mi dedo—. La última vez que estuviste aquí dejaste pelo por todos lados. En el piso de la cocina. Cuando te fuiste, lo recogí pero no lo tiré. Lo que hice, antes de meter a mi papá en el saco de dormir, fue poner algunos debajo de sus uñas. Los enredé entre sus dedos. Tu pelo, Dean. ¿Lo ves? ¿Entiendes lo que te digo?

Me miró con ojos vacíos.

Continué.

—Y también una colilla. ¿Recuerdas? Tiraste una al piso de la cocina. Eso también terminó dentro del saco de dormir. Peló y una colilla. Tu pelo y tu cigarrillo. Es increíble lo que la policía puede detectar hoy en día. Pelo, colillas, huellas digitales, ADN. La ciencia forense es algo impresionante.

Dean me miró mientras yo caminaba hacia el sillón y volvía a sentarme, su boca y su ojo izquierdo temblaban nerviosamente al unísono.

—¿Entiendes?

Negó lentamente con la cabeza.

—Estás mintiendo.

—No.

Estaba más pálido que un pez muerto.

—No te creo.

Me encogí de hombros.

—Demuéstralo.

—No puedo —sonreí—. Tendrás que creerme.

—¿Y qué pasa si no te creo?

—Cómo tú quieras. Es tu decisión. Si te quieres arriesgar...

—Hijo de puta.

—Si encuentran el cuerpo, lo cual pasará si alguien escucha la cinta, de eso me aseguraré yo, hay suficiente evidencia para encarcelarte por asesinato. Más que suficiente.

—Pero la cinta.

—También nos implica a mí y a Alex, lo sé. Pero, piénsalo. Ella es una muchacha joven y yo soy un niño. Somos inocentes. Tú nos obligaste, Dean, nos *hiciste* ayudarte. Incluso si nos encontrarán *culpables*, lo cual es poco probable, lo peor que pasaría es que nos mandarían a un reformatorio un par de años, si acaso. ¿Pero tú? Tú irías a prisión de todas maneras. A la cárcel de verdad. No a un centro de vacaciones para niños operado por trabajadores sociales. La cárcel. Encerrado veinticuatro horas al día por el resto de tu vida. Con *verdaderos* maleantes. ASESINOS, violadores, perversos... Piénsalo bien, Dean. Caden perpetua. Es mucho tiempo.

Dean miraba el piso, tallándose inconscientemente el ojo.

—No lo creerían —dijo sin mucha convicción—. Por qué habría de matar a tu papa.

—Por el dinero.

—¡Yo no sabía nada de ese dinero!

—Alex te lo dijo.

—¡Claro que no!

—¿Lo puedes demostrar?

No podía responder. Seguía sentado, desinflado. Perdido. No había salida. Lo tenía en mis manos. No se podía dar el lujo de no creerme.

—La cinta —exigí con la mano estirada.

—Tengo copias.

Negué con la cabeza.

—No, no tienes.

—¿Qué?

—Las tiene Alex.

—¿Cómo? ¿Cuándo?

Miré el reloj.

—Desde hace como quince minutos. Le diste una llave de tu departamento, ¿recuerdas? Ahí ha estado buscando en tu departamento tú estás aquí: ella ha estado buscando en tu departamento las copias de la cinta. Sabíamos que no las traerías.

—¿Ha estado en mi departamento?

—Tú le diste la llave.

—¡Perra! ¡La voy a matar! —sus ojos estaban fríos y furiosos y por un momento pensé que se abalanzaría sobre mí. Me preparé, pero su furia desapareció rápidamente. No era nada. Ahora era menos que nada. Derrótado, perdido, humillado, parecía un bebé, un bebé de un metro ochenta de alto, vestido de cuero negro. Desvalido, sin salida, débil, blanco y blandengue. Una simple brisa lo hubiera hecho desaparecer. Me estiré y tomé la cinta de entre sus manos. Como quitarle un caramelo a un bebé.

Me paré junto a la ventana. Había en la nieve un camino de huellas frescas que llevaba hacia el otro lado de la calle en dirección a la moto de Dean. O desde la moto de Dean, no lo sabía con seguridad. Seguramente algún chico que se acercó a ver la motocicleta.

La nieve seguía cayendo. Miré hacia el cielo y escogí un copo de nieve. Parecía caer más despacio que los otros copos, como si no quisiera aterrizar. Yo quería que el copo se quedara suspendido por siempre. Mientras lo miraba, de alguna manera sentí que me volvía parte de él. Ya sé que suena ridículo, pero te juro que es verdad. Ahí estaba yo, Maryn, Pig, parado junto a la ventana viendo nevar, y ahí estaba otro yo, un yo con forma de estrella, flotando hacia la nieve acumulada. Podía sentir el aire frío entre los dedos. Era de cristal. Fuerte, intrínsecamente hermoso. No tenía peso. Flotaba. Por lo alto, lejos del suelo.

Podía ver todo a la distancia. Podía ver el desorden gris de la ciudad, las fábricas, el serpenteante río marrón, las calles lejanas y los autos, las casas, los techos, la calle por debajo de mí, un niño enlenguque mirando por la ventana. . . Y aunque yo era sólo una más de las millones de pequenñsimas joyas de hielo, parecía no haber ninguna otra. Lo único que tenía que hacer era caer y eso es lo que estaba haciendo. Libre y fácilmente, sin miedo, sin ningún sentimiento, sólo caer suavemente a través del viento del atardecer para aterrizar silencioso en el techo cubierto de nieve de un Astira. Entonces comencé a desaparecer. Justo antes que descendiera la oscuridad miré al chico en la ventana. Me miró, se pasó los dedos por el pelo y se dio la vuelta.

Dean seguía sentado viendo a la pared.

—Pensé que te habías ido —dije.

Se puso de pie y salió sin decir palabra. Oí cómo se abría la puerta principal y luego se cerraba lentamente. Por la ventana vi cómo Dean cruzaba la calle con la cabeza gacha y los hombros caídos; la ropa negra moteada con pintitas blancas de nieve. Lo miré bajar el visor del casco, subir a la moto y dar una parada para encenderla. No aceleró esta vez, no hubo zumbidos furiosos. Simplemente se marchó manejando con cautela, dio vuelta en la esquina y desapareció. Las huellas negras de las llantas comenzaron de inmediato a cubrirse de nieve.

Escuché el sonido de la motocicleta conforme ganaba velocidad bajando por la colina de la calle principal hacia la gloria, desapareciendo en la distancia. De pronto, no oí nada más. Un segundo después un lejano rechimido; al siguiente segundo, nada.

Silencio.

Qué raro, pensé.

Encogí los hombros. Será la nieve, algún tipo de ilusión acústica.

¿Ilusión acústica? ¿Existe eso?

No importa.

Lo lográste.

Perfecto. Plan A. Tranquilamente, como te gusta. Sin proble-

mas. Todo arreglado. Mi papá muerto. Dean fuera del asunto. Bien y bonito. Sonrei.  
Lo único que queda somos Alex y yo. Y treinta mil libras. Perfecto.

Diez minutos después Alex tocó la puerta.

—Qué rápido.

No respondí.

—¿Conseguiste las cintas?

Ella ni siquiera me miró, simplemente pasó frente a mí, fue a la sala y se inclinó frente a la chimenea para calentarse las manos. La seguí. Tenía una mirada extraña en los ojos, distante, como si no estuviera ahí. También sus movimientos eran extraños: Lentos y tiesos, como los de un sonámbulo. Se frotó las manos una y otra vez, frotando, frotando, frotando. Noté que el pulgar y otros dos dedos estaban manchados de algo negro.

—¿Alex?

No pareció oírme.

A lo lejos se escuchaba el ulular de una sirena. Una ambulan-  
lancia. Alex no se movía. Miraba al vacío con las manos apretadas, oyendo cómo se acercaba el sonido de la sirena. Venía por la calle principal, más cerca, más cerca, más fuerte: un sonido violento. El tono cambió cuando pasó frente a nosotros y luego volvió a alejarse. Alex murmuró algo y luego se frotó las manos de nuevo.

—¿Alex? —dije casi en un suspiro.

No contestó.

Me agaché y le toqué el hombro.

—¿Alex?

Dejó de frotarse las manos y me miró con sorpresa.

—Martyr.

—¿Estás bien?

Parpadeó. La mirada se le despejó, se puso de pie y me besó con los labios fríos. Me pareció un poco extraño, para ser honesto. Como si ella fuera otra persona.

—Con permiso —dijo, y salió de la habitación.

La oí subir las escaleras y entrar al baño.

Casi inmediatamente se abrieron los grifos y escuché el escusado. Volvió a vomitar, pensé. Es el shock, probablemente. Eso es todo. Un ligero *shock*. La impresión después del *shock*. Entró al departamento de Dean, estuvo buscando, sola, seguramente se asustó. Estía asustada, eso es todo. Nada de qué preocuparse.

La esperé sentado, mientras veía caer la nieve por la ventana. Ya me estaba hartando esa vista.

Cuando Alex volvió diez minutos más tarde fue como si nada hubiera pasado. Volvió a ser ella misma. Sonriente, de buen humor y fresca. Limpia.

—¿Entonces?—preguntó acomodándose en el sillón—. ¿Qué te dijo?

—¿Quién?

—Dean, tonto. ¿Quién más? ¿Qué te dijo?

—No mucho, en realidad. No podía decir gran cosa.

—Me hubiera gustado estar aquí para poder verle la cara. Le conté lo que había pasado, desde el momento en que Dean llegó hasta que lo vi partir. Todo excepto la parte sobre ella y yo, eso lo dejé fuera. Y lo de la nieve también. Me oyó con atención, sentada en la orilla del sillón, mirándome con sus grandes ojos marrón.

—¿Qué dijo cuando le dijiste que estaba en su departamento?—preguntó.

—No le dio mucho gusto—respondí—. Te puso algunos nombres selectos.

Una expresión extraña apareció en su rostro y luego, en un instante, se desvaneció. Sonrió y se encogió de hombros.

—Total, que diga lo que quiera...

—¿Cómo te fue en el departamento?—le pregunté.

—Estuvo fácil, sin problemas. Sólo entré, tomé lo que quería y me marché.

—¿Tienes las cintas?

Buscó en el bolso y sacó una minigrabadora y una caja con cintas.

—Las revisé todas de regreso. Sólo hizo una copia. Idiota. Y hasta le puso una *etiqueta*, mira.

Me acercó la cinta para que la viera. Decía: "A y MP hablando, copia".

Reí.

—Dean, la gran mente criminal.

—Un maestro—agregó Alex.

—Ya no mucho.

Sonrió.

Todo parecía tan fácil. Era perfecto. Todo había salido bien. Me sentía bien por dentro. Me había propuesto algo y lo había conseguido. Yo. Mi plan. Mi idea. Me sentí orgulloso de mí mismo.

—¿Crees que lo volveremos a ver?—pregunté.

Alex desvió la mirada, pero no antes de que pudiera ver aquella extraña expresión en su cara de nuevo. Era como: un rostro enmascarado, revelado sólo por un instante, y que luego desaparece. Demasiado fugaz como para identificarlo.

—No—dijo suavemente—. No creo que volvamos a ver a Dean.

Era casi de noche. El tablero de Scrabble estaba casi lleno. Alex estaba sentada con los codos sobre la mesa, la cabeza sostenida por ambas manos, mirando las letras. Nunca las movía en el aрил, simplemente las miraba. La punta de su lengua asomada por entre los labios, concentrada, esperando que apareciera alguna palabra.

Habíamos vuelto a revisar las cintas de Dean, sólo para asegurarnos, pero no hallamos nada de interés en ninguna. Queríamos el original y la copia de la cinta del chantaje en una cubeta de metal. Puse los restos, las otras cintas y la grabadora en una bolsa, la rellené con desechos de la cocina, salté y la tiré en el bote de basura de otra casa un par de calles más abajo.

Ahora, mientras tomaba té en aquella tarde oscura, pensaba en el día siguiente. El Plan. Parte 2. No era gran cosa, en realidad. Alex vendría por la mañana, iríamos a la ciudad, sacaría doscientas cincuenta libras y nos dispondríamos a gastarlas. Lo

único malo era que... en realidad, no habíamos hablado de *en qué* lo íbamos a gastar. Me incomodaba un poco el tema, a decir verdad. No quería presionarla, ya sabes. Pero tampoco quería que Alex pensara que no estaba dispuesto a hacer lo que ella quisiera. Si quería gastar el dinero en regalos, en ropa, en cosas así... por mí no había problema. Pero lo que yo quería en realidad era largarme de allí. No esperaba que nos fuéramos inmediatamente, pero una visita a la agencia de viajes sería un buen comienzo. Tal vez podían conseguirnos algo con poca anticipación, una cabaña en Escocia o Gales, algo así. Podríamos ir en tren, quizá incluso llevar el auto. Cualquier lugar era bueno. Cualquier lugar menos éste.

Pero, como dije, no sabía cómo sacar el tema a relucir.

—Lo mejor será salir temprano mañana—dije—. Es Nochebuena, las tiendas cierran temprano.

—¿Mmm?—respondió Alex sin dejar de mirar las letras.

—Mañana. Es Nochebuena. Las tiendas cierran temprano.

—Claro que no.

—Algunas sí.

—¿Cómo cuáles?

—No lo sé. Los bancos, las agencias de via...

—Pero no necesitamos ir al banco, ¿no?—sonrió—. Sólo necesitamos un cajero automático. Los cajeros automáticos no cierran.

—No, supongo que no.

Volví a observar sus letras.

Lo que podríamos hacer, pensé, si no quiere ir a ningún lugar en seguida, es ir a la agencia de viajes sólo para ver, conseguir algunos folletos, averiguar cuánto cuestan las cosas y luego gastarnos el dinero en regalos y cosas así y pasar una tranquila Navidad aquí. Supongo que un par de días más aquí no harán daño. Podría comprar comida cara y cocinar algo rico. Quizá quedarnos uno o dos días más. Nos daría suficiente tiempo para juntar más dinero, y después de Navidad podríamos ir a otro lugar.

—Puedes venir a cenar aquí, si quieres—sugerí—. Trae a tu mamá.

Me miró.

—¿Qué?

—Tú y tu mamá. Yo les hago la cena de Navidad.

—Sí, está bien.

—No es vegetariana ni nada, ¿verdad?

—¿Quién?

—Tu mamá.

—¿Por qué habría de serlo?

—No lo sé. Sólo preguntaba. ¿Qué prefieres, pollo o pavo?

—Lo que sea. En realidad no importa. No somos quisquillosas. Mientras no sea esa cosa horrible que compraste en el mercado—sonrió—. Ahora deja que me concentre en estas letras.

Después de un par de minutos de silencio, Alex iba a poner una palabra en el tablero pero luego cambió de opinión. Sonreí para mis adentros. Cuando empezamos a jugar Scrabble juntos me ponía de mal humor lo lenta que era. Increíblemente lenta. A veces le toma hasta cinco minutos hacer una palabra. Y luego, cuando al final la pone, es algo estúpido como GATO o ESCO. Pero ya me acostumbré. No me molesta. Sólo me gusta verla jugar.

—¿Qué hacen normalmente?

—¿Qué?

—En Navidad. ¿Qué hacen normalmente en Navidad?

—No gran cosa.

Comenzó a golpear suavemente la mesa con un dedo. *Tap, tap, tap*. Como diciendo: cállate, Martyr, estoy tratando de pensar en una palabra. Así que me callé y miré por la ventana. Nada más que oscuridad y nieve. Miré a Alex. La vista fija. Pensando. Traté de imaginar cómo luciría cuando fuera vieja. Pero no pude. Era una cara que no podía ser más que joven. Yo sí me podía imaginar como un viejo. Bajo y huesudo, calvo, cubierto de verrugas, con la cara humida. Sería un viejo miserable, siempre quejándome, sacudiendo mi bastón frente a la cara de la gente. "Fuera de mi camino, ¿qué no ven que estoy viejo?" Tendría mala dentadura y una mancha de baba permanente en la barbilla y me pondría la misma ropa *todo* el tiempo.

—Sal—dijo Alex.

Esa era su palabra. SAL.

Tocando cada letra con la punta del dedo, contó el total de puntos, lo anotó en la libreta, alcanzó la bolsa con letras, cerró los ojos y sacó dos más, las puso en el atril y de inmediato comenzó a mirarlas fijamente. Así juega. Perdida en su pequeño mundo. Nunca deja de asombrarme.

Miré mis letras. A, C, H, T, J, A, I, H. Lo pensé un momento y puse una palabra en el tablero. HACHA, la segunda. A coincidió con el final de SAL y formando la palabra SALA.

Alex me miró.

—¿Hacha? ¿Qué es eso?

—Hacha—dije tomando las últimas cuatro letras de la bolsa— Hacha, como las que cortan árboles.

—Eso es sin H.

—Claro que no.

—¿No?

—No.

—Pensé que era sin H.

Me reí.

—¿Qué?—dijo molesta.

Es con H. H-A-C-H-A, confía en mí.

Se me quedó mirando un momento, sacudió la cabeza y volvió a mirar sus letras. No podía ganar. Ya le llevaba yo más de cien puntos de ventaja y no quedaba ninguna letra. El juego casi había terminado. Ella nunca gana pero no parece molestarle. Siempre se concentra hasta el final, tomándose siglos para armar cada palabra, pensando cuidadosamente cada cosa, sin hacer ningún movimiento hasta que está absolutamente segura. Y eso es quizá lo que más me preocupaba de mencionar el tema de irnos juntos de viaje. Seguro querría considerar todas las opciones y decidir qué era lo mejor. Querría asegurarse de no cometer un error. De cualquier forma, yo sabía que tendría que decir algo pronto. No podía esperar para siempre.

—¿Y por qué no ahora mismo?”

¿Ahora?

—Es tan buen momento como cualquier otro; tú mismo lo

dijiste: no tiene caso desear que las cosas fueran diferentes, o que se pudiera dar marcha atrás al reloj, o tener otra oportunidad, porque las cosas no son diferentes, ni puedes regresar el tiempo ni tienes otra oportunidad. Lo único que puedes hacer es decirte a ti mismo: ¿Qué es lo peor que puede pasar? Y hacerlo.”

Correcto. ¿Qué es lo peor que puede pasar?

“Entonces anda. Sólo abre la boca y dílo.”

Respiré profundo.

—Podríamos irnos de aquí para Navidad.

Alex no se movió. Por un momento pensé que no me había oído. Entonces levantó la cabeza y me miró a los ojos.

—¿Qué?

—Que podríamos irnos a algún lugar—dije—. Subirnos a un tren, ir adonde tú quieras.

—¿Qué quieres decir?

Me aclaré la garganta.

—Tú y yo. Ya sabes. Podríamos ir a algún lugar.

—¿De vacaciones?

Me encogí de hombros.

—Sí, de vacaciones. O quizá...

—¿Tú y yo?

—¿Por qué no?

—¿Cuándo?

—Hoy. Mañana, después de Navidad. Cuando quieras.

No dijo nada, sólo me miró, buscando en la profundidad de mis ojos. No pude soportarlo. Tuve que desviar la mirada. Miré las letras que tenía en la base. H, U, J, S, A, D, T. Se me ocurrían pocas palabras. DAS. Vamos, Alex. HAS. Di algo. USA. Lo que sea. HUS. No. TUSA. Sí. HUSA. Lo que sea, pero no te rías.

—Hablemos de eso mañana—dijo al final.

La miré.

—Mañana es Nochebuena.

—Lo sé.

—No deberíamos irnos muy tarde. Todo estará lleno.

—Lo sé. Déjame pensarlo, ¿está bien?—se puso de pie—.

Me tengo que ir. Le prometí a mi mamá que la ayudaría a prepararse para la audición.

## MARTES

—Pero...

—Mañana lo arreglamos.

—Adonde tú quieras —repetí—. Adonde más te guste.

—Ya lo sé, Marryn. Ya lo sé. Adonde yo quiera. Ya te dije que lo pensaría. ¿Ok?

—Ok

Mañana hablaríamos de eso.

Me dio un beso antes de irse. Sólo un pequeño beso en la mejilla y se fue. La vi cruzar la calle vacía y caminar sobre el pavimento hacia su casa, una silueta oscura inclinada ante la nieve que caía. La sensación de aquel beso en la mejilla se fue enfriando con cada paso que ella daba.

Allá va, pensé. La silueta de una muchacha a la que en realidad no conozco y que desaparece en la nieve.

¿Alguna vez supe quién era?

Me quedé un momento parado en la puerta, esperando, pero Alex no se volvió a mirarme.

Nunca se volvió a mirarme.

Esa fue la última vez que la vi.

162

No me preocupé cuando Alex no llegó a la mañana siguiente. Por lo menos no al principio. Estaba enojado, tal vez. Pero no preocupado. Alex con frecuencia llegaba tarde. No podía comprender por qué me molestaba. "Ya llegué, ¿no?", decía. En cierta forma tenía razón. Si alguien te gusta lo suficiente no importa cuánto te haga esperar, siempre y cuando aparezca al final, no hay problema.

Pero no podía evitarlo. Odio esperar a que alguien llegue. No entiendo por qué la gente tiene que llegar tarde. A menos que ocurra un desastre, no hay ningún motivo para ello. Ningún motivo en absoluto. Yo *nunca* llego tarde a ningún lado. Siempre me aseguro de salir temprano. Así, si algo *passa*, todavía tengo tiempo de llegar adonde iba.

Si yo puedo hacerlo, ¿por qué no pueden los demás?

Era Nochebuena, se lo había advertido. Los lugares cierran temprano. Yo quería irme de aquí. Ahora mismo. Sólo irme, subirme a un tren o un barco o un avión, subirme y marcharme. A cualquier lugar, y se lo había *advertido*.

Eran las nueve y media. ¿Dónde demonios estaba?

Esperé. Diez minutos, veinte, media hora. La llamé. Nada. Esperé un poco más caminando de arriba a abajo, viendo el reloj cada dos minutos. Volví a llamarla. Hice un poco de té, maldije, caminé más de arriba a abajo. A las diez y media ya no podía esperar más. Me puse el gorro y el abrigo y fui a su casa.

Una gruesa capa de nieve cubría el suelo y crujió bajo mis botas mientras caminaba por la calle. La nieve había parado pero seguía helando. La calle estaba sombría y desierta. Oscuramente silenciosa. Las pesadas nubes grises estaban bajas en el cielo y lo cubrían todo con una neblina gris. El plano crujió de la nieve sonaba triste y solitario en el aire apagado.

El auto no estaba afuera de la casa. No había huellas de llantas así que debió de haberse ido hacia ya algún tiempo. Me paré en la verja observando las ventanas. Las cortinas abiertas, las luces apagadas, ningún movimiento. La casa se sentía vacía. Yo sabía que estaba vacía. De todas formas me acerqué y toqué el timbre. El distante sonido no tuvo ningún efecto. No hubo pasos que se acercaran, ni puertas que se abrieran, ni voces apagadas. Fui hacia un lado de la casa y me asomé por la ventana del porche. Nada. Sólo un corredor vacío que se veía borroso a través del dibujo en el cristal, y la difusa silueta de la puerta de la cocina al final del corredor, medio abierta, mostrando un triángulo formado por el mo-saico blanco y negro del piso. Vacía. Mientras me alejaba mi pie rozó una botella de leche. La botella se tambaleó y alcancé a detenerla antes de que cayera. Dos botellas de leche. Las dos llenas. Nadie las quería.

No había nadie.

Regresé a casa en medio de la oscuridad.

¿Dónde estaba Alex? Si había ido a algún lugar, ¿por qué no me había llamado? Ahora eran las once. ¿Dónde demonios estaba?

A la mitad de la calle miré sobre mi hombro. No sé qué esperaba ver. La vieja camioneta dando vuelta a la esquina, Alex asomada a la ventana, sonriendo y saludándome con la mano, llamándome: ¡Martyn! ¡Oyé, Martyn!... Pero no había nada. Y podía darme cuenta por el aspecto de la calle que no habría nada más tarde. Lucía perfectamente desolada.

Quizá...

Quizá estaba esperando en vano.

Quizá...

No.

Ella no haría eso. Ni lo pienses.

Seguí caminando a casa.

Seguramente es alguna tontería, me dije. Alex tuvo que salir con su mamá, discutieron, se le olvidó llamarme. Quizá el teléfono no servía. Pero entonces todo lo que tenía que hacer era cruzar la calle y avisarme. Dos minutos. O quizá habían salido más temprano, de compras o algo así, a visitar a algunos amigos y el auto se había descompuesto. Podían estar atoradas en algún lugar, en el auto. Y no me podía llamar porque no había una casera telefónica cerca. O quizá tuvieron un accidente. Las calles cubiertas de hielo son peligrosas. Iban manejando hacia alguna parte, conversando, viraron muy rápido, el auto resbaló y dieron contra un muro o contra otro auto. . . Sí, eso es. Un accidente. Estaban en el hospital. Eso lo explicaría todo.

Créelo. Todo encaja. Es una buena solución. Lo explica todo.

No pienses en nada más. Ni siquiera lo pienses.

Pero cuando llegué a la casa y subí la escalera sabía lo que iba a encontrar. La verdad tiene cierta manera de brillar a pesar de todo, por más que intentes ignorarla.

La habitación de mi papá se sentía fría y abandonada. Como una habitación en la que nunca hubiera vivido nadie. Corrí las cortinas y abrí la ventana pero el aire se rehusaba a entrar. Las sombras de la pálida mañana susurraban recuerdos al vacío. *Ojos que miran fijamente. Ojos que no parecen ojos. Mudos, ciegos, inescrutables. Pálidos, sin sangre, muertos. No están muertos; están dormidos.*

Papá.

"¿Somos malos?"

Alex.

"Mírala. Mira a esa chica. ¿Quién más haría esto por ti?"

Caminé lentamente por la habitación.

"Tendrás que cerrarle los ojos."

Abri el ropero.

"Dime qué quieres que haga y lo haré."

Actuar.

"Lo que sea. Una situación, una emoción, una persona... lo que sea. Actuaré para ti."

Era una actriz.

"Perfumada, maquillada, artificial."

Su mamá era actriz.

"Puede imitar cualquier cosa: voces, el andar de alguna persona, su postura, lo que sea. Es buenisísima."

Ningún saco. No había ningún saco en el ropero.

"¿Qué haces? Nada, sólo estoy guardando sus cosas."

No estaba.

"Pensé que traía puesto el otro."

El marrón. No el negro.

"Éste es el saco que traía, Martyn. Lo recuerdo. ¿Está bien?"

No, no está bien.

"Puede imitar cualquier cosa: voces, el andar de alguna persona, su postura, lo que sea. Es buenisísima."

Su bolso.

"Una mochila grande y vieja con bolsillos y cierres por todas partes; en ella cabría un caballo pequeño."

Fui hacia el escritorio.

"Sólo un poco mareada."

Lo abrí.

"¿Te importaría esperarme abajo?"

Ni chequera. Ni tarjeta de débito.

"El ruido del escusado. Los gritos. Pasos en el piso de arriba.

¿Qué está haciendo?"

No estaba el acta de nacimiento, ni la de matrimonio, ni la tarjeta del seguro. No estaban las cartas del abogado.

"Dame la tarjeta y la guardaré en el escritorio."

¿Cómo lo supo?

"Perdóname."

¿Por qué, Alex?

"No soy sólo una cara bonita, ¿sabes?"

Nada.

"No soy sólo una cara bonita, ¿sabes?"

¿Por qué?

"No soy sólo una cara bonita, ¿sabes?"

¿Por qué?

"No soy sólo una..."

¡CALLATE!

Bajé la escalera como en un sueño y me hundí en el sillón, devastado. No podía creerlo. No lo creía. Fuera lo que fuera. Ella no me haría eso. ¿O sí? No lo haría. No, debe haber alguna sencilla explicación. Piénsalo.

Lo pensé.

Alex junto al ropero. Tensa y nerviosa, los ojos mirando por toda la habitación. Alex junto al escritorio. La realidad. La risa. Alex vomitando. Pobre Alex. Hermosa Alex. Lista Alex... Lo pensé hasta que me doñó la cabeza y luego pensé un poco más. ¿Qué tal si esto? ¿Qué tal si aquello? ¿Sí? ¿No? Quizá esto. Quizá esto otro. ¿Cómo? ¿Cuándo? ¿Por qué? ¿Qué? ¿Dónde? Pero sólo conseguía dar vueltas en círculos. No podía pensar bien. Era como tratar de meter un pulpo en una caja: cada vez que conseguía meter un tentáculo, otro se escapaba. No estaba llegando a ninguna parte. Entonces recordé algo que había dicho Sherlock Holmes. Cuando has eliminado todas las opciones posibles; lo que queda, por improbable que sea, debe ser la verdad. Así que eso hice: Me preparé un poco de té, me aclaré la mente y me senté para eliminar cuanto pudiera de lo imposible. Y lo que quedó al final fue esto: Alex se llevó la chequera, la tarjeta de débito, la identificación de mi papá y las cartas. También se llevó el saco. Y seguramente alguna otra ropa. Una camisa, unos pantalones, quizá un abrigo. Lo metió todo en ese maldito bolso enorme y salió caminando de mi casa. ¿Por qué? Piénsalo... su mamá. ¡Claro! Su mamá. Es casi del mismo tamaño que mi papá, de la misma edad, del mismo tipo. Puede actuar. Ponle una vieja camisa y un saco, un poco de maquillaje teatral... tiene la identificación... se viste como mi papá, va al banco a primera hora de la mañana y saca las treinta mil libras. Nadie se va a dar cuenta, especialmente un cajero de banco. No es imposible. ¿Improbable? Quizá. Pero no es imposible, ¿o sí? Sí lo es.

Es imposible.

Pero entonces...

No lo sé.

Quizá.

Sí.

No.

El pulpo se volvía a salir de la caja. Lo estaba perdiendo. Llegué incluso a pensar que todo era una broma. Una sorpresa. Está bien. Suponiendo que Alex se había *llevado* la chequera y la ropa y todo, y que su mamá había ido al banco y *sacado* el dinero... No necesariamente quería decir que me lo estaban robando, ¿verdad? Quizá sólo estaban tratando de *ayudarme*. De evitarme la molestia de sacar el dinero poco a poco. Y después, cuando tuvieran las treinta mil libras Alex iba a aparecer en la puerta con una gran sonrisa en la cara y el bolsillo lleno de dinero: *¡tataaaaan!* Pero algo había salido mal. En el banco. Sí, eso es. Algo salió mal en el banco. Las descubrieron. Ahí estaban ahora, en la estación de policía, las estaban interrogando...

No seas estúpido.

Aceptalo.

Si la mamá de Alex hubiera sido atrapada vestida de William Pig, con una chequera y un acta de nacimiento a nombre de William Pig, tratando de retirar treinta mil libras de la cuenta de William Pig, la policía hubiera llegado a mi casa hace horas. No hace falta ser el inspector Morse para darse cuenta.

La verdad.

Aceptalo.

Lo que queda es la verdad. Se han ido. Ella se fue. Se llevó el dinero y se fue. Te estafó. Te engañó. Te usó. Te traicionó. Todo fue una farsa. Ella es actriz. ¿Cómo pudiste pensar cualquier otra cosa? ¡Tú, Maryn Pig, con Alex? Hermosa Alex. Ninguna oportunidad. Ni en un millón de años. ¿Qué tienes que ofrecerle? Dean tenía razón. Es una mujer. ¿Sabes a lo que me refiero?

Dean. Estuvo de acuerdo con Dean todo el tiempo. El Chico de Masa. No eres tan tonto como pensé. Los dos. Sólo me usaron para quitar a mi papá de en medio...

No.

No me hubiera permitido involucrarlo. Si Alex hubiera estado de acuerdo con Dean, no me hubiera permitido involucrarlo.

No.

Eran sólo ella y su mamá. Madre e hija. La ha sido y la quiere ser. Me timaron una ha sido y una quiere ser. Sí.

¿Cuándo?

¿Cuándo lo planeó? ¿Desde el principio? Y, ¿de quién fue la idea? ¿De su mamá o suya?

No.

¿Cómo pudo?

No pudo.

No.

Entonces, ¿adónde se fue?

¿Adónde fue?

¿Qué está haciendo?

¿Qué voy a hacer?

¿Qué puedo hacer?

¿Alguna vez significó algo para ella?

¿Alex?

Respóndeme.

Dime qué pasó.

Dime qué has hecho.

Dime que es imposible.

Dime.

Por favor.

Seguía sentado ahí cuando sonó el timbre a media noche.

Todo lo malo que había pensado de ella desapareció en un instante. Estaba equivocado. Era un estúpido. ¿Cómo pude pensar que ella podría hacer algo así? ¿Traicionarme? ¿Alex? Éramos amigos. Mejores amigos. Quizá algo más. Corrí a la puerta y la abrí de un tirón.

—Estamos buscando al señor Pig.

La policía. Dos oficiales. El que habló era un hombre de pelo plateado con la cara gastada y los ojos afilados. De altura me-

diana, fornido, con los hombros redondos. Lucía arrugado. Bajo su gabardina llevaba un traje oscuro que no parecía quedarle bien.

—¿Está el señor William Pig?—preguntó.  
Negué con la cabeza.

Mostró su identificación.

—Soy el inspector Breece. Éste es el sargento Finlay—Finlay mostró su identificación. Alto, con cara triste, como de treinta años, se veía medio bruto aunque probablemente no lo era. Breece me esquivó y entró al pasillo—. ¿Dónde está tu padre, hijo?

En la casa de enfrente se encendieron unas luces y se abrieron algunas cortinas.

Breece me miró.

—¿Estás solo?

Asentí.

—¿Y tu mamá?

Volví a negar con la cabeza.

—¿Puedes hablar, hijo?

—Sí—respondí.

—¿Cómo te llamas?

—Martyn—dijo. *Martyn Pig. Martyn con Y y Pig con I y una G.*

—¿Dónde está, Martyn?

—¿Quién?

—Tu padre.

—No lo sé.

Suspiró.

—¿Crees que podemos pasar?

—¿Por qué?

—Porque hace un frío endemoniado aquí afuera, por eso. Dudé un momento. Breece sólo se quedó ahí parado, esperando.

—¿Tienen una orden de cateo?—le pregunté.

—¿Una orden de cateo?

Me encogí de hombros.

Breece suspiró.

—Mira, Martyn. Sólo queremos conversar contigo. Sobre tu padre. Nos tomará un minuto.

No respondí.

—Si quieres una orden de cateo—continuó Breece con su monótona voz—, el sargento Finlay esperará aquí mientras yo voy a la estación. Entonces tendré que despertar a alguien para que firme la orden. Después tendré que manejar de vuelta aquí y para entonces estaré de un pésimo humor. ¿Es eso lo que quieres?

Ni siquiera sabía si en realidad necesitaba una orden de cateo. Sólo lo dije porque no se me ocurrió ninguna otra cosa.

¿Qué podía hacer? Me hice a un lado y los dejé pasar.

Breece me siguió hasta la cocina y se sentó a la mesa mientras yo preparaba un poco de té. Oí a Finlay subir por la escalera.

—¿Adónde va?

—Al baño—respondió Breece.

Tomé tres tazas de la alacena y las enjuagué en el fregadero. El cuerpo de Breece se reflejaba en la ventana. No se había quitado la gabardina. Tenía el pelo mojado. Había una libreta abierta sobre la mesa.

—¿Conoces a Dean West?—preguntó.

Casi tiro una taza.

—¿Qué?

—Dean West—repite pacientemente—. ¿Lo conoces?

—Pensé que querían hablar de mi papá.

—Responde la pregunta, por favor. ¿Conoces a Dean West?

—Más o menos.

—¿Más o menos?

—Sé quién es.

Breece pasó las hojas de la libreta.

—¿Alto, pelo rubio, cola de caballo? ¿Maneja una motocicleta?

—Puede ser.

—¿Cuándo lo viste la última vez?

La tetera comenzó a silbar. Llené las tazas.

—Realmente no lo conozco—dije—. Es amigo de una amiga, ya sabe.

Brecee me miraba la espalda

—¿Cuándo lo viste por última vez?

—No lo sé. Hace meses, en el verano. En Boots.

—¿Boots?

—La farmacia.

—¿No lo has visto desde entonces?

Negué con la cabeza.

—No creo, no que recuerde—Breece anotó algo en su libreta—.

—¿Qué tiene ver Dean con esto?—pregunté.

—Eso es lo que estamos tratando de averiguar.

Sonaron pasos en la escalera y Finlay asomó la cabeza por la puerta de la cocina.

—Guv.

Breece se levantó y salió al corredor. Tenía una leve cojera, como si un pie le pesara más que el otro. Oí murmullos y Breece volvió a sentarse a la mesa.

Oí a Finlay revisar la sala.

—¿Qué está haciendo?—pregunté.

—¿Dónde está tu padre, Martyn?

—No lo sé.

—¿Y tu madre?

—No vive aquí.

—¿Dónde vive?

—No lo sé.

Sacudí la cabeza.

—¿Cuándo viste a tu padre por última vez?

Con una cuchara saqué de las tazas las bolsitas de té, las lancé en dirección al basurero y fallé.

—El sábado.

—¿Dónde?

—Aquí. Salió.

—¿Adónde iba?

Verí un poco de leche en cada taza, la revolví y le di una a Breece.

—Probablemente al bar.

—¿Y desde entonces no lo has visto?

Me senté.

—No.

—¿Y no estás preocupado?

—Con frecuencia desaparece durante días. Bebe.

Finlay regresó y se quedó de pie junto a la ventana. Lucía aburrido.

Yo no entendía lo que estaba pasando. ¿Qué querían saber?

¿Sabían lo de mi papá o no? ¿Por qué me preguntaban acerca de Dean? No sabía qué decir, cuándo mentir o cuándo no decir nada. Es difícil mentir de manera convincente cuando no sabes cuánto sabe la otra persona.

Breece vació su taza, buscó algo en el bolsillo de su saco y extrajo unos papeles. Los desdobló y los puso en la mesa para que los leyera.

Querido Sr. Pig. De acuerdo con nuestro encuentro del 1.º de diciembre, le escribo para confirmar que, como lo solicitó, se ha depositado en su cuenta un cheque por £30000, siendo éste el pago total...

Levanté la vista y me encontré con la mirada de Breece. Sus pálidos ojos azules me taladraron sin parpadear. Sin decir palabra me puso otro papel enfrente.

Firmas. W. PIG. W. PIG. W. PIG. W. PIG. Una gran y ondulada W, el PIG apretujado.

Pude oír la voz de Alex en mi cabeza: "No dejes esto por ahí. Dámelo y lo tiraré por el escusado".

—Cartas dirigidas a William Pig—dijo Breece sin más—Tu padre.

—No sé nada...

—Y firmas falsificadas. Encontramos esto en el departamento de Dean West esta mañana.

—¿El departamento de Dean?

—Murio esta tarde en un accidente de tráfico.

—¿Murio?

—Su motocicleta acabó debajo de un autobús. Aquí cerca, en la glorieta al final de la colina. Le fallaron los frenos.

—¿Qué?

—Fallaron. Se rompieron. Quizá los cortaron. Intencionalmente.

—No entiendo.

Breece me miró un momento, luego volvió a buscar en el bolsillo y sacó un sobre de plástico que colocó en la mesa. Dentro había un pedazo de tela azul. Como una toalla. Era una toalla. Mía.

—El sargento Finlay encontró esto en tu baño —dijo Breece.

Había una mancha negra en la toalla.

Aceite.

Frenos.

Dean.

Alex.

No, pensé. No es real. ¿Cortaron los frenos? Eso no pasa en la vida real. Es el tipo de cosas que sólo pasa en los libros. Es ridículo.

—Yo... yo... —comencé a hablar.

—¿De dónde salió este aceite, Martyn?

—No lo sé.

—¿Qué hacía aquí Dean West?

—No estuvo...

—¿Dónde está tu padre?

—No lo sé.

—¿Dónde estabas ayer a las doce y media?

—¡Estaba aquí!

—Guv —interrumpió Finlay.

Breece lo miró disgustado. Finlay sólo lo miró. Algún tipo de advertencia. Breece suspiró y volvió a hablarme con voz calmada.

—¿Hay alguien a quien puedas llamar? Algún familiar. ¿Un tío, una tía?

—¿Para qué?

—Tenemos que hacerte algunas preguntas. Eres menor de edad. Tiene que haber un adulto presente.

—No tengo ningún pariente.

—¿Algún amigo? ¿Vecinos?

Negué con la cabeza.

Breece se puso de pie.

—Ve por tu abrigo, Martyn.

—¿Para qué?

Me ignoró y se volvió hacia Finlay abotonándose la gabardina.

—Llama a Servicios Sociales, Don.

No sé qué tipo de automóvil era, pero era lindo y grande, tibio y cómodo y silencioso, con un tablero lleno de botones ligeramente iluminados. Finlay conducía y Breece iba conmigo en el asiento trasero. De cerca pude oler el sudor y el agrio olor a whisky en su aliento. Íbamos por High Street y el auto romroneaba casi en silencio a través de la noche. La nieve se había convertido en una oscura lluvia de invierno. Un único limpiador se deslizaba sin esfuerzo de un lado al otro como una delgada espada negra. *Shush-shosh, shush-shosh, shush-shosh.*

Aunque era tarde las calles estaban bastante congestionadas. Grupos de jueguistas se balanceaban borrachos sobre el pavimento, gritaban y reían bajo la lluvia, sus caras brillantes por el alcohol. Algunos llevaban guirnaldas en la cabeza y sombreros de Santa, otros rociaban serpentinillas plásticas en aerosol y otros más tocaban cornetas de fiesta. Fiestas de oficinas, centros nocturnos, celebraciones navideñas.

Finlay maldijo en voz baja mientras giraba el volante para evitar golpear a una chica con ojos beodos que traía un vestido corto y brillante y se tambaleaba sobre sus tacones altos cerca de una coladera. Breece no pareció darse cuenta, sólo estaba sentado, rígido y con los brazos cruzado, mirando la lluvia. Disgustado, probablemente. Trabajando tarde. En Nochebuena.

Vi la hora en el reloj del tablero: la una de la mañana.

Ya era Navidad.

La estación de policía estaba limpia y bien iluminada. Era un edificio chato y pálido a la orilla de la ciudad, rodeado de césped escaso y caminos que surcaban suaves colinas. Un lugar rela-

jante. Silencioso. Un oasis en un desierto de ruidos de un pueblo chico.

Dentro, alfombras azul oscuro cubrían el piso y ahogaban el sonido de nuestros pasos mientras Breece me conducía por la recepción a través de las puertas de seguridad, por una escalera de caracol y por una serie de angostos pasillos. Los teclados de las computadoras se oían ligeramente tras las puertas semiabiertas de las oficinas. Los teléfonos sonaban casi sin volumen. El siseo de la estática de radios invisibles crujía intermitentemente.

Me llevaron a una habitación pequeña, como una oficina, al final de un corredor. Breece me sentó en una silla, me dijo que esperara y salió. Una mujer policía uniformada se paró en la puerta con las manos tras la espalda; miraba una pared lejana. Era baja y gorda, con el pelo castaño descolorido. Una mujer dura. La miré y le sonreí pero ella no me devolvió la sonrisa.

Era un cuarto estrecho, no mayor que un cubículo, en realidad. Un escritorio, archiveros, dos sillas duras contra la pared, un garrafón de agua, pedazos de papel pegados a un tablero. El escritorio parecía barato y hecho de falsa madera oscura y estaba cubierto con cosas de todo tipo. La pantalla de una computadora, el teclado, tazas llenas de plumas, un teléfono, la fotografía enmarcada de dos niños pequeños con un perro, tazas de café sucias, envoltorios de sándwich, archivos, carpetas, hojas de papel por todos lados. Me pregunté cómo alguien podía trabajar así. Era un desorden.

En la pantalla de la computadora brillaban listas de números verdes. Los estudié un momento, pero no tenían ningún sentido.

La mujer policía se aclaró la garganta y la miré pensando que me diría algo, pero no lo hizo: sólo se estaba aclarando la garganta. Siguió mirando la pared. Era buena en eso.

Breece regresó diez minutos después. Se veía cansado e irritado. Aparentemente se estaba complicando localizar a alguien de Servicios Sociales. Tendrían que interrogarme mañana.

—¿Eso quiere decir que me puedo ir a casa?

Breece sonrió con desgano y negó con la cabeza.

—No.

Pensé que me meterían en una celda para pasar la noche, lo cual hubiera resultado interesante. Una habitación fría y vacía con paredes blancas y piso de concreto, una litera, un escusado sin tapa y una puerta con mirilla corrediza. Pude haberme sentado en la orilla de la cama con la cabeza entre las manos, mirándome los pies, con la luz de la luna entrando por entre los barrotes de la ventana formando sombras carcelarias sobre mi cara. Pero yo era demasiado joven para eso, al parecer. Así que me metieron en una extraña habitación sin ventanas con una auténtica cama, alfombra, un par de sillas y un baño aparte con escusado y lavamanos, cuádrós en las paredes y hasta una pequeña televisión portátil. Muy linda. Era como la habitación de un hotel barato. Claro que nunca he estado en la habitación de un hotel barato, pero me imagino que así deben de ser.

La mujer policía me llevó a la habitación y se quedó parada en la puerta mientras yo miraba alrededor.

—Siéntete como en casa —dijo fríamente.

Me senté en la orilla de la cama y me quité los zapatos.

—Gracias —respondí.

La mujer cerró la puerta.

Debí haberlo sabido. Lo habría sabido. Si hubiera sido una historia de misterio habría detectado las claves, habría deducido lo que estaba pasando. Era obvio.

Alex había matado a Dean.

Las huellas en la nieve que conducían a la motocicleta de Dean eran de Alex. El lunes. Seguramente volvió del departamento de Dean mientras él estaba en mi casa, cortó los frenos de la moto y cruzó sigilosamente hasta el otro lado. Llegó a la glorieta y lo esperó escondida detrás de algún auto estacionado o algo así. Esperó el sonido de la motocicleta sin frenos al bajar derrapando por la calle. Vigilando, asegurándose. Atestiguando su muerte. Por eso había actuado de manera tan extraña cuando

do regresó, frotándose las manos, escuchando la sirena de la ambulancia. Lo acababa de ver morir.

Debi haberlo sabido. Lo oí. Había oído el choque de la motocicleta de Dean. Bueno, no el choque. Pero la oí detenerse de pronto. Al final de la colina, en la glorieta. Lo había oído y no pensé en ello.

"Una ilusión acústica."

Idiota.

La mancha negra en los dedos de Alex era aceite. Lo vi. Debe haberse limpiado. Los dedos en la toalla cuando subió al baño. Probablemente fue entonces cuando tomó la chequera y todo. Haciendo como que vomitaba para que me quedara abajo, igual que cuando se llevó la ropa de mi papá.

"Está bien. Puedes cerrar la puerta. Ponle el seguro si quieres. Voy a estar en la sala. No te preocupes, no voy a oír nada."

Qué vergüenza.

Pero, ¿corrar los frenos? Era increíble. Como algo salido de un cómic. ¿Cómo supo qué hacer? ¿Dónde cortar? ¿Cómo cortar? Increíble. Era una asesina. Alex la Asesina, fría y calculadora, una cazadora, una homicida.

Ahí fue, creo. Ahí fue cuando la realidad me golpeó de pronto.

"Oye—me dijo— Este no es uno de tus estúpidos juegos infantiles. Esto no es fantasía. No es una novela de misterio, o algo salido de un cómic. Esto es real. Pénsalo. Ella mató a alguien a sangre fría. Tu preciosa Alex en realidad *asesinó* a alguien."

Y mientras la verdad caía sobre mí con todo su peso, se me fue la sangre del cuerpo.

Alex había matado a Dean. Lo mató. No fue un accidente. Fue intencional. No fue sólo una de esas cosas que pasan. Fue un acto de venganza premeditado. Dean la había humillado, la había hecho sentir insignificante. La usó. Y tenía que pagar por ello. Yo podía entender eso. Yo me habría sentido igual. Pero, ¿*matarlo*? No.

Era demasiado. Demasiado real. Era *real* real. No sólo... bueno, no era del tipo de realidad que había estado viviendo toda la semana pasada. Esto era más que real.

Y era demasiado para asimilar.

Me quedé sentado pensando y mis manos comenzaron a temblar, mi estómago dio un vuelco y lo siguiente que supe es que estaba de rodillas frente al escusado vomitando más de lo que imaginé posible.

Lo he estado pensando desde entonces y todavía no acabo de entenderlo todo. Quiero decir, nunca me agradó Dean. Lo odiaba. No era nada, un estúpido cerdo inútil. No significaba nada para mí. Si se hubiera caído de un acantilado o hubiera muerto de alguna enfermedad o algo, no habría derramado una sola lágrima. Entonces, ¿por qué me sentía tan mal de que Alex lo hubiera matado? ¿Por qué me atormentaba? ¿Qué es lo que estaba tan *mal*? ¿El dolor? ¿La violencia? ¿La intención? ¿La culpa? ¿Me daba lástima? ¿Me daban lástima sus padres, sus hermanos, sus hermanas...?

En realidad no lo sé.  
Pero algo me atrapó esa noche y, fuera lo que fuera, me cambió completamente.

Después de lavarme, caminé un poco alrededor de la habitación, mi estómago se apaciguó y mis manos finalmente dejaron de temblar. Sin embargo, todavía no me sentía bien. Sentía las piernas calientes, me hormigueaban. Estaba bañado en sudor y la cabeza me punzaba. No podía pensar con claridad. Imágenes inquietantes me pasaban por la mente: la motocicleta de Dean derrapando debajo de un autobús; el desagradable ruido de metal contra metal; Alex frotándose las manos una y otra vez, frotando, frotando, frotando...

Me senté en la cama mirando al piso, respirando con calma, sin moverme. No sé si sirvió de algo, pero lo seguí haciendo de todas maneras, y después de diez minutos el dolor de cabeza disminuyó y las imágenes se fueron desvaneciendo. Seguía sudando pero ahora lo podía manejar, y el cosquilleo caliente de las piernas se había reducido a una comezón casi imperceptible.

Estaba listo para seguir pensando.

## NAVIDAD

¿Cómo pasó?

¿Por qué pasó?

¿A quién se le ocurrió?

¿Todo fue idea de Alex?

¿Fue su mamá quien la convenció?

¿O fueron las dos?

No lo sé. Supongo que así se dieron las cosas. Suerte. Destino. Todo está determinado...

Pero como quiera que hubiera ocurrido y de quien sea que nació la idea, sin duda le sacaron provecho. Habían pensado en todo. Tenían el dinero, las cintas habían desaparecido, no había nada que las relacionara con Dean, nada que las relacionara conmigo y nada que las relacionara con mi papá. Y no había nada que yo pudiera hacer al respecto. Nada que Dean pudiera hacer al respecto. Nada que mi papá pudiera hacer al respecto.

Era perfecto.

Lo único que no entendía era por qué Alex había dejado las cartas del abogado y la hoja con las firmas falsificadas en el departamento de Dean. Eso implicaba a Dean en la muerte de mi papá, eso era obvio. Pero la policía no sabía que mi papá estaba muerto. Y aunque lo supieran, Dean también estaba muerto. Así que, ¿por qué hacer la conexión entre uno y otro? Lo único que Alex consiguió fue mandar a la policía hacia mí. Entonces, ¿Alex señalaba a Dean o a mí? ¿O a los dos?

O quizá trataba de...

En realidad, no importaba. Nada de eso importaba. Cómo, cuándo, dónde, quién, qué, por qué... nada hacía ninguna diferencia. Estaba hecho. Lo único que importaba ahora era salvar el pellejo.

Me acosté sobre la cama y cerré los ojos.

Era hora de pensar en serio.

Estaba sentado en la orilla de la cama amarrándome las agujetas cuando se abrió la puerta y entró Breece. Eran las ocho de la mañana. Yo no había dormido. Había pasado casi toda la noche sentado en una silla de plástico mirando la pared y dándole vueltas a todo. No fue fácil. Había mucho en qué pensar. También había mucho en qué no pensar, y no pensar en las cosas es trabajo duro, especialmente cuando tu mundo se ha vuelto de cabeza y no has dormido en veinticuatro horas. Así que para cuando llegó Breece yo no me sentía muy bien, pero estaba tan listo como podía estarlo.

O eso pensé.

Breece llevaba el mismo traje de la noche anterior. O no había dormido o sólo tenía un traje. A juzgar por las bolsas debajo de sus ojos y la manera en la que se arrastraba por la habitación, supuse que no había dormido. La mujer policía que lo siguió cerró la puerta con un gesto más amigable que el de la mujer de la noche anterior. Más joven, más bonita, con pelo rubio y con un gesto amable.

—Buenos días, Maryn—dijo Breece— Ella es la oficial Sanders. Sally.

Asentí. Breece se acercó a la cama y se sentó pesadamente junto a mí. Todavía olía a sudor y a whiskey viejo.

—Encontramos a tu padre—dijo mirándome a los ojos— Está muerto. Lo siento.

Cuando no estás seguro sobre qué hacer, lo mejor es no hacer nada. Así que no hice nada. Sólo me le quedé mirando a Breece con los ojos vacíos. No me esperaba esto. Esto no lo había planeado en absoluto. ¿Cómo habían podido encontrarlo tan pronto? ¿Qué debía de hacer? "Haz lo que harías si fueras inocente—me dijo la voz—. Imagínalo. Eres inocente. No sabes nada al respecto."

—¿Muerto? —dije impresionado.

Breece me estaba analizando. Pude darme cuenta. Su mirada comprensiva no podía esconder la duda en sus ojos. Le sostuve la mirada. No sabes nada. Le dije en silencio. No sabes *nada*. Crees que sabes, pero no *sabes*. Nunca podrías saber lo que hay en mi cabeza. Sólo yo puedo saberlo. Lo sé. No sabes nada.

—Lo siento —repetió.

Pero no había pesar en sus ojos, sólo una fatigada sospecha. Se puso de pie para hacerle espacio a la oficial Sanders, Sally. Al sentarse me pasó un brazo sobre los hombros y pude percibir el dulce olor de su perfume: tan dulce que casi mareaba. Pero no era desagradable. Me recordó el perfume que usan las chicas el primer año de escuela, que huele a flores y caramelos baratos.

Me puso una mano en la rodilla y habló suavemente.

—¿Estás bien, Martyn?

Asentí y comencé a lloriquear, mientras miraba a Breece de soslayo. Sus ojos duros y fríos me miraban desde el otro lado de la habitación. No quería hablar conmigo, no quería estar cerca, sólo quería mirarme desde lejos. ¿Era yo un chico triste o un mentiroso sin corazón?

—¿Cómo... cómo murió? —pregunté mientras empezaba a sollozar.

—Todavía no lo sabemos —respondió Sally.

Vi su mano sobre mi rodilla. Sus pequeños y delgados dedos sin anillos. Suaves y limpios.

Me limpie los mocos.

—¿Cuándo fue... cuándo ocurrió? ¿Dó... dónde estaba?

Sally me dio un pañuelo, y miró a Breece como pidiendo consejo. Él asintió en silencio: díselo.

—Encontraron su cuerpo en la cantera —dijo.

—¿Dónde?

—En la vieja cantera. ¿La conoces?

Negué con la cabeza y me sequé los ojos.

—¿Qué pasó? ¿Estaba borracho? ¿Fue un accidente?

Sally volvió a mirar a Breece. Él sacó las manos de los bolsillos y se pasó una por el pelo.

—Es muy pronto para saberlo —dijo—. Hablaremos de eso más tarde, cuando te sientas mejor. Necesitamos hacerte algunas preguntas.

—¿Sobre qué?

—Más tarde —se ajustó el cuello de la camisa—. Tu tía está aquí.

Maldición. ¿Cómo la encontraron?

—Quiere verte.

—No.

Breece me miró con suspicacia.

—Estrá aquí.

—No quiero verla.

—¿Por qué no?

—Porque no —lloré con más fuerza, la mano de Sally me apretó la rodilla—. No la tengo que ver, ¿o sí?

—Bueno, no —dijo Breece—. No si no quieres. Pero no veo por qué...

—No quiero. No *quiero* verla.

Achucó los ojos. No le hacía gracia, pero no había mucho que pudiera hacer. ¿Verdad? No podía *obligarme* a verla. Se rascó la barbilla.

—¿Quieres algo de comer? ¿Algo para desayunar?

Negué con la cabeza.

—Sally se va a quedar contigo un momento.

Sorbi mocos, tragué y traté de ser valiente.

—No, gracias. Estoy bien. Me gustaría estar solo un rato. Encogió los hombros y dio la vuelta para marcharse.

Sally me dio un último apretón y sonrió con pesadumbre.

—¿Estás seguro, Martyn?

—Sí —murmuré.

Se dispuso a seguir a Breece hacia la puerta.

—¿Inspector?—dije mientras se cerraba la puerta.

Breece se detuvo.

—¿Podría darme una taza de té, por favor?

Me miró durante un segundo, asintió y cerró la puerta.

No estuvo mal, pensé. No estuvo nada mal. Bastante convincente. En realidad es muy fácil llorar. Alex me enseñó a hacerlo. Lo único que tienes que hacer es pensar en algo realmente triste. Pensé en un perro que tenía cuando era niño. Jacko. Un perrito callejero color castaño con una mancha negra sobre el ojo. Era un cachorro. De verdad lo quería mucho. Lo amaba, supongo. Nunca antes había tenido una mascota. Íbamos a todos lados juntos. Jacko y yo. Éramos inseparables. Un día regresé de la escuela y ya no estaba. Mi papá se había deshecho de él porque se orinaba sobre la alfombra. Se lo vendió a alguien en el bar.

Creo que nunca me recuperaré de ese golpe. Sólo pensar en eso ahora me da ganas de llorar. Mi papá realmente era un hijo de puta.

Cuando Breece se fue pensé un poco más en Jacko y seguí llorando con cara descajada un rato más. Probablemente había cámaras escondidas por ahí, detrás del espejo, en las paredes. Quizá Breece estaba sentado en la habitación de al lado mirándome a través de un espejo de doble vista. No iba a caer en esa trampa.

Un poco más tarde Sally me trajo una taza de té. Me recordaba a alguien pero no sabía bien a quién. Alguien que salía en la televisión. La boca... algo en la forma de su boca, ese gracioso puchero... Polly, eso era. Polly lo-que-sea, la de *The Bill*, la rubia amable. Polly la Policía.

—Tu taza de té, Martyn—dijo suavemente mientras colocaba la taza en la mesa con otra sonrisa.

—Gracias—dije afligido.

Se fue y comencé a llorar de nuevo con la cabeza entre las manos. Esta vez las lágrimas corrieron de verdad. Quizá había ido demasiado lejos, había exagerado, me había hecho llorar tan

convincientemente que hasta yo me lo había creído. O quizá era todo lo que había pasado: mi mamá, mi papá, Jacko, Alex, Dean, la tía Jean, la vida, la muerte, el vacío, lo que fuera... todo. Quizá ya había tenido suficiente. ¿Quién sabe? Cualquiera que fuera la razón ya no podía detenerme. Seguí sentado en la orilla de la cama y lloré como un bebé.

Después de un rato se secaron las lágrimas y cesó el llanto. Me sentía vacío. Cansado. Seco y con los ojos pegajosos. Me lavé la cara con agua fría, tomé un poco de té y me recosté en la cama.

Llorar es un trabajo difícil. Mi cuerpo estaba completamente exhausto. Deshidratado, supongo. Pero mi mente estaba clara de nuevo. Me sentí rejuvenecido. De nuevo tenía el control. Las lágrimas habían arrasado con toda la basura de mi cabeza. Mi mente estaba limpia. Ordenada. Podía pensar.

Pensé

No sabía cómo habían encontrado a mi papá, pero lo habían hecho. Lo cual significaba que habrían encontrado el pelo de Dean bajo sus uñas y la que seguramente coincidía con las collas que encontraron en su departamento. El sería el principal sospechoso. Ahora Dean estaba muerto y estaba vinculada conmigo. Aceite. Aceite de la motocicleta de Dean en la toalla de mi baño. Primer problema.

Segundo problema. Sabían que yo había mentido acerca de Dean. ¿Por qué? ¿Por qué habría de mentir?

Tercer problema. Tenía que asumir que habían registrado mi casa. ¿Había algo en la casa? ¿Alguna evidencia? ¿Rastros de las cintas quemadas? No importaba, no sabrían lo que eran. ¿Y la cinta que hicimos de mi papá roncando? ¿Dónde estaba? ¿Se la llevó Alex? ¿Importaba? No. No se iban a tomar la molestia de revisar cintas a menos que tuvieran un motivo. ¿O sí? No, seguramente no. ¿Algo más? ¿La habitación de papá? ¿La chimeña? ¿Restos de sangre? ¿Yo la limpié. ¿Y los guantes? ¿Zapatos, ropa, fibras? Demasiadas cosas en qué pensar.

Cuarto problema. Cartas y firmas falsificadas en el departamento de Dean. ¿Cómo? ¿Por qué?

Quinto problema, sexto problema...

No entendería cómo se había complicado todo. En los libros nunca es tan complicado. Bueno, sí lo es, pero diferente. Las complicaciones en los libros son complicaciones sencillas. Claves, tramas, giros y vueltas. Complicadas pero resolubles. Pero estas complicaciones, las complicaciones reales, se enredaban unas con otras. Como la diferencia que existe entre una bola de estambre bien hecha y un montón de nudos. Con la bola de estambre puedes coger un extremo, seguirlo y llegar hasta el otro. Pero con el montón de nudos sí jalas por un lado se mueve todo al mismo tiempo. Todo junto. Es un desastre. La ausencia simplicidad de la ficción contra el enredado mundo de los hechos. ¿Quién dijo eso? ¿Einstein de nuevo? No. ¿Quién fue? No lo sé. Seguramente lo leí por ahí. ¿O no? Quizá nadie lo dijo. Quizá yo lo inventé.

En fin, era ridículo. Todo estaba hecho nudos. Ni siquiera yo sabía qué estaba pasando y fui yo quien lo empezó todo. Esta ba perdido en un montón de nudos. Me sonaba el estómago. Esta vez no era por las náuseas. Era de hambre. No me acordaba de la última vez que comí y estaba vacío de tanto vomitar. Me moría de hambre. Era Navidad. Debería estar comiendo un gran plato de comida navideña. Pavo, puré de papas, salchichas, tocino, salsa, chicharos, col...

"Olvídalo. Estás de luto, ¿recuerdas? Estás demasiado triste para comer."

Volví a concentrarme en los nudos.

El cuarto de interrogatorios no se parecía en nada a como lo había imaginado. No tenía paredes descarnadas y brillantes por el vapor condensado. No tenía focos desnudos. No había un Sherlock Holmes con nariz de gancho mirándome con ojos crueles. Era sólo una habitación, una oficina ordinaria: paredes recién pintadas, luz fluorescente, una mesa limpia, sillas cómodas, incluso había una ventana. Podía ver las pálidas nubes desdibujadas contra un cielo blanco como papel. La nieve había cesado y había salido el sol, justo a tiempo para la Navidad.

Lo único parecido a mi sueño era la grabadora negra en una repisa contra la pared y yo, sentado a la mesa con las manos sudorosas.

El sargento Finlay metió dos cintas en la grabadora y apretó un botón. Un rechinado agudo sonó brevemente y una luz roja parpadeó. En la mesa, frente a mí, el inspector Breece parecía aburrido mientras se aflojaba un poco la corbata.

—La entrevista con Martyn Pig comenzó a las —miró su reloj— 12:32 pm, 25 de diciembre. Se encuentran presentes el inspector Samuel Breece, el sargento Donald Finlay y... —miró al hombre sentado frente a él invitándolo a dar su nombre.

—Peter Bennett —dijo el hombre.

—Y Peter Bennett de Servicios Sociales.

Era un tipo flaco con pelo corto color jengibre y un bigote del mismo color que apenas merecía la molestia de dejarlo crecer. Parecía un gusano pelirrojo. Cuando Breece me lo presentó media hora antes, lo primero que pensé fue que parecía un campanero. Su piel era de un color enfermizo y sus labios eran demasiado delgados. Parecía que no comía bien. Me sentó con él y me explicó la situación: no estás bajo arresto, eres libre de irte cuando quieras, no tienes que responder ninguna pregunta, bla, bla, bla. Pero su voz era demasiado aburrida y me descubrí observando su ropa. Un saco marrón sobre una camisa blanca sin cuello y abotonada hasta arriba, jeans nuevos y mocasines marrón. No se decide sobre lo que quiere ser, pensé. ¿Inteligente y profesional hombre de negocios o joven desenfadado y amigable? Pude haberle dicho que no importaba lo que se pusiera, seguiría pareciendo un campanero.

Ahora pude ver cómo abría un delgado portafolios marrón para sacar una libreta y una pluma y volvía a ponerlo en el suelo bajo la mesa. Breece también lo miró con un desdén apenas disimulado, esperando mientras abría la libreta, encontraba una hoja en blanco, preparaba la pluma y nos miraba con ojos expectantes.

—¿Listo? —preguntó Breece con un toque de sarcasmo.

—Adelante, inspector —respondió Bennett, con la pluma en ristre.

Brecee puso su atención en mí.

—¿Entiendes que estás aquí por voluntad propia, Martyn? No me parecía estarlo, pero asentí de todas formas.

—Responde en voz alta, por favor, para que se grave.

—Sí —respondí.

—No tienes que responder ninguna pregunta si no quieres, no estás bajo arresto. Sólo queremos aclarar algunas cosas.

—Está bien.

—Bueno —Brecee miró su propia libreta—. Cuando hablamos contigo en tu casa el martes por la noche nos dijiste que habías visto a tu padre por última vez el sábado.

—Sí.

—¿Estás seguro?

—¿Seguro de que lo dije o seguro de que era sábado?

Me miró.

—Voy a preguntártelo de nuevo. ¿Cuándo viste a tu padre por última vez?

—El sábado. Cuando empezó a sentirse mejor.

—¿Mejor? ¿Qué quieres decir?

—Estaba enfermo.

—¿Cuándo?

—¿Cuándo qué?

—¿Cuándo estuvo enfermo?

Miré al techo pensativo.

—Por lo menos hasta el viernes. Ese fue el día en que vino la tía Jean. Ella se los puede decir. Ella lo vio. Seguía en cama con gripa o algo así.

—Pero, ¿ya estaba mejor el sábado?

—Sí. Comenzó a sentirse mejor por la mañana y luego, como a las cinco o a las seis me dijo que iba a salir.

—¿Dijo adónde iba?

Negué con la cabeza.

—Sólo que iba a salir.

—¿Qué hiciste cuando no volvió?

—Nada. Ya le dije que con frecuencia no volvía durante días.

Bebía mucho.

Brecee me miró por un momento, la incredulidad era evi-

dente en sus ojos. Miré la mesa y vi la libreta de Bennett. La página estaba cubierta por una caligrafía ordenada, como de niña: grandes letras redondas en tinta azul claro. Bolitas en lugar de puntos. Su pluma, una cosa de oro que parecía cara, pasaba sobre la hoja esperando que la entrevistista continuara.

Brecee se levantó de la mesa, se subió los pantalones y caminó hacia la ventana.

—¿Tienes un saco de dormir, Martyn?

Aparenté estar aturdido.

—¿Un saco de dormir?

Miré a Bennett.

—¿Es esto relevante, inspector? —preguntó Bennett.

Brecee lo ignoró.

—¿Tienes un saco de dormir? —repetió.

—No —respondí.

—¿Estás seguro?

—¿Por qué tendría uno?

—No veo cuál es la re... —comenzó a decir Bennett.

—Señor Bennett, la pregunta es relevante para nuestra investigación. Por favor, permítame que Martyn responda.

Bennett escribió algo con aire petulante y Brecee continuó.

—¿Y tu padre? ¿Él tenía un saco de dormir?

—No lo sé —dije—. Puede ser. No lo sé.

Brecee miró a Finlay, parpadeó y me miró de nuevo.

—El cuerpo de tu padre fue encontrado dentro de un saco de dormir. Anoche, en tu casa, los oficiales forenses encontraron algunas fibras similares a las del saco de dormir.

—¿Dentro de un saco de dormir? —dije sorprendido.

—Inspector... —saltó Bennett con voz de por-el-amor-de-

dios-está-usted-hablando-con-un-ñño.

Brecee volvió a ignorarlo. Caminó lentamente hacia la mesa y se sentó de nuevo, mirándome todo el tiempo con esa expresión que transmitía tanto preocupación como desconfianza.

—El saco de dormir estaba engrapado y lleno de piedras. Lo lanzaron a una zanja llena de agua.

—¡De verdad, inspector! —gritó Bennett mientras saltaba de su silla—. ¡No puedo permitir esto!

Breece levantó la cabeza lentamente y miró insolentemente a Bennett.

—Siéntese, señor Bennett.

—Esto está yendo demasiado lejos, inspector. Maryn es...

—*Siéntese*, señor Bennett —ordenó Breece.

Bennett se sonrojó al tiempo que se sentaba. Casi sentí lástima por él.

Breece continuó.

—Los reportes preliminares indican que tu padre podría haber tenido varios días de muerto.

—No entiendo —dije.

—Nosotros tampoco. Por eso estamos hablando contigo —hizo una pausa, rascándose distraídamente el cuello—. ¿Hay algo que me quieras decir, Maryn? ¿Algo que se te pudo haber olvidado?

—¿Sobre qué?

—Lo que sea —hizo otra pausa—. Sobre Dean West, por ejemplo.

Esta era la parte complicada. Dúd.

—Quizá...

Breece se recargó en la silla.

—¿Quizá?

Esperé, parpadeando, nervioso.

—Tenía miedo.

—¿Miedo de qué?

—De él. De Dean.

—¿Por qué le tenías miedo?

—Dijo que iba a matarme.

—¿Cuándo?

—Hace un par de semanas —expliqué tartamudeando, tratando de no llorar—. Hubo un baile de Navidad en la escuela, antes de las vacaciones. Yo estaba conversando con una chica. No sabía que era la novia de Dean.

Desde atrás Finlay habló por primera vez.

—¿Cómo se llama?

No me volví a verlo.

—No lo sé. Sólo hablé con ella un par de minutos. Estaba

sola, esperando en el corredor. Nos pusimos a hablar. Parecía muy amigable. Y era bonita. Sólo estábamos hablando. Entonces Dean apareció al final del corredor y ella se asustó y me dijo que me marchara. Era su novio, dijo, y no le gustaba que hablara con otros chicos. Pensé que estaba bromearlo, ya sabe, tratando de impresionarme. Pero ella se veía muy asustada. Así que decidí irme. Justo cuando me iba oí a Dean gritar algo y entonces me persiguió.

—¿Qué hiciste?

Me encogí de hombros.

—Corrí. Se veía muy molesto, como loco. Creo que estaba borracho.

—Y, ¿qué pasó entonces?

—Sólo corrí. No sé si me siguió porque no miré hacia atrás. Me fui a casa. No pensé más en eso. Pero entonces, un par de días más tarde, comencé a oír ruidos de que me estaba buscando, que sabía quién era yo y que me iba a atrapar.

Breece lucía confundido.

—¿Por la chica?

—Eso supongo.

—¿Y no sabes cómo se llama?

—No.

—¿Qué edad tiene? —preguntó Finlay—. ¿Cómo era?

—Como dieciséis o diecisiete. De mi altura, pelo corto y rubio, bonita.

—¿Era de la escuela?

—No. Nunca antes la había visto.

—¿Qué hacía Dean en un baile de tu escuela? —preguntó Breece.

—No lo sé. Fue con otros motociclistas.

Breece frunció el entrecejo. No estaba contento.

—Entonces, ¿lo has visto recientemente?

Asentí, recordé lo de la cinta y dije:

—Sí.

—¿Cuándo?

—La semana pasada —dije con remordimiento—. Fue a mi casa.

—¿Cuándo?

—El martes. Con uno de sus amigos motociclistas.

—¿Nombre? —dijo Finlay.

—No lo sé. Era más bajo que Dean, más delgado, más joven, con pelo negro lacio. Fueron a mi casa... pensé que me iban a matar... —temblé sólo de recordarlo.

Brece lanzó otra mirada a Finlay.

—Continúa.

—Mi papá no podía ayudarme. Estaba enfermo, dormido en su habitación. Me dijo que si no les daba dinero él y su amigo me matarían. Les dije que no tenía, que no teníamos dinero, pero no me creyó. Entonces comenzó a buscar por todos lados, tirando los cajones, en las cazuelas, por todas partes, pero no encontró nada. Yo estaba muy asustado, él actuaba como loco. Le dije a su amigo que me vigilara y subió las escaleras. Lo oí buscando en mi habitación y la de mi papá...

—¿Entró a la habitación de tu padre?

—Sí. Buscó por todos lados. Regresó con un par de cartas en la mano y una sonrisa de loco en la cara. Eran las cartas que usted me mostró, las que hablaban del dinero de papá, del testamento. Yo no sabía nada de eso.

Bennett habló.

—Un segundo, Martyr. No tienes que...

—Está bien —respondí—. Quiero decirles lo que pasó.

—Sí, lo sé, pero...

—Quiero hacerlo. ¿Está bien?

Bennett frunció los labios y regresó a su librería. Continué.

—Dean me mostró las cartas y me dijo que quería el dinero, todo. Treinta mil libras. Le dije que yo no sabía nada acerca de eso, que era de mi papá. Probablemente estaba en el banco. Pero no le importó. Estaba acelerado, como si estuviera drogado o algo así. Me dijo que regresaría el lunes y que si no le daba el dinero, me mataría.

—¿Por qué no le dijiste a la policía?

—Me dijo que si le pasaba algo a él o a sus amigos, me mataría.

—¿Regresó el lunes?

—Sí —respondí—. Era la hora de la comida. No sabía qué hacer. Iba a decirle a mi papá pero seguita enfermo y luego desapareció. Estaba solo. Y estaba asustado, no sabía qué hacer. Le dije a Dean que no podía conseguir el dinero, traté de explicarle pero no me escuchó, estaba furioso, vociferando y gritando, diciéndome que era hombre muerto, que era historia...

—¿Estaba solo?

—No lo sé. Cuando llegó me pareció ver a alguien en el asiento trasero de la motocicleta, el mismo que estaba con él el martes, pero Dean estaba solo cuando entró en la casa, así que no estoy seguro. Estaba nevando. No podía ver bien.

—¿Y qué pasó entonces?

—Me amenazó un poco más y... no lo sé... fue un momento al piso de arriba, usó el baño y lo oí caminar de nuevo en la habitación de mi papá. Tenía un bolso consigo, una mochila grande. Creo que estaba robando cosas.

—¿Qué cosas?

—No sé. Yo nunca entraba a la habitación de mi papá. No sé lo que tenía ahí.

—¿Estás seguro que fue al baño?

—Sí. Lo oí.

—¿Y después?

—No mucho. Bajó y dijo que me daría otra oportunidad de entregarme el dinero. Que regresaría esa noche con más amigos —volví a encogerme de hombros—. Pero no volví.

La habitación quedó un momento en silencio. Bennett dejó de escribir. Brece me miraba de frente, estirándose la piel del cuello, pensando. Detrás de mí podía oír que Finlay escribía algo en una libreta y la grabadora chirriaba grabando el silencio.

—¿Por qué no me dijiste esto antes? —preguntó Brece.

Bajé la mirada avergonzado.

—Tenía miedo. No sabía qué hacer. Lo siento.

—¿En algún momento te acercaste a la motocicleta de Dean?

—No.

—¿Viste si alguien se acercó?

—No. A menos que hubiera *alguien* en su motocicleta cuando llegó, ya sabe el que iba con él el martes.

—¿Viste a Dean con el saco de dormir?

—No.

—¿Y su mochila? Dijiste que tenía una mochila. ¿Pudo haber metido el saco de dormir en su mochila? ¿O alguna otra cosa?

Lo pensé.

—Quizá —dije—. No lo sé.

—Sobre el dinero.

—Creo que ya es suficiente por el momento, inspector —interrumpió Bennett.

—Tengo algunas preguntas más.

—Estoy un poco cansado, en realidad —dije.

Lo cual era decir lo menos. Mentir no es fácil y estaba a punto de desmayarme por tanto no dormir ni comer.

Breece me analizó de nuevo. Era difícil saber lo que estaba pensando ahora. Pero al menos le había dado algo en qué pensar.

—Está bien —dijo al fin, mirando su reloj—. La entrevista terminó a las 13:02 —miró a Finlay y apagó la grabadora.

—¿Puedo irme a casa? —pregunté.

Breece se puso de pie y se esmiró mirando a Bennett.

Bennett dijo:

—No podemos dejar que te quedes solo en tu casa, Marilyn.

—¿Por qué no?

—Eres demasiado joven.

—Ya lo he hecho antes.

—Estoy seguro de que sí —dijo mientras guardaba su libreta y su pluma en el portafolios—. Tú tía se ofreció a cuidarte.

—De ninguna manera —respondí.

—¿Perdón?

—No voy a ir con ella.

—¿Por qué no?

—Porque no. No lo haré.

Los delgados labios de Bennett sonrieron.

—Me temo que no hay otra opción.

—Me quedaré aquí.

A Finlay aquello le pareció gracioso y sonrió en silencio.

—No puedes quedarte aquí —dijo Bennett.

Su estúpida voz, me hablaba como si yo fuera un retrasado mental o algo así. Me dieron ganas de golpearlo en la boca. Y sabía que lo haría si esto continuaba, así que me quedé callado.

Bennett interpretó mi silencio como resignación.

—Te llevaré a casa de tu tía. Podemos conversar en el camino, aclarar las cosas.

Te voy a aclarar a ti, pensé.

Breece me miraba desde el otro extremo de la habitación.

Sabía que no me creía. Él sabía que estaba mintiendo. Y yo sabía que él no sabía por qué. Pero, ¿qué podía hacer?

—¿Es todo, inspector? —preguntó Bennett.

Breece no me quitó los ojos de encima.

—¿Inspector?

Breece miró a Bennett como si fuera un mal olor. Bennett frunció la boca. Hubo un silencio incómodo y entonces Breece levantó los hombros y comenzó a recoger sus cosas del escritorio.

—Vamos a necesitar hablar contigo de nuevo —me dijo.

—No saldré de la ciudad —respondí.

Sonrió fríamente pero no dijo nada. Finlay estaba escribiendo algo en las etiquetas de las cintas. Las guardó en su bolsillo, cerró su libreta, miró a Breece y fue a esperar junto a la puerta. Breece se puso el saco y cruzó la habitación.

—¿Cómo lo encontraron? —pregunté.

Breece se congeló.

—¿Qué?

—A mi papá. ¿Cómo lo encontraron?

—Fueron unos buzos.

—Sí, pero ¿cómo supieron que estaba ahí?

—¿Ahí dónde?

—En la zanja. Usted me dijo que estaba en el fondo de una zanja con agua, con rocas en un saco de dormir.

—Dije piedras.

## EPÍLOGO

—Piedras, rocas, ¿qué diferencia hay?

Un asomo de sonrisa cruzó su cara arrugada. Metió la pluma en el bolsillo del saco.

—Una llamada anónima —explicó—. A las tres de la mañana de hoy desde un celular robado. Nos dieron la ubicación exacta del cuerpo. Una voz de hombre, como de cuarenta años, quizá, parecía estar borracho —se abotonó el saco—. ¿Se te ocurre quién pudo ser?

—No —respondí demasiado rápido.

Breece arqueó una ceja y abrió la puerta.

—¿Es todo? —pregunté.

—Por el momento.

Afuera brillaba el sol. Frio, brillante y monótono. Otra realidad. Era como salir del cine a media tarde cuando todo parece pálido y aburrido. La luz, el olor del aire, el sonido del reducido tránsito de Navidad: todo era demasiado real. El maldito Peter Bennett marchaba junto a mí en el estacionamiento de la estación, balanceando las llaves de su auto en una mano y el portafolios en la otra, hablando de Dios sabrá qué cosa. Pero yo no lo oía. Estaba pensando en Alex.

Alex.

Pensaste en todo, ¿verdad?

Y eso es todo. Eso es todo lo que voy a contarte. Llevo cerca de un año en casa de la tía Jean. No es tan malo como pensé que sería. Aunque eso no quiere decir que sea maravilloso ni nada por el estilo. Tengo que aguantar muchas cosas de la tía Jean. Se pasa la vida tratando de *educarme*, por ejemplo. Todo el tiempo enseñándome lo que ella considera son las cosas buenas de la vida: fiestas aburridas, gente amable, modales, pasatiempos. Ella lo llama educación social.

—Consíguete un pasatiempo decente, Martyn, por el amor de Dios: excursionismo, observación de aves, algo saludable. No puedes pasarte el día acostado en la cama leyendo novelas policíacas.

¿Por qué no?

Y siempre quiere saber adónde voy, dónde he estado y con quién. Aunque en realidad no importa. Casi nunca salgo. Y cuando lo hago, no le digo nada. Simplemente miento. De igual forma, me desespera.

Por lo menos su casa es agradable. Está alejada del resto, del otro lado del pueblo, linda y silenciosa, y con mucho espacio. Así que las cosas no están tan mal.

Lo más gracioso es que resulta que ella también bebe. Justo como mi papá. Debe ser algo de familia. Según ella, sólo bebe *socialmente*: jerez, cocteles, esa clase de cosas, pero tiene botellas escondidas por todos lados. Bajo el fregadero, en la lavan-

dera, en el baño. Ginebra, principalmente. La mayoría de las veces no se nota que está borracha; lo esconde bastante bien, mucho mejor que mi papá. Pero algunas noches, cuando ha estado bebiendo todo el día, la veo tambalearse por las escaleras, con la cara roja y alcoholizada, los ojos bizcos, hablando sola. Hace como si tuviera gripa, todo el tiempo con un pañuelo perfumado cerca de la boca para esconder el olor de la bebida. Pero está bien, en realidad no me molesta. No se pone violenta ni nada, es más bien una borracha sentimental. Lloro mucho. Lágrimas dulces, silenciosas y beodas.

El asunto de mi papá y Dean no llegó a nada. Hubo una investigación del médico forense, desde luego, y un par de semanas de locura con la gente del periódico y la televisión merodeando por todas partes. Y luego el funeral que odié. Fue terrible. Sentado en esa estúpida capilla con un montón de gente que no conocía, todos callados, sus ojos evitando cuidadosamente el féretro cubierto con una tela, que esperaba paciente al frente mientras se oía música de funeral grabada desde unas bocinas escondidas. Me recuerdo mirando alrededor, observando todas esas caras compungidas, preguntándome quiénes eran. La vieja del vestido negro como un costal con un bolso de mano negro en el regazo y un par de órbitas blancas por ojos. ¿Quién es? Esos dos hombres que parecen huirones con caras demacradas, sentados rígidamente debajo de la gran ventana. ¿Quiénes son? Y esa rubia vulgar llorando ruidosamente con un pañuelo blanco, bajándose la cortísima falda negra como si no entienda por qué está tan corta. ¿Te conozco?

Breece estaba ahí, sentado sin estorbar en la parte trasera, vestido con el mismo saco azul que usaba siempre. Y había uno o dos más a los que pude reconocer: la tía Jean, por supuesto, un par de gordos del bar al que iba mi papá, el hombre de la licorería. Pero el resto eran extraños. Extraños en un lugar extraño.

Después de media hora de música deprimente, el vicario se puso de pie y empezó a escupir una serie de idioteces a cerca de mi papá. Buen hombre, designio de Dios, último lugar de

descanso, bla, bla, bla... Traté de no escuchar y miré el ataúd que estaba encaramado en un carrito sólo unos metros delante de mí. Mi papá en una caja de conglomerado, acostado como si fuera nada en la hueca oscuridad. Me pregunté cómo luciría ahora.

Himnos, rezos, más palabras, más himnos. De pie, sentados, cierran los ojos, abran los ojos, de pie, sentados... Al final se secaron las palabras, empujaron el carrito, se cerraron las cortinas y la caja desapareció. Eso fue todo.

El caso sigue oficialmente abierto, pero hace meses que no veo ni a Breece ni a Finlay. Breece siguió averiguando al principio, preguntando miles de cosas, entrevistando gente, buscando evidencia, pero no llegó a ningún lugar. La bola de estambre tenía demasiados nudos. Encontró muchas cosas pero eran sólo pedazos, nada que ajustara lo suficiente como para demostrar algo. Sabía que yo tenía *algo* que ver con el asunto, pero no lograba descifrar qué. Creo que estaba bastante seguro de que Dean había matado a mi papá: el pelo y la colilla en el saco de dormir, las cartas, las firmas falsificadas en su departamento y la historia que inventé; pero, de nuevo, no podía demostrarlo. Y lo que es más, no encontraba ningún motivo. ¿Por qué quería Dean matar a mi papá? Si estaba tratando de conseguir el dinero, ¿para qué matarlo?

En lo que se refiere a quién mató a Dean, creo que yo era su principal sospechoso. Pero no podía hacer nada al respecto. Mi cuento fue bastante revisado: el baile de la escuela, la novia, el amigo misterioso de pelo negro. Nadie recordaba haberme visto hablando con ninguna rubia bonita, nadie recordaba haberme visto en el baile. Pero, nadie podía demostrar que no había estado ahí.

Una de mis vecinas, la señora del siete, la que bailaba cancan enseñando los calzones, confirmó haber visto a un chico rubio con cola de caballo afuera de mi casa el jueves y de nuevo el lunes. Le *pareció* que había alguien más con él, alguien *quizá* más bajo que Dean, *quizá* de pelo negro. *Pensó* haber visto a

alguien agachado cerca de la motocicleta haciendo algo con las llantas, pero no estaba segura. Incluso podría haber sido una chica.

Quizá, posiblemente, puede ser, pudo ser...

Acerca de las treinta mil libras, no creo que Breece tenga idea de qué pasó con ellas. Un video de las cámaras de seguridad del banco mostraba una figura borrosa cambiando un cheque por treinta mil libras en la mañana del martes. A pesar de estar protegido contra el frío con abrigo, bufanda y sombrero, la figura borrosa tenía un ligero parecido con el señor William Pig. Era del mismo tamaño, de la misma edad, llevaba el mismo viejo saco marrón bajo el abrigo, el mismo andar vacilante y ojos con bolsas. ¿Pero cómo era posible? La autopsia demostraba que para entonces mi papá ya estaba muerto. Y Dean también. Así que, ¿quién demonios fue?

Yo no, eso seguro. Soy demasiado bajo.

La tía Jean declaró bajo juramento que mi papá seguía vivo el viernes. Estaba en cama, dijo, y parecía medio muerto.

En la zanja no había huellas de auto ni de personas, el suelo estaba demasiado duro, congelado. Las huellas de Dean en mi casa demostraron que había estado ahí, pero las únicas huellas que encontraron arriba, a parte de las mías y las de la tía Jean, no podían ser identificadas. Quizá alguien vino con Dean el lunes. O quizá mi papá tenía alguna amiga misteriosa. ¿Quién sabe? (Siempre me pregunté si Breece había contactado a Maeve, la del corazón no *tan* solitario; pero no era algo que me quitara el sueño. De cierta manera esperaba que no lo hubiera hecho.) Mis huellas digitales estaban por toda la casa, desde luego. Pero yo vivía ahí, así que eso no probaba nada.

Alguien recordó haber visto un auto o una camioneta estacionado frente a mi casa el sábado por la noche, alguien más oyó gritos... La lista era infinita, docenas de piezas de evidencia desconcertante que no demostraban absolutamente nada.

¿Ves? No importa lo que la policía *piense*, no importa lo que *sepa*, lo único que importa es la evidencia. Si no pueden demostrar algo, no pueden hacer nada. Nada. Se quedan atorados. Así son las cosas, así funcionan. Así es la justicia.

Después de dos o tres meses el asunto comenzó a olvidarse. El caso fue desapareciendo, lo pusieron al final de la lista. Era una pérdida de tiempo.

Alex sólo la mencionaron una vez. Breece hizo una de sus frecuentes visitas para interrogarme sobre esto y lo otro. Ya me había acostumbrado. Es fácil. Lo único que tienes que hacer es ceñirte a lo que ya dijiste, y si surge algo complicado, no te acuerdas. Y si tienes dudas, no digas nada. Pero bueno, debe de haber sido a finales de abril. Estábamos en el invernadero de la tía Jean. Mi casa. La tía Jean estaba haciendo limpieza profunda. La veía a través de la ventana, puliendo como loca en la sala, agachada en el comedor con la blusa arremangada, limpiando con un brazo que se movía como pistón. La luz de la primavera entraba por las puertas del invernadero, el olor de las flores frescas flotaba en el aire. Breece estaba tumbado en una silla de mimbre, aburrido, tomando té, con el mismo semblante cansado. Estaba hablando de algo cuando de pronto, sin aviso alguno, se detuvo a media frase y dijo:

—¿Qué tan bien conocías a Alexandra Freeman?

Casi me ahogo con mi té.

—¿A quién?

—Alexandra Freeman. Vivía un par de casas antes de la tuya.

—Ah, sí. Alex. Sí, la recuerdo.

—¿Era tu amiga?

—No, en realidad no. Bueno, más o menos. Algunas veces hacíamos cosas juntos... ya sabe.

—No, no sé.

Encogí los hombros.

—¿Alguna vez fue a tu casa?

—Una o dos veces.

—¿Una o dos veces? ¿Nada más?

—Quizá un par de veces más. En realidad no lo recuerdo.

—tragué saliva—. ¿Por qué me lo pregunta?

Dejó su taza y miró por la ventana.

—Qué lindo jardín.

—Sí —dije siguiendo su mirada.

—Sí era un lindo jardín. Un largo trecho de césped bien cuidado rodeado de flores, arbustos, algunos sauces jóvenes y un jardín de piedras con plantas alpinas. Era lindo y tranquilo. Apacible.

—¿Tú lo podas?

—¿Qué?

—El pasto —dijo—. ¿Tú lo podas?

—No.

Se cubrió la boca y tosizó, una tos rasposa con flemas.

—Y entonces, ¿qué hacían tú y Alexandra?

—No mucho. Como le dije, no la conocía tan bien.

—Pero hablaban mucho por teléfono.

—¿Ah, sí?

—Con mucha frecuencia, según los registros telefónicos. No supe qué decir.

—Particularmente por Navidad —continuó Breece—. A veces hasta dos o tres veces al día.

—Me estaba ayudando con algo.

Argueó una ceja.

—Un proyecto —dije—. Un proyecto de la escuela.

—Un proyecto.

—Tarea. Por las vacaciones. Algo sobre teatro. Alex sabía mucho sobre actuación, tomaba clases. Me estaba ayudando con ese proyecto.

Breece asintió pensativo.

—Qué amable.

—Sí... así era ella. Muy amable.

—¿La has visto últimamente?

—Creo que se mudó.

—¿Cuándo habrá sido eso?

—No lo sé... poco después de Navidad, creo.

—¿Tienes idea de adónde?

—No. Lo siento.

No dijo nada más durante un par de minutos, miraba el jardín y ocasionalmente tiraba del lóbulo de su oreja. Era un día hermoso. Cielo azul sin nubes, los sauces meciéndose suavemente en la brisa, las aves cantando. En la distancia se podía oír una podadora que zumbaba apaciblemente.

Breece se incorporó en la silla, me miró a los ojos y habló suavemente.

—¿Qué se siente, Martyn?

—¿Qué?

—Salirse con la suya con un asesinato.

Hice una pequeña pausa y le respondí con calma.

—No sé de qué está hablando.

Sonrió. Era la primera vez que lo veía sonreír.

—No... supongo que no lo sabes.

Ésa fue casi la última vez que lo vi. Creo que después vino una o dos veces, pero nunca volvió a mencionar a Alex. Por ese entonces ya sólo actuaba de oficio. Me daba cuenta por su mirada que se había dado por vencido.

Ayer recibí una carta de Alex.

Por lo general no me preocupó por el correo, nunca llegaba nada para mí, pero iba entrando cuando el cartero metió un montón de cartas en el buzón. Normalmente, lo hubiera dejado ahí, pero la tía Jean gritó desde la cocina.

—¿Es el correo? Tráelo, Martyn querido.

Ésa es otra cosa que odio, me dice *querido*.

Era una carta de correo aéreo en un sobre azul cielo. El sello postal estaba borroso: algún lugar, algo, California. Dirigido a mí. De Alex. Su letra. Sostuve el sobre en la mano y miré mi nombre *M. Prg*. Su letra. Se me hizo un agujero en el corazón. No podía respirar. Entonces mi tía gritó de nuevo.

—¡Martyn! ¡Martyn! ¿Qué estás haciendo allá afuera?

Desperté del ensueño y respiré profundamente. Metí la carta en el bolsillo, le entregué a mi tía el resto de la correspondencia y corrí escaleras arriba a mi habitación.

Era sólo una página. Una hoja muy delgada. El papel se sentía tan frágil en mis manos que pensé que se detritaría. Mientras leía podía oír su voz en mi cabeza. Era irreal. Como en una película en donde ves al héroe solo en su habitación leyendo una carta de amor y en el fondo se oye la voz de su amada. Exactamente así me sentí. Así exactamente.

Querido Martyn:

Si estás leyendo esto en casa de tu tía, quiere decir que todo salió bien, así que espero que así sea. Si no, bueno, lo siento. Trátete de hacer que todo apuntara en la dirección correcta.

Una vez me dijiste que la maldad es relativa: dijiste que algo sólo está mal si piensas que está mal. Que si piensas que está bien y los otros piensan que está mal, entonces sólo está mal si te atraen. En ese momento no entendí a qué te referías. Pero ahora creo que sí. Espero que todavía creas eso. Si no... bueno, pues ¿qué puedo decir?

En fin, aquí estoy, en los Estados Unidos y finalmente logré ser actriz. La semana pasada obtuve mi primer papel. Es sólo un anuncio pero es un comienzo. Es para un desodorante. Tengo que caminar por la playa en bikini luciendo *cool*. ¿Qué te parece? Va a salir en televisión. También tengo algunas audiciones para papeles más en forma: películas, obras de teatro, musicales. Actuación de verdad.

Así que más vale que te des prisa y escribas esa novela de misterio de la que me hablaste, ésa en la que yo voy a ser la hermosa amante del asesino, porque si te tardas mucho más seré demasiado famosa y ¡no me vas a poder pagar!

Así que ponte a escribir, Martyn.

Estoy segura de que algo se te ocurrirá.

Con cariño, A.

Dejé la carta y miré por la ventana.

Comenzaba a nevar.

Martyn Pig de Kevin Brooks,

se terminó de imprimir y encuadernar en febrero de 2011  
en Impresora y Encuadernadora Progreso, S. A. de C. V. (IUPROSA),  
calzada San Lorenzo 244, Parque San Juan,

C. P. 09830, México, D. F.

El tiraje fue de 6000 ejemplares.